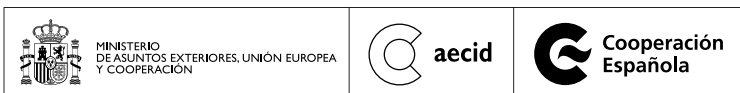




**10
DE
30**

**Nueva narrativa
española
2020**



Fecha

Junio 2020

NIPO en línea

109-20-035-0

Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

Coordinación

Dirección de Relaciones Culturales y Científicas

© De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus propietarios

© De la fotografía de Irene Vallejo, Santiago Basallo

© De la fotografía de Aixa de la Cruz, Iván Repila

© De la fotografía de Álex Chico, Javiera Gaete Fontirroig

© De la fotografía de Juan Gómez Bárcena, Isabel Wagemann

© De la fotografía de Jordi Nopca, Manolo García

© De la fotografía de Florencia del Campo, Carol Caicedo

Traducción

Kate Whittemore, excepto *The Dinner Guest* de Gabriela Ybarra, traducido por Natasha Wimmer y publicado por Harvill Secker (2018)

Diseño original y maquetación

Lara Lanceta

© AECID, 2020

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Av. Reyes Católicos, 4

28040 Madrid, España

Tel. +34 91 583 81 00

www.aecid.es

**10
DE
30**

**Nueva narrativa
española
2020**

10 de 30 es un proyecto promovido por la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) para ayudar a la internacionalización de autores españoles con edades comprendidas entre los 30 y los 40 años. Una edad en que muchos escritores ya han producido obras en que se puede apreciar su primera madurez, y cuya calidad reconocida ya por los lectores de nuestro país invita a respaldar su traducción a otras lenguas.

10 de 30 es un programa que tuvo su primera edición en el año 2019, y que por tanto en este 2020 ha escogido a una segunda decena de autores, con la idea de completar la selección con una última edición en el año 2021: una treintena de escritores y escritoras representativos de su generación que serán parte de la participación de España como país invitado en Frankfurt 2022. Será, pues, una de las principales iniciativas para dar a conocer a los autores que se encuentran en esa franja de edad, con la intención de que los editores extranjeros puedan acercarse también a sus primeras obras.

Para la selección de los autores incluidos en el programa este año 2020, la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas reunió a un jurado formado por: José Ovejero, Clara Obligado, Nuria Barrios, Marcos Giralt Torrente y Javier Serena. Y los escritores elegidos, todos al menos con una obra de narrativa ya publicada, y nacidos entre el año 1979

y el año 1988, fueron: Irene Vallejo, Florencia del Campo, Sabina Urraca, Álex Chico, Juan Gómez Bárcena, Aixa de la Cruz, Cristian Crusat, Jordi Nopca, Katixa Agirre y Gabriela Ybarra.

Este libro contiene, pues, fragmentos de alguna obra suya, además de una breve entrevista y otra información biográfica y de su trayectoria literaria. Su edición en inglés y en español está concebida para utilizarla como herramienta de divulgación de su obra, pues desde diversas instituciones culturales españolas en el exterior, y desde otros organismos públicos, se hará llegar ejemplares del presente libro a editores y agentes extranjeros, informándoles de algunas ayudas que pueden solicitar para su traducción.

Asimismo, los diez autores elegidos en **10 de 30** participarán en actividades literarias e impartirán cursos en diversos centros culturales de la AECID en América Latina, con objeto de favorecer también el mejor conocimiento entre autores de la misma lengua de otros países del continente americano.

Con la tercera edición del año 2021, concluirá, por tanto, la selección de autores que integrarán el proyecto **10 de 30** con el que la AECID colaborará en la participación de España como país invitado en Frankfurt 2021: una treintena de escritores y escritoras que representan algunas de las voces más interesantes aparecidas en los últimos años en nuestro país, y cuyos libros merecen ser leídos también en otras lenguas.

Miguel Albero Suárez



**Irene
Vallejo**

Pág. 8



**Cristian
Crusat**

Pág. 22



**Gabriela
Ybarra**

Pág. 36



**Sabina
Urraca**

Pág. 50



**Juan Gómez
Bárcena**

Pág. 66



**Aixa
de la Cruz**

Pág. 82



**Álex
Chico**

Pág. 94



**Katixa
Agirre**

Pág. 106



**Florencia
del Campo**

Pág. 120



**Jordi
Nopca**

Pág. 134



Irene Vallejo

Zaragoza, 1979

Una noche de infancia, a la orilla de la cama, mi padre me contó el encuentro de Ulises con las sirenas, y ahí empezó todo. Atraída desde la niñez por el luminoso mundo mediterráneo, tuve la estrafalaria idea de estudiar Filología Clásica. En 2007 conseguí el Doctorado Europeo por la Universidad de Zaragoza y la de Florencia, donde viví una temporada acariciando antiguos manuscritos y recorriendo bibliotecas centenarias. Allí nació *El infinito en un junco* (Siruela 2019), un ensayo literario que ha recibido una inimaginable y cálida acogida de público y crítica, alcanzando doce ediciones. El libro ha recibido el Premio 'El Ojo Crítico' de Narrativa y el Premio 'Las Librerías Recomendán', y ha sido vendido para su traducción a treinta países. Colaboro habitualmente con *El País* y *Heraldo de Aragón*, y algunos artículos se han publicado en medios extranjeros como *El Corriere della Sera*. Los artículos de prensa han sido recogidos en *El pasado que te espera* (Anorak 2010), *Alguien habló de nosotros* (Contraseña 2017) y *El futuro recordado* (Contraseña 2020), que proponen un híbrido de periodismo, narración y filosofía. Además, he escrito dos novelas: *La luz sepultada* (Paréntesis 2011) y *El silbido del arquero* (Contraseña 2015). Colaboro con el proyecto *Believe in art*, que introduce el arte y la literatura en hospitales infantiles, a través de murales, talleres y cuentacuentos para los niños ingresados. También me embarqué en dos libros infantiles: *El inventor de viajes* (2014) y *La leyenda de las mareas mansas* (2015). Hoy, sentada a la orilla de otra cama menuda, relato mitologías a un niño pequeño. Y ahí, una vez más, es donde empieza todo.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Mi abuela solía decirme: 'Estudia, niña, porque no vales para otra cosa'. Le doy la razón, escribo porque todo lo demás se me da peor y nada me hace tan feliz. El veneno de las palabras me invadió temprano. Todavía recuerdan en mi familia que, siendo niña, reclamaba siempre a los adultos: 'Cuéntame un cuento'. Insaciable, empecé inventar mis propios cuentos en un acto instintivo y feliz, como un juego más. Cuando leía un libro, no soñaba con ser la heroína: quería ser la escritora.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Me interesan los miedos que nos atan desde dentro, la extrañeza, la soledad, el asombro, los mundos simbólicos y antiguos que iluminan nuestro presente, la extranjería y la emigración en todas sus facetas literales y simbólicas.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Mi cabecera -siempre sitiada por pilas amontonadas de libros- es promiscua, se colorea y se transforma a menudo. Mi lealtad más duradera me une a mis clásicos grecolatinos: Homero, Safo, Heródoto, Eurípides, Tucídides, Virgilio, Ovidio, Tácito, Luciano. Y Montaigne y Sterne.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa la libertad que está conquistando el ensayo para abrazar cualquier registro, a través de nuevas formas de diálogo con el pasado. Me fascinan los géneros fronterizos, los textos inclasificables, las voces migrantes.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

No hubiera querido nacer en ninguna época anterior a la invención de la anestesia. Vistas las dificultades y el olvido sufridos las escritoras desde que hay memoria, me quedo aquí y ahora. Los libros que escribo son hijos de este tiempo y, hasta cierto punto, antídotos frente a él.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy investigando para mis dos próximos libros, un ensayo y una novela. Ambos se ocupan, con distintos lenguajes, de los mismos problemas: la memoria, la experiencia íntima de los grandes cambios históricos.

SINOPSIS

Este es un libro sobre la historia de los libros. Un recorrido por la vida de ese fascinante artefacto que inventamos para que las palabras pudieran viajar en el espacio y en el tiempo. La historia de su fabricación, de todos los tipos que hemos ensayado a lo largo de casi treinta siglos: libros de humo, de piedra, de arcilla, de juncos, de seda, de piel, de árboles y, los últimos llegados, de plástico y luz.

Es, además, un libro de viajes. Una ruta con escalas en los campos de batalla de Alejandro y en la Villa de los Papiros bajo la erupción del Vesubio, en los palacios de Cleopatra y en el escenario del crimen de Hipatia, en las primeras librerías conocidas y en los talleres de copia manuscrita, en las hogueras donde ardieron códices prohibidos, en el gulag, en la biblioteca de Sarajevo y en el laberinto subterráneo de Oxford en el año 2000. Un hilo que une a los clásicos con el vertiginoso mundo contemporáneo, conectándolos con debates actuales: Aristófanes y los procesos judiciales contra humoristas, Safo y la voz literaria de las mujeres, Tito Livio y el fenómeno fan, Séneca y la posverdad.

Pero, sobre todo, esta es una fabulosa aventura colectiva protagonizada por miles de personas que, a lo largo del tiempo, han hecho posibles y han protegido los libros: narradoras orales, escribas, iluminadores, traductores, vendedores ambulantes, maestras, sabios, espías, rebeldes, monjas, esclavos, aventureras. Lectores en paisajes de montaña y junto al mar que ruge, en las capitales donde la energía se concentra y en los enclaves más apartados donde el saber se refugia en tiempos de caos. Gente común cuyos nombres en muchos casos no registra la historia, esos salvadores de libros que son los auténticos protagonistas de este ensayo.

EL INFINITO EN UN JUNCO

(fragmento)

Misteriosos grupos de hombres a caballo recorren los caminos de Grecia. Los campesinos los observan con desconfianza desde sus tierras o desde las puertas de sus cabañas. La experiencia les ha enseñado que solo viaja la gente peligrosa: soldados, mercenarios y traficantes de esclavos. Arrugan la frente y gruñen hasta que los ven hundirse otra vez en el horizonte. No les gustan los forasteros armados.

Los jinetes cabalgan sin fijarse en los aldeanos. Durante meses han escalado montañas, franqueado desfiladeros, cruzado valles, vadeado ríos, navegado de isla en isla. Para cumplir su tarea deben aventurarse por los violentos territorios de un mundo en guerra casi permanente. Son cazadores en busca de presas de un tipo muy especial. Presas silenciosas, astutas, que no dejan rastro ni huella.

Si estos inquietantes emisarios se sentasen en la taberna de algún puerto a comer pulpo asado, hablar y emborracharse con desconocidos (nunca lo hacen por prudencia), podrían contar grandes historias de viajes. Se han adentrado en tierras azotadas por la peste. Han atravesado comarcas assoladas por incendios, han contemplado la ceniza caliente de la destrucción. Han tenido que beber aguas repugnantes que les han causado diarreas monstruosas. Siempre que llueve, los carros y las mulas se atascan

en los charcos; entre gritos y juramentos han tirado de ellos hasta caer de rodillas y besar el barro. Cuando la noche les sorprende lejos de cobijo, solo su capa les protege de los escorpiones. Han conocido el tormento enloquecedor de los piojos y el miedo constante a los bandoleros que infestan los caminos. Muchas veces, cabalgando por inmensas soledades, les hiela la sangre imaginar un grupo de bandidos esperándolos, conteniendo el aliento, escondidos en algún recodo del camino para caer sobre ellos, asesinarlos a sangre fría, robar sus bolsas y abandonar sus cadáveres calientes entre los arbustos.

Es lógico que tengan miedo. El rey de Egipto les ha confiado grandes sumas de dinero antes de enviarlos a la otra orilla del mar para cumplir sus órdenes. En aquel tiempo, solo unas décadas después de la muerte de Alejandro, viajar llevando una gran fortuna era muy arriesgado, casi suicida. Y aunque los puñales de los ladrones, las enfermedades contagiosas y los naufragios amenazan con hacer fracasar una misión tan cara, el faraón insiste en enviar a sus agentes desde el país del Nilo, cruzando fronteras y grandes distancias, en todas las direcciones. Desea apasionadamente, con impaciencia y dolorosa sed de posesión, esas presas que sus cazadores secretos rastrean para él, haciendo frente a peligros ignotos.

Los campesinos que se sientan a figonear a la puerta de sus cabañas, los mercenarios y los bandidos habrían abierto unos ojos asombrados y una boca incrédula si hubieran sabido qué perseguían los jinetes extranjeros.

Libros. Buscaban libros.

Era el secreto mejor guardado de la corte egipcia: el Señor de las Dos Tierras, uno de los hombres más poderosos del momento, daría la vida (la de otros, claro; siempre es así con los reyes) por conseguir todos los libros del mundo para su gran biblioteca de Alejandría. Perseguía el sueño de una biblioteca absoluta y perfecta, la colección donde reuniría todas las obras de todos los autores desde el principio de los tiempos.

Siempre me asusta escribir las primeras líneas, el umbral de un nuevo libro. Cuando he recorrido todas las bibliotecas, cuando los cuadernos revientan de notas enfebrecidas, cuando ya no se me ocurren pretextos razonables, ni siquiera insensatos, para seguir esperando, lo retraso aún varios días durante los cuales entiendo en qué consiste ser cobarde. Sencillamente, no me siento capaz. Todo debería estar ahí —el tono, el sentido del humor, la poesía, el ritmo, las promesas—. Los capítulos todavía sin escribir deberían adivinarse ya, pugnando por nacer, en el semillero de las palabras elegidas para empezar. Pero ¿cómo se hace eso? Mi bagaje son las dudas, con cada libro vuelvo al punto de partida y al corazón agitado de todas las primeras veces. Escribir es intentar descubrir lo que escribiríamos si escribiésemos, así lo expresa Marguerite Duras, pasando del infinitivo al condicional y luego al subjuntivo, como si sintiese el suelo resquebrajarse bajo sus pies. En el fondo, no es tan diferente de todas esas cosas que empezamos a hacer antes de saber hacerlas: hablar otro idioma, conducir, ser madre. Vivir.

Después de todas las agonías de la duda, después de agotar los aplazamientos y las coartadas, una tarde calurosa de julio me enfrento a la soledad de la página blanca. He decidido abrir mi texto con la imagen de unos enigmáticos cazadores al acecho de la presa. Me identifico con ellos, me gusta su paciencia, su estoicismo, sus tiempos perdidos, la lentitud y la adrenalina de la búsqueda. Durante años he trabajado como investigadora, consultando fuentes, documentándome y tratando de conocer el material histórico. Pero a la hora de la verdad, la historia real y documentada que voy descubriendo me parece tan asombrosa que invade mis sueños y cobra sin yo quererlo la forma de un relato. Siento la tentación de entrar en la piel de los buscadores de libros en los caminos de una Europa antigua, violenta y convulsa. ¿Y si empiezo narrando su viaje?

Creo que el punto de partida es tan fantástico como el viaje en busca de las Minas del Rey Salomón o del Arca Perdida, pero

los documentos atestiguan que existió de verdad en la mente megalómana de los reyes de Egipto. Tal vez allá en el siglo III a.C. fue la única y última vez que se pudo hacer realidad el sueño de juntar todos los libros del mundo en una biblioteca universal sin ausencias. Hoy nos parece la trama de un cuento abstracto y fascinante de Borges –o quizás, su gran fantasía erótica–.

En el tiempo del gran proyecto alejandrino, no existía nada parecido al comercio internacional de libros. Se podían comprar en ciudades con una larga vida cultural, pero no en la joven Alejandría. Los textos cuentan que los reyes usaron las enormes ventajas del poder absoluto para enriquecer su colección. Lo que no podían comprar, lo confiscaban. Si era preciso rebanar cabezas o arrasar cosechas por hacerse con un libro codiciado, darían la orden diciéndose que el esplendor de su país era más importante que los pequeños escrúpulos.

La estafa, por supuesto, estaba en su repertorio. Ptolomeo III ansiaba las versiones oficiales de las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides conservadas en el archivo de Atenas desde su estreno los festivales teatrales. Los embajadores del faraón pidieron prestados los valiosos rollos para encargar copias a sus minuciosos amanuenses. Las autoridades atenienses exigieron la exorbitante fianza de quince talentos de plata, que equivale a millones de dólares de hoy. Los egipcios pagaron, dieron las gracias con reverencias pomposas, hicieron solemnes juramentos de devolver el préstamo antes de que transcurrieran –digamos– doce lunas, se amenazaron a sí mismos con truculentas maldiciones si los libros no volvían en perfecto estado y a continuación, por supuesto, se los apropiaron, renunciando al depósito. Los dirigentes de Atenas tuvieron que soportar el atropello. La orgullosa capital de tiempos de Pericles se había convertido en una ciudad provinciana dentro de un reino incapaz de rivalizar con el poderío de Egipto, que dominaba el comercio del cereal, el petróleo de la época.

Aleandría era el principal puerto del país y su nuevo centro vital. Desde siempre, una potencia económica de esa magnitud puede extralimitarse alegremente. Todos los barcos de cualquier procedencia que hacían escala en la capital de la biblioteca, sufrían un registro inmediato. Los oficiales de aduanas requisaban cualquier escrito que encontraban a bordo, lo hacían copiar en papiros nuevos, devolvían las copias y retenían los originales. Estos libros tomados al abordaje iban a parar a las estanterías de la biblioteca con una breve anotación aclarando su procedencia: “fondo de las naves”.

Cuando estás en la cima del mundo, no hay favores excesivos. Se decía que Ptolomeo II envió mensajeros a los soberanos y gobernantes de cada país de la tierra. En una carta sellada les pedía que se tomasen la molestia de enviarle para su colección sencillamente todo: las obras de poetas y escritores en prosa de su reino, de oradores y filósofos, de médicos y adivinos, de historiadores y todos los demás.

Además —y esta ha sido mi puerta de entrada a esta historia—, los reyes enviaron por los peligrosos caminos y mares del mundo conocido a agentes con la bolsa llena y órdenes de comprar el máximo de libros posibles y de encontrar, allí donde estuvieran, las copias más antiguas. Ese apetito de libros y los precios que se llegaban a pagar, atrajeron a pícaros y falsificadores. Ofrecían rollos de falsos textos valiosos, envejecían el papiro, fundían varias obras en una para aumentar la extensión e inventaban toda clase de manipulaciones hábiles. Algún sabio con sentido del humor se divirtió escribiendo obras bien amañadas, auténticos fraudes calculados para tentar la codicia los Ptolomeos. Los títulos eran divertidos, podrían comercializarse hoy: ‘Lo que Tucídides no dijo’. Sustituyamos a Tucídides por Kafka o Joyce, e imaginemos la expectación que provocaría el falsario al aparecer en la biblioteca con las fingidas memorias y los secretos inconfesables del escritor bajo el brazo.

A pesar de las prudentes sospechas, los compradores de la biblioteca temían dejar pasar un libro tal vez valioso y arriesgarse a enfurecer al faraón. Cada poco tiempo, el rey pasaba revista a los rollos de su colección con el mismo orgullo de los desfiles militares. Preguntaba a Demetrio de Falero, el encargado del orden de la biblioteca, cuántos libros tenían ya. Y Demetrio lo ponía al día: “Ya hay más de veinte decenas de millares, oh Rey; y me afano para completar en breve lo que falta para los quinientos mil”. El hambre de libros desatada en Alejandría empezaba a convertirse en un brote de locura apasionada.

He nacido en un país y una época en que los libros son objetos fáciles de conseguir. En mi casa, asoman por todas partes. En épocas de trabajo intenso, cuando los pido en préstamo por docenas en las distintas bibliotecas que soportan mis incursiones, suelo dejarlos en torres sobre las sillas o incluso en el suelo. También abiertos boca abajo, como tejados a dos aguas en busca de una casa que cobijar. Ahora, para evitar que mi hijo de dos años arrugue las hojas, formo pilas sobre el reposacabezas del sofá, y cuando me siento a descansar, noto el contacto de sus esquinas en la nuca. Al precio de los alquileres en la ciudad donde vivo, resulta que mis libros son unos inquilinos costosos. Pero yo pienso que todos, desde los grandes libros de fotografía hasta esos viejos ejemplares de bolsillo encolados que siempre intentan cerrarse como si fueran mejillones, hacen más acogedora la casa.

La historia de los esfuerzos, viajes y penalidades para llenar los estantes de la biblioteca de Alejandría puede parecer atractiva por su exotismo. Son acontecimientos extraños, aventureros, como las fabulosas navegaciones a las Indias en busca de especias. Aquí y ahora los libros son tan comunes, tan desprovistos del aura de la novedad tecnológica, que abundan los profetas de su desaparición. Cada cierto tiempo leo con desconsuelo artículos periodísticos que vaticinan la extinción de los libros, sustituidos por los dispositivos electrónicos y derrotados frente las inmensas posibilidades de ocio.

Los más agoreros pretenden que estamos al borde de un fin de época, de un verdadero apocalipsis de librerías echando el cierre y bibliotecas deshabitadas. Parecen insinuar que muy pronto los libros se exhibirán en las vitrinas de los museos etnológicos, cerca de las puntas de lanza prehistóricas. Con esas imágenes clavadas en la imaginación, paseo la mirada por mis filas interminables de libros y las hileras de discos de vinilo, preguntándome si un viejo mundo entrañable está a punto de desaparecer.

¿Estamos seguros?

El libro ha superado la prueba del tiempo, ha demostrado ser un corredor de fondo. Cada vez que hemos despertado del sueño de nuestras revoluciones o de la pesadilla de nuestras catástrofes humanas, el libro seguía ahí. Como dice Umberto Eco, pertenece a la misma categoría de la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras. Una vez inventados, no se puede hacer nada mejor.

Por supuesto, la tecnología es deslumbrante y tiene fuerza suficiente como para destronar a las antiguas monarquías. Sin embargo, todos añoramos cosas que hemos perdido —fotos, archivos, viejos trabajos, recuerdos— por la velocidad con la que envejecen y quedan obsoletos sus productos. Primero fueron las canciones de nuestras casetes, después las películas grabadas en VHS. Dedicamos esfuerzos frustrantes a coleccionar lo que la tecnología se empeña en hacer pasar de moda. Cuando apareció el DVD, nos decían que por fin habíamos resuelto para siempre nuestros problemas de archivo, pero vuelven a la carga tentándonos con nuevos discos de formato más pequeño, que invariablemente requieren comprar nuevos aparatos. Lo curioso es que aún podemos leer un manuscrito pacientemente copiado hace más de diez siglos, pero ya no podemos ver una cinta de vídeo o un disquete de hace apenas algunos años. A menos que conservemos todos nuestros sucesivos ordenadores y aparatos reproductores, como un museo de la caducidad, en los trasteros de nuestras casas.

No olvidemos que el libro ha sido nuestro aliado desde hace muchos siglos en una guerra que no registran los manuales de historia. La lucha por preservar nuestras creaciones valiosas. Las palabras, que son apenas un soplo de aire. Las ficciones que inventamos para dar sentido al caos y sobrevivir en él. Los conocimientos verdaderos, falsos y siempre provisionales que vamos arañando en la roca dura de nuestra ignorancia.

Por eso decidí sumergirme en esta indagación. En el principio, hubo preguntas, enjambres de preguntas: ¿Cuándo nació el libro? ¿Cuál es la historia secreta de los esfuerzos por multiplicarlos o aniquilarlos? ¿Qué se perdió por el camino, qué se ha salvado? ¿Por qué algunos de ellos se han convertido en clásicos? ¿Cuántas bajas han causado los dientes del tiempo, las uñas del fuego, el veneno del agua? ¿Qué libros han sido quemados con ira, qué libros se han copiado más apasionadamente? ¿Los mismos?

Este relato es un intento de continuar la aventura de aquellos cazadores de libros. Quisiera ser, de alguna manera, su improbable compañera de viaje, al acecho de manuscritos perdidos, historias desconocidas y voces a punto de enmudecer. Quizás aquellos grupos de exploradores eran solo esbirros al servicio de unos reyes poseídos por una obsesión megalómana. Tal vez no entendían la trascendencia de su tarea, que les parecía absurda, y en las noches al raso, cuando se apagaban los rescoldos de la hoguera, mascullaban entre dientes que estaban hartos de arriesgar la vida por el sueño de un loco. Seguramente hubieran preferido que los enviaran a una misión con más posibilidades de ascenso, como sofocar una revuelta en el desierto nubio o inspeccionar el cargamento de las barcazas en el Nilo. Pero sospecho que, al buscar el rastro de todos los libros como si fueran las piezas de un tesoro disperso, estaban colocando, sin saberlo, los cimientos de nuestro mundo.

Tú, que lees este libro, has vivido durante algunos años en un mundo oral. Desde tus balbuceos con lengua de trapo hasta que aprendiste a leer, las palabras solo existían en la voz. Encontrabas por todas partes los dibujos mudos de las letras, pero no significaban nada. Los adultos que controlaban el mundo, ellos sí, leían y escribían. Tú no entendías bien qué era eso ni te importaba demasiado porque te bastaba hablar. Los primeros relatos de tu vida entraron por las caracolas de tus orejas, tus ojos aún no sabían escuchar. Luego llegó el colegio: los palotes, los redondeles, las letras, las sílabas. En ti se ha cumplido a pequeña escala el mismo tránsito que hizo la humanidad desde la oralidad a la escritura.

Mi madre me leía libros todas las noches, sentada en la orilla de mi cama. Ella era la rapsoda; yo, su público fascinado. El lugar, la hora, los gestos y los silencios eran siempre los mismos: nuestra íntima liturgia. Mientras sus ojos buscaban el lugar donde había abandonado la lectura y luego retrocedían unas frases atrás para recuperar el hilo de la historia, la suave brisa del relato se llevaba todas las preocupaciones del día y los miedos intuidos de la noche. Aquel tiempo de lectura me parecía un paraíso pequeño y provisional —después he aprendido que todos los paraísos son así, humildes y transitorios—.

Su voz, yo escuchaba su voz y los sonidos del cuento que ella me ayudaba a oír con la imaginación: el chapoteo del agua contra el casco de un barco, el crujido suave de la nieve, el choque de dos espadas, el silbido de una flecha, pasos misteriosos, aullidos de lobo, cuchicheos detrás de una puerta. Nos sentíamos muy unidas, mi madre y yo, más juntas que nunca pero escindidas en dos dimensiones paralelas, dentro y fuera, con un reloj que hacía tic-tac en el dormitorio durante media hora y años enteros transcurriendo en la historia, solas

y al mismo tiempo rodeadas de mucha gente, amigas y espías de los personajes.

En esos años, uno a uno, iba perdiendo los dientes de leche. Mi gesto favorito mientras ella me contaba cuentos era menear un diente tembloroso con el dedo, sentirlo desprenderse de sus raíces, bailar cada vez más suelto y, cuando finalmente se partía soltando unos hilos salados de sangre, colocármelo en la palma de la mano para mirarlo —la infancia se estaba rompiendo, dejaba huecos en mi cuerpo y añicos blancos por el camino, el tiempo de escuchar cuentos acabaría pronto, aunque yo no lo sabía—.

Y cuando llegábamos a episodios especialmente emocionantes —una persecución, la proximidad del asesino, la inminencia de un descubrimiento, la señal de una traición—, mi madre carraspeaba, fingía un picor de garganta, tosía, era la señal pactada de la primera interrupción. Ya no puedo leer más. Entonces me tocaba suplicar y desesperarme: no, no lo dejes aquí, sigue un poquito más. Estoy cansada. Por favor, por favor. Interpretábamos la pequeña comedia y luego ella seguía adelante. Yo sabía que me engañaba, claro, pero siempre me asustaba. Al final, una de las interrupciones sería de verdad, y ella cerraría el libro, me daría un beso, me dejaría a solas en la oscuridad y se entregaría a esa vida secreta que viven los mayores por la noche, sus noches apasionantes, misteriosas, deseadas, ese país extranjero y prohibido para los niños. El libro cerrado quedaría sobre la mesilla, callado y terco, expulsándome de los campamentos del Yukón, o de las orillas del Mississippi, o de la fortaleza de If, de la posada *El almirante Benbow*, del Monte de las Ánimas, de la selva de Misiones, del lago de Maracaibo, del barrio de Benia Kirk en Odesa, de Ventimiglia, de la Perspectiva Nevski, de la Ínsula Barataria, del antro de Ella Laraña en la fronera de Mordor, del páramo junto a la mansión de los Baskerville, de Nijni Nóvgorod, del

castillo de Irás-y-no-volverás, del bosque de Sherwood, del siniestro laboratorio de anatomía de Ingolstadt, de la arboleda del barón Cosimo en Ombrosa, del planeta de los baobabs, de la misteriosa casa de Yvonne de Galais, de la guarida de Fagin, de la isla de Ítaca. Y aunque yo abriese el libro, no serviría de nada, solo vería líneas llenas de patas de araña que se negarían a decirme una mísera palabra. Sin la voz de mi madre, la magia no se hacía realidad. Leer era un hechizo, sí, conseguir que hablasen esos extraños insectos negros de los libros, que entonces me parecían enormes hormigueros de papel.



Cristian Crusat

Marbella, 1983

Es autor de los libros de relatos *Solitario empeño* (Pre-Textos, 2015), *Breve teoría del viaje y el desierto* (Pre-Textos, 2011), *Tranquilos en tiempo de guerra* (Pre-Textos, 2010) y *Estatuas* (Pre-Textos, 2006), así como del ensayo *Vidas de vidas* (Páginas de Espuma, 2015) y de *Sujeto elíptico* (Pre-Textos, 2019), un libro de fronteras genéricas y geográficas que amalgama narración, ensayo y literatura de viajes a partir del universo de la cultura bereber, el cual ha merecido el Premio Tigre Juan 2019. Su obra se ha distinguido con otros galardones como el «European Union Prize for Literature 2013», ha sido antologada en volúmenes como *Cuento español actual. 1992-2012* (Cátedra, 2014) y ha sido vertida al inglés, francés, italiano, neerlandés, búlgaro, macedonio, turco, albanés, hebreo y croata. Editó, prologó y tradujo los artículos y ensayos críticos de Marcel Schwob en el volumen *El deseo de lo único. Teoría de la ficción* (Páginas de Espuma, 2012). Asimismo, ha coordinado dossieres monográficos y publicado artículos, reseñas y traducciones en revistas como *Hispanic Research Journal*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Das Magazin* o *Punto de partida*. Doctor en Humanidades por la Universidad de Amsterdam con una tesis de Literatura Comparada, ha ejercido la docencia e investigado en universidades de España, Francia, Países Bajos, Marruecos y Estados Unidos. La novela *Europa Automatiek* (2019) es su último libro publicado.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

En realidad, una maniática inercia me obliga diariamente a continuar algo comenzado hace tanto tiempo que, como dijo en cierta ocasión Georges Perec, la pregunta ya no es «¿por qué escribo?», sino «¿por dónde iba?, ¿qué era lo siguiente?».

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

El desarraigo, el malestar en la cultura globalizada, la extranjería, las mudanzas y los viajes, los pasadizos entre lo cotidiano y el mito, las playas, las piscinas vacías.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

En las cajas de mis mudanzas siempre estaban Vila-Matas, Bolaño, Diógenes Laercio, Loriga, Baudelaire, De Quincey, Sebald, D.F.Wallace, Schwob, Tabucchi, Ford, Kiš, Ribeyro o DeLillo.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Entre las sensibilidades actuales, me atraen las que abordan asuntos derivados de la íntima falta de raíces (Sergio Chejfec, Aleksandar Hemon, Jhumpa Lahiri, Francesc Serés, Dubravka Ugrešić, Teju Cole, Sherman Alexie), relatan las colisiones entre historia y memoria individual (Stefan Hertmans, J. G. Ballard, J. M. Coetzee), descubren la contrafaz de las máscaras privadas (Peter Stamm), amplían el campo de batalla de la biografía (Pierre Michon, Pascal Quignard) o conciben sus textos como una exploración de la escritura y de los problemas de articulación de un mundo (Marcelo Cohen). Estas corrientes se manifiestan asimismo en algunos poetas para mí fundamentales de las últimas décadas (Tomas Tranströmer, Tomás Segovia) y ensayistas que incorporan con increíble fluidez el pensamiento a la narración (Eliot Weinberger, Ramón Andrés, Pietro Citati).

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

Grasmere en 1810. París en 1896. Ciudad de México en 1909.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

El más inmediato es un ensayo que aparecerá a mediados de 2020. Se trata de un dialecto de alusiones en torno a la literatura de W. G. Sebald, la nostalgia europea, el silencio de un suburbio holandés, el Holocausto según Larry David y los principios básicos de una ética de la miniatura.

SINOPSIS

«Ámsterdam, finales de 2011. Las secuelas del colapso económico de 2008 campan por España. Los jóvenes han sido despojados de la vieja idea de futuro y están sumidos en nuevas formas de precariedad. Muchos se largan a otros países en busca de los sueños prometidos por el ideal europeo. Entre ellos, un traductor almeriense a punto de cumplir los 30. Sentado en el salón de su casa alquilada en el centro de Ámsterdam, sigue por la tele el funeral de un dictador norcoreano y encadena un capítulo tras otro de Los Soprano. Lleva varios años vagando por distintos países europeos, sacándose másters y formando parte del eterno lumpen-profesorado; ha llegado a Holanda a dar clases de español en un instituto local. Gana poco, apenas habla neerlandés y está sobrecualificado. Vive retraído, se aferra a su trabajo, da paseos por la ciudad. No es capaz de imaginar ningún futuro y ha perdido la noción de pertenencia, de intimidad, de lo que podría significar un hogar. Sin embargo, un día recibirá una visita inesperada que desencadenará un cambio crucial en su vida. La enigmática figura de Tajana –hija de refugiados croatas que habían huido de las guerras balcánicas para instalarse en Ámsterdam– significará para él una nueva contraseña sentimental. Y, asimismo, personificará el fantasma de la pesadilla étnica de las Guerras Yugoslavas, ese turbador emblema de los conflictos que amenazan continuamente el proyecto europeo. Con una prosa envolvente y prodigiosa a la hora de detectar las más sutiles tensiones de la nueva vida social en España y el resto del continente, *Europa Automatiek* elabora un lúcido análisis del sentido que la intimidad puede encerrar en nuestros días. Pero, también, de las alteraciones producidas en las esferas de lo público y lo privado. Siempre a caballo entre la ficción y el ensayo personal, Crusat ilumina zonas insólitas del pensamiento europeo para construir una novela de aventuras íntimas que, al mismo tiempo, hace temblar la idea que nos hemos hecho de Europa y de nuestra vida en ella.»

EUROPA AUTOMATIEK

(fragmento de novela)

Tras dos años viviendo en Amsterdam había aprendido a identificar los días de la semana en función del tráfico aéreo y de las sordas vibraciones de los motores de la KLM. Se trataba de un lenguaje extrañamente cercano e íntimo, codificable sólo por un extranjero, es decir, por alguien que no comprende. Y que me atraía a las ventanas de mi casa como un delgado hilo invisible: un sencillo tic pequeñoburgués con mayor carga simbólica de lo que parecería a simple vista. Por lo demás, el descanso de un gato en cualquier balcón al otro lado de mi calle, algunos muros de ladrillo coronados de modo inesperado por la pasiflora, o dos gramos de White Widow: esos eran los acontecimientos que yo pensaba que me podía deparar la ciudad, además de una permanente atmósfera de comida frita y rebozada... Trazas de queroseno evaporándose en el éter. No necesitaba mucho más, aparte del salario mínimo, lo cual se había convertido en una quimera por toda Europa. Supongo que una anónima carta astral hubiera dictado que me hallaba en un momento de transición personal.

Aquella mañana había seguido el parpadeo de un buen puñado de luces de navegación a través del cielo, rojas y verdes, mientras asistía amodorrado y legañoso al lento vaivén de esas

nubes holandesas que se desplazan como lacerantes obligaciones postergadas. Estaba apoyado en una de las estanterías de madera de cerezo que mi casera tal vez se llevara de un momento a otro. Me hallaba aún somnoliento, en pijama y con dos gruesos calcetines que forraban cada uno de mis pies, uno indolentemente encima del otro, igual que dos algodonasas gramáticas de sendas lenguas muertas. Definitivamente era el paisaje de una mañana de sábado, de una plomiza mañana de sábado.

Transcurrían los últimos días de 2011. Me hallaba en trance de acostumbrarme a aquella casa, a la que me había mudado hacía poco. El viejo termostato estaba comenzando a chirriar, se cumplía mi segundo año en Amsterdam y yo dividía mi tiempo entre los pasillos llenos de arcos y recovecos en una academia de idiomas que anteriormente había sido un restaurante de comida griega —donde estaba impartiendo clases de español— y la traducción de un libro de ensayos y artículos del escritor W.G.C. Bijvanck. Las jornadas transcurrían lenta pero implacablemente; el frío, la lluvia y la nieve habían empezado a sucederse sin piedad. El disco del año para Pitchfork.com había sido *Bon Iver*, de Bon Iver. Todo parecía redundante.

Me había concentrado en aquel conteo aéreo tras desayunar bastante tarde. Las imágenes de la televisión se sucedían en voz baja. Al igual que tras las ventanillas de los aviones, llovía en silencio. En Amsterdam llovía de todas las maneras posibles: lluvia vertical, racheada, continua, procedente del centro de la tierra. A pesar de que ignoraba voluntariamente lo que sucedía en el mundo, solía tener la televisión encendida. La encendía, incluso, cuando trabajaba (uno de mis reflejos de solitario, sospecho); la encendía para ignorarla. Aquellas convulsas reverberaciones del exterior —informativas o aeronáuticas— colisionaban frente a mi ensimismamiento como ante una sólida cámara anecoica. Observé que en la acera de enfrente se había inaugurado una tienda de camisetas satíri-

cas, así como un *traiteur* de comida vietnamita. En mi teléfono móvil tenía una llamada perdida de Ewa, que no devolví. Valoraba la posibilidad de visionar por cuarta vez, desde el primer capítulo, *The Sopranos*: los patos y todo ese etcétera.

La rutina es una tensión sin revolver, fluctuante y caprichosa. La rutina: otro burdo pasatiempo con el que afianzar el *statu quo*, nuestro reino de lo provisional.

Sin embargo, las imágenes de la televisión despertaron mi curiosidad. Dejé automáticamente a un lado el CD de *The Sopranos*, absorbo en aquel chorro de electrones en movimiento. Me apoltroné en el sillón y encendí la colilla de un cigarrillo que quedaba de la noche anterior en el cenicero. Al fin y al cabo, era sábado. El locutor de la televisión holandesa tenía una voz nasal, profunda; una voz que procedía de la íntima convicción calvinista de que el deber está alojado en nuestro interior. De que nos incumbe personalmente y determina nuestro destino. Una convicción inmunda, bajo mi punto de vista en aquel entonces.

Escuché lo que decía aquella aborrecible voz sobre Kim Jong-il, cuyo funeral transcurría ante mis ojos. Me fijé en el gigantesco retrato del líder norcoreano, colocado sobre una de esas limusinas Lincoln dentro de las que desfilan, saludan y fallecen tantos dirigentes políticos. Avanzaba a un ritmo onírico. Su rostro enmarcado –sonriente, paternal y con una leve mueca fiscalizadora– se abría paso entre la niebla, precedido por los faros de los automóviles del cortejo fúnebre como en los silenciosos, interminables créditos de una película francesa de la *Nouvelle Vague*.

La calzada, el capó de los automóviles, las mejillas lacrimosas de los niños norcoreanos, el celaje... todo estaba cubierto de nieve y envuelto por un filtro brumoso, alcaloide. Los hechos parecían acontecer en alguno de esos anillos congelados de Saturno o en los valles de metano y hielo de Plu-

tón. Las mujeres y las niñas lloraban como mujeres y niñas; los hombres lloraban como suegros resentidos y sentimentales: tenían escarcha en el flequillo, gafas con montura dorada y los dientes opacos y estrechos. Algunas muchachas plañideras se removían dentro de la multitud como el yonqui que vendía periódicos antisistema a la entrada del supermercado Albert Heijn, en la plaza Frederiksplein, adonde yo me dirigía una vez a la semana para hacer la compra. Se agachaban, meditaban durante un segundo y súbitamente cambiaban de rumbo, desorientadas. También me recordaba el ritual del domingo de Pascua, cuando los niños buscan desquiciadamente huevos de chocolate por los jardines de Amsterdam y de toda la región de Noord-Holland.

El año que tocaba a su fin estaba siendo en realidad un año pésimo para algunos dictadores: Ben Ali había abandonado Túnez y buscado refugio en Arabia Saudí; Hosni Mubarak fue derrocado en Egipto. Silvio Berlusconi acababa de dimitir como primer ministro italiano. A veces perdía mi tiempo haciendo sintéticas búsquedas en Youtube: «Bunga Bunga», «Gaddafi dead», «Gaddafi tunnel», «Gaddafi last moments». Un macaco negro con cresta de la isla de Sulawesi, en Indonesia, se había convertido en una celebridad después de hacerse un *selfie*. El mundo devolvía un mosaico de imágenes borrosas, esencialmente efímeras, cada vez que se le inquiría por el tiempo presente. Y mientras tanto la imaginación popular se nutría y atiborraba de figuras humanas con cabeza de conejo, de gatitos que viajaban a lomos de un cocodrilo o dormían dentro del bidé, de terroristas islamistas enterrados en el lecho de un mar ignoto.

Cada fantasía, tal vez, delate una nueva forma de desear. Y, entretanto, una tras otra, píxel tras píxel, las imágenes que desfilaban ante mis ojos incurrían en la paradoja del diagnóstico que constituye su propio síntoma. Por lo demás, apenas habían

transcurrido dos semanas desde que un hombre de treinta y tres años cometiera una masacre en Lieja, lanzando granadas de mano, disparando su fusil de combate y, finalmente, suicidándose en una céntrica plaza de aquella ciudad belga.

Me levanté del sillón para buscar la taza de café que había olvidado en el microondas. Subí el volumen del televisor. No quería perder detalle del funeral de Kim Jong-il, así que corrí hasta la cocina. De repente, mi ánimo se había galvanizado. Allí, apoyado sobre el fregadero, me asomé a lo que se divisaba a través del vaho de los cristales, un gesto con el que me persuadía de que no había motivos para estar en otro lugar, ni para afrontar el día de otra manera que hechizado por el simulacro de las exequias de un dictador asiático.

La nieve acumulada de los últimos días se había convertido en barro a ambos lados de mi calle; un barro con ribetes parduscos que se asemejaba desde mi posición a la nata tostada por la llama de un soplete de cocina. El cielo de Amsterdam, tan bajo, encapsulaba perezosamente a sus habitantes, quienes echaban mano de su ética protestante para sobreponerse al clima. Regresé al salón y decidí aplazar un poco mis tareas matinales, de modo que permanecí un rato más frente al televisor, todavía en pijama.

Nada era espontáneo ni desordenado en aquel funeral retransmitido desde Pyongyang. «Organización» y «muerte»: dos conceptos que, integrados en una misma frase, deberían decirlo todo sobre una época que se estaba alargando demasiado (o, más bien, que se transformaba sutilmente en algo mucho más amable y peor). Tal vez la nieve fuera falsa, parte del decorado. La autoflagelación se imponía progresivamente entre la muchedumbre como una alternativa a la mascarada. La excitación sexual era un hecho entre los asistentes. Pero yo estaba sinceramente emocionado, o tal vez había acabado por suggestionarme como los asistentes... Al parecer, nuestra civi-

lización se había reafirmado en el fervoroso axioma romántico según el cual lo que no ha acontecido no envejecerá; aceleraba partículas en Ginebra; extinguía las abejas; disparaba pelotas de ping-pong desde las vaginas de prostitutas tailandesas; decaía; decaía tantísimo.

Me hallaba calculando el tamaño del cortejo gracias a un plano aéreo de la televisión norcoreana cuando sonó el timbre de mi apartamento.

Una vez, dos veces.

Me recompuse, bajé el volumen del televisor y permanecí en silencio, meditando qué hacer.

Un timbrazo, dos timbrazos.

Lamenté no poder grabar el funeral, como antaño con los vídeos VHS y sus etiquetas en el lomo. «Funeral Kim Jong-il. TOP», hubiera escrito. Volvieron a llamar, así que decidí levantarme, apagar el cigarrillo y abrir la ventana a fin de airear el salón y espabilarme yo mismo. Fuera, a un metro de la puerta, encontré a un par de chicas en la primera mitad de la veintena. Cuando les pregunté qué se les ofrecía se miraron con extrañeza, como dos siamesas recién separadas.

—¿Dónde está Emmy? —preguntó una de ellas.

Desprevenido, les dije que no tenía idea de por quién preguntaban.

—¿Eres familia de Emmy, la propietaria? —me interrogó la misma.

No sabía dónde estaba mi casera. Era absolutamente cierto. Además, mi casera no se llamaba Emmy.

Entonces me di cuenta de que esas dos chicas eran hermanas. Hablaban holandés con un acento errático y desconocido para mí. La que había escupido aquella breve ráfaga de preguntas era la mayor, sin duda. Tenía un cuerpo sarmentoso y no le faltaba determinación. Como muchas jóvenes holandesas (aunque estaba claro que ella no lo era), llevaba el pelo

recogido en una rígida coleta rubia y vestía ropa de alpinista o escalador, preparada para el próximo aguacero o una súbita helada. Y como cualquier oriundo de Amsterdam, era capaz de arrojar con la mirada una sonda invisible al fondo del alma de su interlocutor. Por esta razón mis escasas palabras parecían provenir de las fangosas profundidades de un pozo prácticamente cegado. Todo en ella era impermeable, aséptico y rígido. Incluso su insolencia.

Me preguntó si podían pasar.

—Hablas holandés bastante bien —dijo al traspasar el umbral, sin interesarse por mi nacionalidad.

Me hice a un lado para que entrara la hermana pequeña, cuyo aroma corporal era semejante al de los lugares poco ventilados.

—Soy traductor, no me queda más remedio —dije, sin saber a quién exactamente.

También daba clases, sí. Ya no eran clases particulares, veinte euros la hora, seis o siete a la semana, como cuando las impartía en mi anterior y estrechísimo apartamento en el Indische Buurt, el segundo que había ocupado en Amsterdam. Eso quedó atrás. Ahora había empezado a impartir algunas horas en aquella academia, pero sólo porque esa actividad complementaria a mis labores de traducción me proporcionaba una estructura vital y gente con la que hablar.

Nunca he llegado a dominar las conversaciones que se desarrollan junto al quicio de una puerta, así que no es extraño que les franqueara el paso a ese par de desconocidas. Constituían una agradable e incierta fluctuación en mitad del marasmo matutino, un tímido progreso en relación con mi proyecto de contar un avión tras otro mientras los norcoreanos languidecían por la muerte de su líder supremo.

Resultó que las dos muchachas habían crecido en aquel apartamento, bastantes años atrás. En realidad no vivieron allí

mucho tiempo, me dijo la única que hablaba. Pero fue una época muy intensa.

La otra asentía.

¿Qué tal?, ¿ha cambiado mucho?, les pregunté mientras meneaba las hojas de la ventana para oxigenar el salón y expulsar el humo y mi inesperada amargura por Kim Jong-il. Ni siquiera recordaba cuándo había recibido la última visita. Por un momento me sentí animado y lleno de curiosidad, como si yo fuera el propietario y entablara una negociación con un par de potenciales compradores (o más sencilla y patéticamente: quizá necesitara algún tipo de anónima aprobación con respecto a mi estilo de vida, si es que mis rutinas merecían ese nombre). Pero la hermana que no hablaba se tapó la boca con una mano y emitió un carraspeo reprobatorio. Me molestó bastante, así que decidí no ofrecerles café. Tampoco hablaban entre ellas.

La vida en Amsterdam se derramaba increíblemente lenta; de repente, sin embargo, arremetía como un buey almizclero de trescientos kilos.

—Podéis echar un vistazo, si queréis. Para eso habéis venido, ¿no?

Molesto por aquella censura y por la invasión de mi espacio privado, enterrada aquella fugaz ráfaga de euforia que había experimentado, me dejé caer en el sillón y volví a encender lo que quedaba del cigarrillo de hachís. El cortejo norcoreano continuaba su marcha entre vítores, reverencias e —imagino— las ocultas indicaciones de los directores y responsables de la representación. Ofuscado, observé que la mayor de ellas me preguntaba con la mirada, al pie de las escaleras, si podía subir al segundo piso. Su insistencia me resultó desagradable. Era más terca y dura que el circonio.

—Yo sólo alquilo la planta baja, aunque no creo que pase nada por que echéis un vistazo.

Normalmente no subía a la planta de arriba, a la buhardilla que mi casera se reservaba para cuando ella tenía que volver a Amsterdam. Todavía no había ocurrido. Yo la ventilaba una vez a la semana y me aseguraba de que todo seguía en orden.

Las acompañé y seguí con cautela sus movimientos.

Descendieron rápidamente, tal vez incomodadas por mi presencia un tanto inquisitiva. A continuación deambularon alrededor de mis cosas en silencio, amortiguando las pisadas como si estuvieran en un museo. Apoyaban todo el peso corporal en un solo pie. El parqué engullía sus pasos igual que la tierra húmeda. Las vi contemplar las molduras y los interruptores de la luz, abrir los grifos y detenerse ante el viejo termostato y las encuadernaciones de mis libros de Bijvanck. La chica silenciosa, la menor, se detuvo frente al recodo en el que yo trabajaba.

—¿Qué utilidad le dabais a este rincón? —pregunté, enterrando la chusta de mi porro en el cenicero y lanzando rencorosamente la última calada hacia ella.

Se giró de brazos cruzados y me miró entre ofendida y orgullosa. A diferencia de su hermana, vestía como una secretaria. Se llamaba Tajana, aunque en aquel momento creí que había pronunciado «Tatiana». Me dijo que había sido una especie de lavadero. Señaló un par de alcayatas cubiertas de pintura blanca a la altura del dintel. Su madre solía tender dos cuerdas desde ellas para colgar la ropa.

—No sé quién es Emmy, pero puedo preguntarlo la próxima vez que la vea. Probablemente fue a vuestra Emmy a quien mi casera le compró la casa.

Al otro lado de la casa oí que tiraban del retrete.

—Increíble —dijo la hermana mayor—. Es la misma cadena.

La vi salir del baño mientras el agua rugía y brotaba con brusquedad de la cisterna. Noté un aroma sospechoso al acercarme a donde se encontraba.

Aluciné.

Era tan sospechoso como cierto.

Había hecho de vientre en mi casa.

—Joder. ¿Era necesario? —le pregunté repugnado. Volví al sillón y cerré las ventanas por el frío—. ¿Hasta ahí llega tu nostalgia?

Se quedó callada y miró a su hermana, que seguía concentrada en la rememoración de las viejas cuerdas de tender. Las dos se asomaron a la calle, junto a mi escritorio, y entremezclaron sus perfumes, los cuales comenzaban a hacerse un hueco entre mis pertenencias. Se produjo una suerte de curvatura espacio-odorífera en torno a los objetos que me representaban, un discontinuo flujo de usurpación en el que me confundí, inerme y desposeído. Había intentado incomodarlas, pero al final había acabado por incomodarme a mí mismo. Resolví invitarlas a un café y dar por concluida aquella situación civilizadamente. Es sábado, pensé.

—Perfecto. Veo que no has desayunado —dijo la mayor, sin embargo, mientras colgaba su mochila de escaladora en el respaldo de una de las sillas después de señalar mi pijama y mis pantuflas. A continuación se acercó al televisor—. ¿Quién se ha muerto?

Le contesté que me había preparado un café poco antes de que llegaran. Bajé el volumen y referí lo que había visto del cortejo fúnebre.

—Entonces compraré unos croissants y desayunaremos juntos —dijo.

Omitió por completo mis informaciones sobre Corea del Norte.

A continuación sacó un monedero de uno de los múltiples bolsillos de la mochila y anunció que volvería en cinco minutos. Salió de la habitación y su hermana y yo la escuchamos bajar las escaleras y luego el chirrido y el cierre de la

puerta principal. Me interné en la cocina para encender la cafetera. Desde el salón me llegó el aviso de un nuevo mensaje en mi teléfono móvil, probablemente de Ewa.

Busqué dos tazas limpias. El tarro de azúcar. Suspiré. Segundos después entró la silenciosa –Tajana– y me preguntó si le permitía pasar al baño.

—Es nostalgia sincera —dijo, mientras llegaba hasta mí su peculiar olor a flores mustias—. Sólo eso. Te lo prometo.



Gabriela Ybarra

Bilbao, 1983

Nació en Bilbao y se mudó a Madrid poco después de cumplir doce años. Estudió administración y dirección de empresas. Trabajó durante varios años en diferentes departamentos de marketing. Ha tenido empleos de los más variopinto: desde dependienta de El Corte Inglés hasta analista de investigación de mercados de productos cosméticos. En 2012, mientras estudiaba y trabajaba en Nueva York, empezó a escribir *El comensal* (Caballo de Troya, 2015), su primera novela, que ganó el Premio Euskadi de Literatura en 2016 y fue finalista del Man Booker International 2018. El libro ha sido traducido al inglés y al italiano. Actualmente vive en Madrid y su tiempo se divide entre cuidar a su hijo pequeño y escribir su segunda novela. La autora ha participado en las antologías *Lo infraordinario* (gristormenta, 2018) y *El gran libro de los gatos* (Blackie Books, 2019). Además, ha firmado artículos y relatos para diferentes diarios y revistas literarias.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé a escribir a la vez que aprendí a leer, hacia los seis años. Durante mi infancia, cuando venían mis amigas a jugar a casa, a menudo inventábamos historias y se las representábamos a mi madre. Mis primeros relatos los escribí tumbada en el suelo de mi habitación, disfrazada de mis personajes.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Me interesa analizar cómo la familia y los espacios que habitamos influyen en quiénes somos; y cómo la violencia y el terrorismo impactan en lo cotidiano. Últimamente también estoy reflexionando mucho sobre la infancia, sobre lo que supone vivirla, perderla y recordarla. Acompañar a mi hijo de dos años me está permitiendo recuperar el tiempo lento de los niños.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Elvira Navarro, Joan Didion, Philip Roth, Anne Carson, W.G. Sebald, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Road Dahl, Natalia Ginzburg, Virginia Woolf, Georges Perec, Judith Kerr...

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesan los libros híbridos, en los que se mezclan varios géneros literarios o se incluyen elementos de otras disciplinas como la filosofía o las artes visuales. Por lo demás, no sigo demasiado las tendencias.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Estoy a gusto viviendo en Madrid en el siglo XXI, pero no me importaría tener una máquina del tiempo para pasar mis vacaciones en otras épocas. Estoy segura de que mirar hacia el pasado y hacia el futuro me ayudaría a entender mejor nuestro tiempo.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy escribiendo una novela de ficción que parte de una experiencia personal: la mudanza de mi familia de Bilbao a Madrid en 1995, cuando yo tenía doce años. Este evento me está permitiendo explorar muchos de mis intereses como escritora: el terrorismo vasco, la familia, los paraísos perdidos...

SINOPSIS

En 1977, tres terroristas disfrazados de enfermeros irrumpen en casa del abuelo de Gabriela Ybarra y se lo llevan a punta de pistola en el maletero de un coche. Esta es la última vez que la familia ve con vida a Javier Ybarra. La autora escucha por primera vez la historia cuando tiene ocho años, pero no es hasta tiempo después, durante el duelo por la muerte de su madre, cuando empieza a interesarse por el asesinato de su abuelo y el pasado de su familia.

El comensal es el premiado debut de Gabriela Ybarra en el que se conectan dos eventos que marcan la vida de la autora: el secuestro y asesinato de su abuelo a manos de ETA, una muerte con impacto público, y la pérdida de su madre por un cáncer, una enfermedad que transcurre en la intimidad familiar.

EL COMENSAL

(fragmento de novela)

I

Cuentan que en mi familia siempre se sienta un comensal de más en cada comida. Es invisible, pero está ahí. Tiene plato, vaso y cubiertos. De vez en cuando aparece, proyecta su sombra sobre la mesa y borra a alguno de los presentes.

El primero en desaparecer fue mi abuelo paterno.

La mañana del 20 de mayo de 1977 Marcelina puso un hervidor de agua en el fuego. Aprovechando que el líquido toda-vía estaba en reposo, cogió un plumero y comenzó a desempolvar la porcelana. Un piso más arriba, mi abuelo entraba en la ducha, y al fondo del pasillo, en donde las puertas formaban una U, descansaban los tres hermanos que aún vivían en la casa. Mi padre ya no vivía ahí, pero en una escala entre Nueva York y otro destino había decidido acercarse a Neguri para pasar unos días con su familia.

Cuando sonó el timbre Marcelina estaba lejos de la entrada. Mientras pasaba su plumero por un jarrón chino escuchó que alguien gritaba desde la calle: «¡Ha habido un accidente, abran la puerta!», y corrió hasta la cocina. Miró un instante el hervidor, que ya había empezado a silbar, y deslizó

el cerrojo sin asomarse a la mirilla. Al otro lado del umbral, cuatro enfermeros encapuchados se presentaron abriendo sus batas para mostrar las metralletas.

«¿Dónde está don Javier?», dijo uno. Sacó un arma y apuntó a la chica para que les indicara el camino hasta mi abuelo. Dos hombres y una mujer subieron por las escaleras. El cuarto se quedó abajo, vigilando la entrada de la casa y revolviendo papeles.

Mi padre se despertó al sentir algo frío rozándole la pierna. Abrió los ojos y se encontró a un hombre levantando su sábana con el cañón de un arma. Al fondo de la habitación, una mujer repetía que estuviera tranquilo, que nadie le iba a hacer daño. Después la chica avanzó despacio hasta la cama, agarró sus muñecas y las esposó al cabecero. El hombre y la mujer salieron del cuarto, dejando a mi padre solo, maniataado, con el torso descubierto y la cabeza girada hacia arriba.

Pasaron treinta segundos, un minuto, tal vez más. Tras un lapso de duración indefinida, los encapuchados volvieron a entrar en el cuarto. Pero esta vez no venían solos; junto a ellos aparecieron dos de mis tíos varones y mi tía pequeña.

Mi abuelo seguía en la ducha cuando oyó que alguien gritaba y aporreaba la puerta. Cerró el agua, y como los ruidos no cesaban, se enroscó una toalla y asomó la cabeza al pasillo para ver lo que ocurría. Un hombre con el rostro cubierto metía el revés de su codo en la boca de Marcelina; con la mano contraria sujetaba la metralleta que apuntaba al hueco de la puerta abierta. El hombre entró en el baño y se sentó sobre la taza. Agarró a la asistenta por la falda y la obligó a arrodillarse sobre un charco en el suelo. A escasos centímetros, mi abuelo trataba de arreglarse frente al reflejo del arma. Se peinó y se engominó, pero los dedos le temblaban y no pudo trazar recta la raya que atravesaba su cabeza. Al terminar salió del baño, cogió un rosario, unas gafas, un

inhalador y un misal. Se anudó la corbata y a punta de metrallera caminó hasta la habitación en la que se encontraban sus hijos.

Los cuatro hermanos lo esperaban maniatados sobre la cama, mirando cómo una mujer sostenía las muñecas de Marcelina. En el silencio se oía el silbido del hervidor.

Cuando terminó de esposar a la asistenta, la mujer bajó a la cocina, colocó el recipiente sobre la encimera y apagó el fogón. Mientras, en el piso de arriba, sus compañeros reorganizaban a los rehenes. Primero les hicieron moverse hacia los lados de la cama hasta dejar un hueco. Luego arrancaron la corbata del cuello de mi abuelo y lo sentaron en el medio.

El más corpulento de los hombres sacó una cámara de una bolsa de cuero negro que colgaba de su cintura y abrió el pasa-montañas a la altura del ojo para asomarse al visor, pero ni mi padre, ni mis tíos ni mi abuelo lo miraban. El encapuchado chascó un par de veces los dedos para captar su atención, y cuando al fin lo logró, apretó el botón tres veces.

Un punto que aún no ha sido aclarado es el paradero de las fotos que hicieron a la familia los secuestradores y las tres instantáneas de Ybarra que se llevaron al abandonar la casa. «Estoy en disposición de asegurar», afirmaba uno de los hijos, «que no hemos recibido ninguna de las tres imágenes de mi padre como prueba. No sabemos qué habrá sido de ellas, y tampoco de las fotos que nos tomaron a la familia con mi padre momentos antes de llevárselo. En éstas aparecemos los hijos que entonces estábamos en la casa, con él, en grupo y despidiéndonos antes de partir.»

El País, viernes 24 de junio de 1977

El monte Serantes estaba cubierto por una niebla densa y pesada que se descomponía en chubascos. Los torrentes bajaban por la ladera hasta la ría del Nervión, que poco a poco se iba llenando como una bañera. Su cauce no se desbordó, pero sí lo hizo el del Gobela, un río que fluía muy cerca de la casa de mi abuelo. En la avenida de los Chopos el agua invadía la calle, cubría las aceras y entraba con violencia en los garajes. Las luces de algunos coches se encendían solas. Desde dentro de la casa la lluvia se oía fuerte, como si alguien estuviera tirando mendrugos de pan contra los cristales. Afuera había varias vías cortadas: Bilbao-Santander a la altura de Retuerto, Neguri-Bilbao por el valle de Asúa y Neguri-Algorta.

A partir de las ocho y cuarto de la mañana los coches se amontonaron en los accesos al centro de Bilbao formando un tapón de dieciocho kilómetros que se extendía hasta Getxo. Por todo Vizcaya se escuchaba la lluvia, los coches y el chocar de los limpiaparabrisas contra las lunas. Mi abuelo estaba encerrado en el maletero de un SEAT 124D familiar que huía lento. En la parte delantera estaban dos de los secuestradores con la radio encendida. Nadie sabía aún nada. Todavía sonaba «Y te amaré» de Ana y Johnny entre la información sobre el tráfico y las noticias.

Los artículos en los días que siguen al secuestro son poco elaborados y breves. El primer reportaje a fondo que encuentro se publicó el 25 de mayo de 1977 en el suplemento «*Blanco y Negro*» del diario *ABC*. Se titula «Lo más que me pueden hacer es darme dos tiros». Pocas líneas más abajo hay una columna con un encabezado que dice: «Esposas de marca francesa».

Cuando mi padre pisó los charcos del jardín aún no había conseguido deshacerse de las esposas. Al llegar a la verja, golpeó la puerta hacia fuera con un hombro y salió a la calle. El agua bajaba desbocada por el asfalto. Mi padre analizó la acera, la farola, los arbustos y el pelo empapado de una señora cargada con la compra que se paró a su izquierda. La mujer apoyó las bolsas en el suelo para cubrir su cabeza y lo saludó. Él le contestó educado, pero escueto, y siguió andando y mojándose hasta que se detuvo frente a una casa con muros de piedra y setos que se agitaban entre las verjas. Tocó el timbre. Dijo: «Hola, soy el vecino de la casa de al lado, ¿puedo usar el teléfono?». Se escuchó un zumbido, la puerta tembló y una asistenta con moño lo invitó a pasar. La chica lo guio hacia el interior de la casa, se paró frente a un teléfono color hueso que colgaba de la pared y le tendió el auricular. Al ver las esposas hizo un gesto raro con la boca y se santiguó. Mi padre, chorreando y sin mirarla, marcó rápido el número de la policía. Dijo su nombre, su apellido, su ubicación y resumió lo ocurrido aquella mañana. Luego se calló para escuchar al agente. La asistenta tenía los ojos tirantes, como su moño. Mi padre, por el contrario, parecía sereno.

Antes de marcharse, los asaltantes avisaron a mis tíos de que no podrían denunciar el secuestro hasta el mediodía. A las doce menos cuarto, dos de los hermanos lograban soltarse de los barrotes de la cama. A las doce y media llegaba la policía y unos quince minutos más tarde, la prensa.

Los agentes liberaron primero a las mujeres. Luego siguieron con mi tío menor, quien, al verse libre, bajó corriendo al jardín a gritar el nombre de mi abuelo entre las hortensias. Mi padre atendía a los periodistas en el porche. Los reporteros colocaban las grabadoras bajo su mentón y él decía: «Se han portado con total corrección. Hemos estado todo el tiempo muy tranquilos».

A medida que se acercaba la hora de la comida llegaban más policías y periodistas. También fueron apareciendo el resto de los hermanos y algunos primos. El hermano mayor miraba hacia el fondo de la carretera. Mientras, el pequeño seguía en el jardín buscando a mi abuelo entre las hortensias.

El más grande tenía los ojos azules y vestía anorak verde y pantalones vaqueros. El segundo, moreno y delgado, llevaba una camisa a cuadros en tonos oscuros. La mujer, espigada, llevaba un chubasquero de color butano. El cuarto, de estatura media, no se quitó la bata blanca de enfermero en todo el tiempo que permaneció en la casa. Las edades de los cuatro asaltantes estaban comprendidas entre los veinte y los veinticinco años.

Blanco y Negro, miércoles 25 de mayo de 1977



II

El viento entró por la puerta de servicio rodeando los fuegos de la cocina y golpeando las ventanas. El aire de un lado del cristal chocaba contra el del lado opuesto. Ya se habían marchado las visitas de la casa y los que permanecían dentro estaban reunidos en un mismo cuarto haciendo cábalas. Por el suelo del salón seguía habiendo libros revueltos y fotos de familia desperdigadas; un marco de bronce sin retrato y el viento campando a sus anchas, acariciando los flecos de las alfombras y formando pequeños tornados sobre el sofá.

Las esposas cortadas estaban colocadas encima de la cómoda del recibidor. A su lado había cuatro trozos de cuerda y el algodón con el que los secuestradores habían envuelto las muñecas de las mujeres para no hacerles daño. Las tiras de esparadrapo con las que les taparon la boca y las telas con las que les cubrieron la cara estaban en el cubo de la basura de la cocina. Ninguno de los hermanos quería dormir solo en su cuarto. Preferían descansar juntos, apilados sobre el sofá.

Desde que se marchó la policía, nadie había vuelto a entrar en la habitación del fondo. A mi padre y a sus hermanos les perturbaba recordar los barrotes dorados de la cama a los que habían estado esposados. También les inquietaba la voz de los secuestradores que aún resonaba suave y educada en sus cabezas, pronunciando ese don Javier, musical, como una campana, con el que se dirigían a mi abuelo sin dejar de encañonar sus metralletas.

Los hermanos pasaron el día siguiente al secuestro en el cuarto de estar de la casa asaltada. El mayor se acariciaba la mandíbula. El pequeño jugaba a calzarse y descalzarse los

zapatos con el impulso de los dedos. En la consola junto a la puerta había un teléfono que no cesaba de sonar. Uno de los hermanos mayores gritó y descolgó el auricular sobre la madera. Luego ya no se oyó nada. Los presentes se acercaron al sofá para protegerse del silencio.

Pasaron las horas, se hizo de noche y seguía sin haber información sobre mi abuelo. Mis tíos se movían por la habitación. Se acercaban y se alejaban del sofá, lo rodeaban, se apoyaban sobre él y se levantaban. Encima de la mesa del café había una radio encendida esperando al noticiario. La locutora empezó a hablar a las diez en punto, pero no dijo nada nuevo ni sobre el secuestro ni sobre mi abuelo.

Desde fuera de la casa parecía que no pasaba nada, pero si uno se fijaba, podía ver a dos guardias civiles sentados en los *jeeps* que estaban aparcados frente a la puerta. Los coches tenían los faros y los motores apagados, aunque cada media hora los conductores arrancaban sus vehículos y los hacían rodar por las calles aledañas al chalet: la avenida de los Chopos, la carretera de la Avanzada, la ribera del río Gobelá y los alrededores de la iglesia del Carmen. A las cuatro de la mañana las calles estaban vacías y en las ventanas de la casa no se apreciaba ninguna luz. Dentro no dormía nadie; los hermanos estaban tumbados, despiertos en la oscuridad, escuchándose la respiración.

Mi padre se levantó del sofá, abrió la ventana del balcón y salió a fumarse un cigarro. Había dejado de llover, pero aún quedaban gotas de agua sobre la barandilla. Dentro de la casa el recuerdo de mi abuelo era asfixiante, imágenes fijas del secuestro que se repetían. Sin embargo, fuera corría brisa

y podía pensar en las goteras de su apartamento en Harlem o en un edificio bombardeado que había visitado en el Bronx. Apagó el cigarro sobre la gota más abultada del antepecho y dejó el pitillo aplastado sobre una maceta. Fue entonces cuando recordó que tenía que recoger varios carretes de fotos en un laboratorio del centro de Bilbao. Después miró el jardín y repasó todas las cosas que quería hacer cuando se resolviese el secuestro. Encendió otro cigarro y se lo fumó con la vista fija en las ramas de un castaño.

A las once y media de la mañana del domingo 22 de mayo, una voz anónima, femenina y frágil como la cría de un ave, llamó a la emisora de Radio Popular: «Tenemos secuestrado a Javier Ybarra», dijo con atropello. Detrás se oían coches y niños gritando. «Mirad en el buzón frente al número 37 de la calle Urbieta de San Sebastián», terminó de decir antes de colgar.

Al cartero no le gustaba el susodicho buzón, porque cada vez que lo abría, las bisagras, mal engrasadas, chillaban como un roedor. El buzón estaba viejo, la lluvia había unido entre sí las calvas de pintura, y ahora, en la parte más alta y abombada, había una mancha enorme cubriendo la pieza.

El documento apareció por partes en el lugar indicado. Primero una hoja escrita a máquina, luego otra y después la tercera. No las habían grapado ni unido con un clip. El comunicado era inusualmente extenso y estaba redactado de forma que inducía a pensar que era falso: ni se hacía una reivindicación clara del secuestro ni se ponían condiciones para el rescate. El cartero, acompañado por un policía, solo encontró reflexiones escritas a máquina que no abrían ninguna vía de negociación.

Mientras tanto, mis tíos seguían encerrados en la casa de la avenida de los Chopos: esperando noticias, atendiendo a la prensa e intentando comunicarse con los secuestradores.

Hacia las tres de la madrugada, el hermano mayor entró en el salón cogido del brazo de su mujer. Nadie dormía. «Quieren mil millones de pesetas», dijo, y tiró un fajo de billetes sobre la mesa. Mis tíos pasaron toda la noche contando dinero. La cantidad que pedían los secuestradores era inalcanzable. Cuando se hizo de día, los hermanos mayores se fueron a ver a los bancos para pedir un préstamo. Los demás se quedaron encasa, vagando por el cuarto de estar y atendiendo a la prensa: «Es mentira que nos hayan exigido mil millones de pesetas», dijo uno de mis tíos a los medios. «¿Cómo reaccionó su padre el pasado viernes?», preguntó un periodista. «En ningún momento tuvo reparo alguno en ser secuestrado. Se vistió, cogió un sombrero y algunos libros y se dirigió a nosotros para que estuviéramos tranquilos», contestó mi padre.



Sabina Urraca

San Sebastián, 1984

Vasca de nacimiento, pero criada en Tenerife, vive en Madrid desde hace más de quince años. Ha sido vendedora de seguros, camarera, guionista, reportera, creativa de televisión y publicidad, locutora y cortadora de marihuana. Ha colaborado y colabora como periodista en medios como El País, El diario.es, Vice o Cinemanía. Es autora de la novela *Las niñas prodigio*, editada por Fulgencio Pimentel, ganadora del Premio Javier Morote, otorgado por el CEGAL y seleccionada por New Spanish Books. Participa en la antología *La errabunda (Primer tratado ibérico de deambulología heterodoxa)*, publicado por Lindo&Espinosa, y en *Tranquilas. Historias para ir solas por la noche*, publicada por Lumen. En 2017 tuvo lugar su charla TED *Escapar de la niña prodigio*. Actualmente imparte clases de escritura en la Escuela Fuentetaja y durante 2020 será editora residente en la Editorial Barrett. En 2020 recibió la beca de escritura de la Universidad de Iowa.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

He crecido rodeada de grandes transmisores-fabuladores, así que me recuerdo inventando historias antes de saber escribir.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Me interesa contar cosas que creo que sólo pueden ser explicadas y comprendidas por medio de la literatura. Al mismo tiempo, siento algo -algo que sólo podría definir como ansia- que me lleva a querer transmitir todos los momentos literarios que se me van presentando a lo largo del día.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Natalia Ginzburg, Raymond Carver, Valérie Mréjen, Nabokov, Charlotte Roche, Salinger, A.M. Homes. Y autores de cómic como Alison Bechdel, Chester Brown, Daniel Clowes, Julie Doucet, Tamburini y Liberatore. Sin olvidar las redes sociales, fuentes inagotables de literatura inconsciente.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa el reconocimiento de que estamos en una época acabada, llena de desesperanza y absurdo. Valoro mucho la literatura que extrae material de ahí y lo fagocita sin pudor. Me interesan también la extrema autoconsciencia, la autocrítica, la distancia irónica hacia uno mismo. Leo con obsesión a Lydia Davis, a Mariana Enríquez, a Fabián Casas. También otros más cercanos como María Fernanda Ampuero, Jorge de Cascante, Elisa Victoria o Mercedes Cebrián.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

En cualquiera en la que se hubiesen necesitado más escritores. En la época que me ha tocado escribo por necesidad propia, por no explotar, pero no porque crea que se necesite lo que escribo.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy escribiendo una novela que transcurre en los quince días del celo de una perra y que planea sobre la cuestión de si también nosotros, humanos, seríamos capaces de cruzar una calle con los coches pasando, a riesgo de resultar atropellados y morir, abducidos por el sexo o el amor. La respuesta, obviamente, es sí. La cuestión es por qué y cómo.

SINOPSIS

Novela parcialmente autobiográfica, agitada por el estigma del *amour fou* por un hombre maduro y alcohólico, *Las niñas prodigio* es también una tragicomedia en varios actos y un cuento con tintes de terror gótico, pero sobre todo es un relato contemporáneo sobre la identidad que arranca en un presente imperfecto para regresar a todas las edades de una mujer.

Pansexual, hiriente, sentimentalmente voraz, la voz de la narradora inicia su particular camino de perfección, galería de fantasmas figurados o reales que acaba sembrando de modelos de la cultura popular y de su propia infancia, un descenso por momentos vertiginoso que Sabina Urraca convierte en una ficción apasionante y sin parentescos en la narrativa española contemporánea.

LAS NIÑAS PRODIGIO

(fragmento de novela)

Cuchillitos

—¿Quién es la mayor?

—Son mellizas.

—¿Queréis unas golosinitas, preciosas?

—No, no las gustan.

La madre no les dejaba tomar azúcar. El pediatra había dicho que eso podía alterarlas más. A veces les dejaba beber un poco de Dan Up, nada más. Los yogures naturales, la leche sin Cola Cao.

—Me está mirando a mí.

—No, me está mirando a mí.

Paula y Raisa se ponían frente al póster de Michael Jackson, peleando por su atención.

—¿Pero no lo ves? ¡Me está mirando a mí! ¡A mí!

En realidad, Michael me miraba a mí, cruzado de brazos con su chupa de cuero y sus caracolillos negros. Pero cualquiera se metía ahí en medio.

Tampoco me ponía de parte de ninguna. Ellas solitas provocaban la explosión que más me gustaba.

A veces, Paula y Raisa se perseguían con cuchillos por toda la casa. Su madre lloraba inclinada sobre la mesa. Lleva-

ba un pañuelo en el puño de la camisa y con él se enjugaba las lágrimas amargas de haber criado dos hijas que se querían matar. Después me miraba y susurraba, como en una oración:

¡Cristo bendito!

Yo ya no sé qué he hecho mal...

Jesucito, ven y llévame...

Y seguía doblando servilletas de tela para las comidas familiares del domingo, con la cara oculta por el pañuelo, pequeños espasmos de llanto recorriendo su espalda.

Yo seguía merendando sin saber qué decir. En la alacena había un bote de Cola Cao solo para mí.

—Tú que eres tan tranquila, ¿no podrías enseñar a esas salvajes a respetarse un poco?

Qué responder. A estas alturas debía de saber que, si yo volvía allí cada jueves, después de clase de guitarra, era porque de alguna manera disfrutaba del panorama.

Aquellas peleas eran el más bello espectáculo que había visto nunca. Animales fibrosos, brillantes, con los miembros en máxima tensión, que proferían gritos salvajes, forcejeaban en el suelo y se retorcían los brazos. Como uno de esos documentales en los que dos leones se pelean a cámara lenta. Casi podemos ver cómo son por dentro; cada movimiento provoca una torsión en su cuerpo que nos permite adivinar la forma de los huesos y los músculos. En las peleas de Paula con su hermana había cocodrilos enseñando los dientes, una boa tragándose un tapir entero, una estampida de bisontes haciendo temblar la tierra de mi cuerpo idiota de hija única.

Pero, sobre todo, las palizas entre las mellizas eran la representación viviente de un mito o de una fábula en la que alguien se desafía a sí mismo. Un único ser intentando vencerse, superarse, doblegar su propia voluntad.

Cuando brazos, piernas y dientes no eran suficientes, Paula decía:

—Y ahora, vamos a sacar los cuchillitos.

Y mi corazón se encogía de miedo y placer. Miraba a la madre, que interrumpía su labor de ganchillo y sollozaba un débil «no», quebrado por un nuevo acceso de llanto. Se levantaba alarmada, se volvía a sentar, se persignaba.

¡Cristo bendito!

¿Pero qué hemos hecho mal?

Su padre era radioaficionado. Pasaba las tardes en la habitación del fondo. Tras la puerta se oían bufidos de máquina, chisporroteos, palabras susurradas. Nunca risas ni conversaciones audibles.

Mientras su hogar se venía abajo entre gritos, golpes y cuchilladas al aire, él seguía comunicándose con quién sabe quién. Los radioaficionados siempre me dieron miedo. Eran tíos lejanos, padres de amigos, presencias parduzcas y amorfas en el fondo de un cuartucho en el jardín. ¿Con quién hablaban? Nadie lo sabía. Con otra gente que también se había construido su radio casera y transmitía las mismas inquietudes de color parduzco desde la oscuridad de un cuartucho similar.

Cuando estuve bien enterada de lo del pene en la vagina y la semilla en forma de chorrizo blanco, me pareció increíble que aquel hombre grisáceo y callado hubiese sido capaz de producir líquido suficiente para engendrar de una sola vez a dos seres con tanta energía como Raisa y Paula. La madre sollozaba y lanzaba gritos de angustia, pero en realidad era una dragona que guardaba su territorio. Y en su territorio no entraban sus hijas. Solo deseaba que la dejaran en paz.

En una foto del salón se la veía joven, atrapada en un embarazo monstruoso que hacía que su cabeza pareciera una

bolita de carne diminuta. Pero en su mirada se adivinaba una llama que ardía lejos de esos seres que le habían deformado el cuerpo. No tenía pensamientos salvajes, ni ansias de libertad. Simplemente habría sido más feliz haciendo ganchillo mientras miraba la televisión de reojo, limpiando las hojas de las plantas. Sola en aquel salón, sin necesidad de fingir preocupación. Esta convicción quedaba perfectamente sintetizada cuando Raisa y Paula se arrancaban mutuamente mechones del pelo y ella suspiraba, los ojos brillando por un deseo muy fuerte:

—Desde luego, mejor me hubiese quedado solterona.

Creo que las dos pensábamos que Paula y Raisa se habían pegado tanto y tan bien, conocían tan al detalle cada rincón y mueble de su casa, que sus luchas no entrañaban peligro. Eran complejas coreografías del odio en las que cada golpe estaba perfectamente medido para que ninguna nuca golpear se ninguna esquina. Solo ocasionalmente un hilo de sangre manaba de la nariz o se raspaban los nudillos contra el gotelé. Entonces una de las dos lloraba encogida en el suelo, muy quieta. La otra se le acercaba y la tanteaba suavemente con la punta del pie.

—Eh, tú. Muévete, gilipollas.

Esperaba unos segundos con la respiración agitada, todos los sentidos alerta. De golpe desaparecía la impresión de la sangre y se producía la explosión. El remolino de patadas y escupitajos de furia se reanudaba y la madre lloraba fregando los cacharros.

Terminaban juntas de nuevo, sudorosas, exhaustas, viendo Bola de dragón. A las dos les gustaba cantar en voz alta las sintonías de inicio de las series. Se pisaban la letra, compitiendo por ser la primera en pronunciar la siguiente estrofa.

La madre venía con una botella grande de leche y la dejaba sobre la alfombra. Mirábamos los dibujos animados bebiendo por turnos de la botella. Sentía, mezclado con el

sabor de la leche, el regusto del sudor y la violencia que nunca serían míos.

De pronto, un pequeño empujón, un mal pase de la botella, reavivaban el odio. Paula miraba a su hermana, se levantaba, y mientras se alejaba por el pasillo la oíamos decir:

—Vamos a sacar los cuchillitos...

La madre corría al balcón.

—¡Yo me mato, me mato!... ¡Así no se puede vivir! ¡Me mato!...

Gemía sin dejar de desempolvar las hojas de una planta. Abría la ventana y miraba el cielo sin dejar de limpiar los geranios de hojas secas. Extendía la mano para ver si llovía. Acomodaba una pinza de la ropa que se había torcido.

Jesunito, ven y llévame.

En ocasiones, me usaban de escudo. Formar parte de la lucha me hacía estremecer de placer. Lanzaban mi cuerpo a un lado y a otro. Muy pocas veces me hacían daño. Cuando esto sucedía, pasaban horas agasajándome. Me hacían una cama de almohadones, me preparaban un Cola Cao grande y me lo daban a beber, sin dejar que mis manos tocasen el vaso en ningún momento.

Volvía a casa con chorretones de chocolate en el cuello y la camisa. Ensayaba golpes con mi propia sombra, lanzándome al suelo a pelear con ella.

Otras veces la pelea comenzaba por una razón y a la mitad no recordaban por qué habían empezado a discutir. En ese caso, siempre quedaba un comodín que hiciese de gasolina para resucitar el forcejeo.

—Mamá, dile quién es la mayor.

Su madre se encogía de hombros.

—¡Yo no lo sé!... Me habían dado de todo. Estaba frita...

Pero seguían rogándole que hiciera memoria, que dijese quién era la mayor, y por lo tanto, la mejor, y por lo tanto, la que tenía razón.

En la ducha observaban sus cuerpos morenos, su pelo y sus ojos oscuros, un poco rasgados, intentando encontrar alguna señal que certificase a su propietaria como la primogénita.

El día en que perdieron el mismo diente, con una sola hora de diferencia, mi fascinación las apartó de su concurso por la primogenitura. Los dos dientes, envueltos en papel de plata, fueron mi regalo aquel día y durante mucho tiempo los llevé siempre en el bolsillo. A veces, cuando sentía que necesitaba un poco de su energía asesina, metía la mano en el bolsillo y apretaba fuerte la bolita.

Esa tarde estábamos en el balcón, comparando sus rayas de la vida, para ver quién la tenía más larga. Es decir, quién había nacido antes. De pronto, como movida por un odio reconcentrado, Raisa empujó a Paula, y sus dientes fueron a dar contra la barandilla.

El metal retumbó y quedó vibrando. Paula se levantó aparatosamente. Estaba muy pálida. Se llevó la mano a la boca. Por su muñeca empezó a bajar un arroyito de sangre. Paula caminó con pasos lentos hacia la entrada de la casa. En la puerta, abrió la boca inundada y dijo, temblando:

—Bueno. Vamos a ver quién es la mayor. Me voy al hospital a preguntar.

Cerró de un portazo. Raisa se encogió de hombros y sacó el tablero del Tragabolas.

Oímos los gritos transcurrido un buen rato. Pero eran tan profundos y extraños que pensé que sería un borracho tirado en la calle. Un perro agonizante.

La madre se quejó desde la cocina.

—¿Qué ha pasado ahora? ¡Me vais a matar entre las dos! Me tenía que haber quedado solterona...

Hacia la mitad de la partida de Tragabolas, Raisa se fue poniendo más y más pálida. Cuando ya estaba a punto de ganarme, las dos pulsando locamente la palanca que abría el morro de nuestros hipopótamos, Raisa se levantó de un salto y salió corriendo hacia la entrada. La seguí. La puerta estaba abierta y los gritos retumbaban en las escaleras. Vi que Raisa subía con su hermana en brazos. El cuerpo de Paula estaba desmayado, como roto, pero de su boca, de la que no dejaba de manar un fino hilo rojo, salían alaridos de dolor.

Raisa, con toda la ropa manchada de sangre, permanecía seria, pero lloraba.

Todo el tiempo que Paula pasó en el hospital, Raisa tampoco apareció por el colegio. Les escribimos cartas que la maestra corregía, dejando un reguero de tachones rojos.

El jueves siguiente, después de clase de guitarra, fui a visitarlas. Estaban viendo la tele, en el sofá. Paula no podía hablar. Llevaba una férula, y unos hierros salían de su boca para unirse con una estructura que la inmovilizaba desde el cuello. La parte baja de la cara estaba hinchada, con algunas zonas moradas. Junto al sofá había un gotero que acababa en una vía clavada en su brazo.

Me quedé sentada en una esquina del sofá, mirándolas. Ninguna quitaba los ojos de la pantalla.

Su madre apareció con una bandeja. Galletas, dos Cola Caos y una caja de pastillas. Paula, que no podía comer, miró de reojo la bandeja y entreabrió la boca con dificultad. Su madre le dio una pastilla, y un poco de agua con mucho cuidado, como cuando las dos me pedían perdón dándome de merendar. Después fue Raisa la que abrió la boca, y también su madre le dio una pastilla. La tragó con Cola Cao y se recostó contra su hermana como si estuviera agotada. En la pantalla apareció la cortinilla que precedía el inicio de *Ranma*. Primero Raisa y después Paula, empezaron a seguir la melodía, suavemente:

*La vida es dura
Hay que pelear
No es fácil
ni para Ranma*

Paula apenas balbuceaba. Raisa empezó a acariciarle el pelo, de forma distraída, sin apartar los ojos de la pantalla. Paula apoyó la cabeza en el pecho de su hermana, como presa de una extrema debilidad.

Cuando me fui estaban dormidas, acurrucadas la una junto a la otra, casi simétricas. Parecían la misma persona antes y después de un accidente.

Al entrar en mi edificio, vi la chaqueta pisoteada de Henri colgada del pasamanos del portal. Puede que alguien la hubiera encontrado tirada en la escalera.

Sabía que él estaría tumbado en su sofá, medio desmayado por el alcohol. Cogí la chaqueta. Empecé a doblarla. En el último doblado perdí la fuerza en las manos. La chaqueta cayó al suelo.

Ya en casa, me encerré en el baño. Saqué la bola de papel de plata del bolsillo y la abrí. Los dientes de las mellizas parecían más amarillos que la última vez que los había mirado. Los saqué del papel de plata, me los puse en la lengua y bebí directamente del grifo. Sentí cómo raspaban en la garganta.

Me miré en el espejo. Vi el rostro blando de una niña que no tenía cuchillitos, ni golpes a traición, ni el paladar roto. Mi propia mano llegó rápida, con una fuerza inusual. Fue un tortazo seco y casi sentí sorpresa, a pesar de que me había ordenado hacerlo. Me gustó el brillo en los ojos, las mejillas llenas de color. Se me habían saltado las lágrimas pero, aun así, repetí el movimiento una vez más.

A principios del siguiente curso mi madre me dijo que las mellizas se marchaban a otra isla, a vivir con su abuela. Su

madre las había mandado a un colegio privado y ahora vivía sola, exceptuando los burbujeos de la frecuencia modulada sonando al final del pasillo.

En las vacaciones de Semana Santa, empecé a cartearme a través de El Pequeño País con un chico de un pueblo gallego.

En el revés de la foto de carnet que me había mandado se leía: «La foto es de hace tiempo. Ahora no tengo tantos granos».

Y en la posdata: «Me encanta escribirme contigo. Eres la única chica que conozco que no es de mi familia».

Karl, Marino, una perra

Mi casa está en el punto en el que convergen las dos colinas que forman el valle. La vegetación la oculta hasta el último momento, cuando casi te das de bruces contra ella. Es un cortijo bellamente camuflado por años de descuido.

La hiedra cubre las paredes de piedra, las plantas del camino te señalan con el dedo, se te meten en los ojos, poco acostumbradas a que algo se interponga en su crecimiento.

No sé en qué documental oí que sentimos pánico frente a un tigre y no frente a una enredadera por una mera cuestión de velocidad. Un tigre tiene una velocidad superior a la tuya, puede lanzarse sobre ti y matarte en pocos minutos. Si no fuera por su lentitud, una planta también podría hacerlo. Seguramente desearía hacerlo. Para demostrarlo, el montador insertaba el plano fijo a cámara rápida de una selva, grabada sin interrupción durante meses. Las plantas se reprimían unas a otras, aplastaban a las más débiles contra el suelo, sepultándolas, estrangulando los tallos a su alcance, mientras luchaban desesperadamente por trepar a lo más alto en busca de la luz.

De modo que ese verdor pacífico que contemplo ahora mismo desde la ventana es en realidad una lentísima guerra. Al atardecer, cuando no se oye ni el más leve sonido, pienso que ese silencio es su rugido.

Desde mi ventana se ven también los perros del vecino. Karl es un holandés de unos sesenta años. Lleva casi treinta en el valle, en esa casa que se cae a trozos, pero solo chappurea algunas palabras de español, que va alternando con onomatopeyas de su invención. Casi no nos vemos. De vez en cuando le bajo una olla con comida y él me regala larguísimas charlas llenas de ruidos y efectos de sonido, como los que hacen los niños cuando juegan a la guerra.

Tiene varios perros, pero dos se distinguen claramente de los demás. Una se llama Tina, como el gran amor que lo abandonó y lo dejó solo en estas montañas; la otra no tiene nombre. Tina es grande, su pelaje negro y brillante. A veces, de noche, veo vagar su cuerpo oscuro, sus ojos brillando muy juntos, y la confundo por un instante con un jabalí.

La que no tiene nombre es una perra anodina, con colmillos salientes y ojos permanentemente ofendidos. Tiene una cabeza de perro grande que contrasta con su cuerpo pequeño. Se alimenta como un ave de rapiña, de forma oportunista, a hurtadillas de los otros, como si en lugar de una perra fuese una anciana con síndrome de Diógenes.

A veces, cuando el resto de los perros ladra a un forastero que se acerca por el camino, la perra sin nombre se adelanta, se gira hacia sus compañeros y les gruñe, como si defendiese al caminante desconocido. Aunque sé que lo hace porque por un momento tiene la oportunidad de enfrentarse a los suyos, de discrepar.

A fuerza de observarla, a veces puedo predecir su comportamiento. La veo en una situación determinada y me pregunto, ¿qué haría yo?

Esta tarde come de una lata oxidada. Cada vez que saca el morro de la lata, veo que los bordes herrumbrosos han cortado su cara. Salgo de casa y me acerco a ella. La lata está casi vacía, solo hay un poco de carne en el fondo, pero ella sigue hundiendo el hocico, intentando rebañar algo, haciéndose cada vez más daño. No le digo nada. Gime de dolor pero, cada vez que levanta la cabeza, me pregunto qué haría en su lugar. Me digo que volvería por más carne, por mucho que me sangrase el hocico.

Las diez o doce casas del valle están habitadas por seres que han rechazado cosas, han tomado otras, seres que a veces se sienten solos, incomprendidos por el resto del mundo, pero se mantienen firmes en su postura.

Todos lo saben todo de todos. A medida que hablas con unos y otros se va tejiendo una intrincada red en la que todo pudo suceder: la loca estuvo casada con el pijo, el chico de veintipocos tiene cuatro hijos en otro país, el pequeño de la familia budista se ha hecho culturista.

Hay una clara separación entre la parte alta y la baja, más cercana al barranco. La parte de arriba mantiene un cierto orden, algunos cánones de familia feliz con una secuencia calmada y programada. La zona que se precipita al barranco es salvaje y la habitan niños perdidos que se han hecho mayores.

Para cruzar la frontera entre las dos partes hay que recorrer el «bosquecillo encantado». Es la quebrada del valle, por la que corre un río de agua helada. Los árboles autóctonos que no llegaron a quemarse en el incendio del ochenta y seis conviven con plantas trepadoras y arbustos introducidos por los habitantes, lo que da al bosque el aspecto de un inmenso jardín selvático abandonado.

En la mitad de esas dos partes, justo antes del bosquecillo encantado, vivo yo. A veces me baño con agua fría, me

pongo ropa limpia y me siento a escribir frente a la ventana con la mente clara. Otras me emborracho en el cumpleaños de alguien. Normalmente bebo el vino que yo misma he llevado, mientras los demás, abstemios en su mayoría, fuman porros y se meten speed. Más de una vez me despierto al amanecer en el barranco, medio muerta. Vuelvo a casa vomitando en cada árbol, avanzando a cuatro patas a la mínima inclinación del terreno. La casa es luminosa y bella, cubierta de alfombras superpuestas, con techo de vigas y caña, como una casa de cuento. Tiene tres arcones, seis ventanas y dos fantasmas.

Hacia la mitad del valle, bajo dos palmeras, hay un case-rón grande, abandonado. No parece destruido por el declive calmo con el que la naturaleza se va comiendo los objetos, sino por una fuerza repentina. Es la casa de Marino.

Marino ya no vive aquí. Me han hablado mucho de él, pero yo solo llegué a verlo una vez, en el bar del pueblo. Ese día le calculé unos sesenta años. Me pareció un tipo enjuto y canalla, con sus vaqueros y su camiseta negra. En la pechera de la camiseta, un agujero diminuto, logrado a base de desgaste. Intentando cerrar el roto, un pequeño imperdible dorado. Mantuvimos algo parecido a una breve conversación. Se despidió de mí con su voz cazallera:

—Que seas muy feliz y te nazcan los hijos con barba.

El terreno de la casa era de su mujer. Cuando se separaron, ella se mudó al pueblo y él siguió allí, levantando día a día con sus propias manos aquel cortijo imponente. Arcos de madera, un porche, habitaciones de dos alturas, una piscina de azulejos. Vivía la construcción de la casa en soledad, andrajoso y taciturno. Apenas comía. A veces un trozo de jamón, unos higos de los árboles cercanos. Dormía fuera, junto al huerto, en un saco de dormir, para que los jabalíes no levantaran lo plantado. Si se escuchaba algo rugoso sonar

con insistencia en la noche, era Marino, que no podía dormir y estaba lijando la baranda del porche.

En algún punto, su exmujer lo denunció para que se fuera de la casa. Los que vinieron a desahuciarlo bajaron por el camino pringándose de barro, enganchándose en las zarzas. Cuando la policía vino a acusarme a mí de haberme comido un bebé, hubo un momento en el que los miré pensando si serían siempre esos mismos dos patanes a los que enviaban a nuestro valle, a perderse en los caminos de cabras, aterrados por las gentes que vivimos en estas casas que desde fuera parecen chabolas monstruosas.

Marino pidió tiempo para empaquetar e irse. Le dieron dos días. Todo su equipaje era una mochila con un par de pantalones y un paquete de galletas Príncipe.

La última noche, antes de marcharse, cogió un martillo y lo destrozó todo. Se oía el eco de los golpes retumbar por todo el valle.

Es difícil para mí escribir algunas cosas. Es casi como romper en una noche la casa que llevas años construyendo. De pronto, te das cuenta de que la casa en la que estás trabajando solo sirve de algo si la rompes y dejas los pedazos a la vista para que todos puedan ver el estropicio.

En los papeles dice que la casa es de su exmujer, pero todo el mundo la llama «la casa de Marino».

La primera vez que entré en las ruinas pensé en una catástrofe natural. En vandalismo, en dinosaurios.

En la parte baja de una pared, escrito a lápiz con letra muy pequeña, se leía: «La vida nos rompe todo pero es *asi* y hay que *acectarla*».



Juan Gómez Bárcena

Santander, 1984

Es licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, en Historia y en Filosofía. Con su primer libro de cuentos, *Los que duermen* (Salto de Página, 2012) obtuvo el Premio Tormenta al Mejor Autor Revelación. En 2014 publicó *El cielo de Lima* (Salto de Página, 2014), con la que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2014 y el Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa 2015, así como ha sido traducida al inglés, italiano, alemán, portugués, holandés y griego. Su última novela, *Kanada* (Sexto Piso, 2017) ha obtenido el Premio Ciudad de Santander 2017, el Premio Cálamo Otra Mirada 2017 y ha resultado primer finalista del Premio internacional Tigre Juan 2017. En primavera de 2020 publicó *Ni siquiera los muertos*, de nuevo a cargo de la editorial Sexto Piso. Como crítico, es el coordinador de la antología *Bajo treinta* (Salto de Página, 2013), que recoge las voces más destacadas de su generación. Ha recibido becas de diferentes instituciones, como la Academia de España en Roma, la Fundación Antonio Gala, la Fundación BBVA, el FONCA en México o The International Writers' House en Graz. Actualmente vive en Madrid, donde imparte talleres literarios.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Corría 1991; tenía seis años y el periódico Diario 16 comenzó un coleccionable llamado “Crónica de la Humanidad”. Como mis padres no quisieron comprarla, decidí escribir yo mismo esas crónicas, que garabateé con más imaginación que rigor en nueve libretas escolares. Puede que mis padres no me compraran la Crónica de la Humanidad, pero tuvieron el buen tino de conservar, hasta el día de hoy, esas nueve libretas.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

El tema esencial de mi obra es el tiempo. Pero si hemos de creer la afirmación de Rulfo de que sólo existen tres temas en la literatura -el amor, la vida y la muerte-, supongo que eso significa que en último término mi verdadero tema es la muerte.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Jorge Luis Borges es el autor que más influencia ha tenido en mi obra, aunque también han sido relevantes otros escritores como Julio Cortázar, Juan Rulfo, Roberto Bolaño, J.D. Salinger, John Cheever o John Fante.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Creo que entre los autores de mi generación se dan al menos tres tendencias notables y no necesariamente excluyentes: textos autoficcionales que generalmente orbitan en torno a la pregunta de la identidad. textos pertenecientes a lo que Javier Calvo llamó “nueva literatura extraña” y textos de reflexión política y social. Si tuviera que situarme en alguna de las tres tendencias lo haría en esta última.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

Me temo que si estuviera dotado del privilegio de cambiar a capricho de país y de siglo, acabaría cediendo también a la tentación de cambiar de profesión.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Llevo muchos años investigando los libros parroquiales, juicios y expedientes notariales de una diminuta aldea de Cantabria, Toñanes, y reconstruyendo las vidas de los habitantes en sus últimos cuatrocientos años de historia. Mi futura novela parte de este esfuerzo documental, y se dirige a algún lugar que por ahora no soy capaz de precisar.

SINOPSIS

La conquista de México ha terminado, y Juan de Toñanes es uno de tantos soldados sin gloria que vagan como mendigos por la tierra que contribuyeron a someter. Cuando recibe una última misión, dar caza a un indio renegado a quien apodan el Padre y que predica una peligrosa herejía, comprende que puede ser su última oportunidad para labrarse el porvenir con el que siempre soñó. Pero a medida que se interna en las tierras inexploradas del norte siguiendo el rastro del Padre, descubrirá las huellas de un hombre que parece no sólo un hombre, sino un profeta destinado a transformar su tiempo y aun los tiempos venideros.

Ni siquiera los muertos es la historia de una persecución que trasciende los territorios y los siglos; un camino que se dirige hacia el norte, siempre hacia el norte, es decir, siempre hacia el futuro, en un viaje alucinado desde la Nueva España del siglo xvi hasta el muro de Trump de nuestros días. Por él discurren antiguos conquistadores a caballo y migrantes que cabalgan los techos de la Bestia, indios sublevados y campesinos que aguardan con paciencia un mundo mejor, revolucionarios mexicanos que toman sus fusiles y mujeres asesinadas en el desierto de Ciudad Juárez. Todos ellos comparten un mismo paisaje y una misma esperanza: la llegada del Padre que habrá de traer justicia a los oprimidos.

Gómez Bárcena toma la realidad mexicana como pretexto para asomarse a la historia universal, en una lectura crítica que cuestiona la fe en el progreso y pone de relieve las promesas incumplidas del capitalismo. Con ecos de autores tan dispares como Joseph Conrad, Alejo Carpentier o David Mitchell, *Ni siquiera los muertos* es el viaje de dos hombres sin hogar que avanzan porque ya no pueden retroceder, y es también una reivindicación de justicia para los perdedores de la Historia.

NI SIQUIERA LOS MUERTOS

(fragmento de novela)

Primero proponen al capitán Diego de Villegas, con probada experiencia en circunstancias tan comprometidas, pero el capitán Villegas ha muerto. Alguien nombra a cierto Suárez natural de Plasencia, a quien se le conocen más de quince expediciones sin mácula, pero resulta que Suárez también ha muerto. Nadie menciona a Nicolás de Obregón, porque lo flecharon los salvajes purépecha, ni a Antonio de Oña, quien después de cometer crueldades sin cuento contra los indios paganos, se ha ordenado sacerdote para proteger a los indios paganos. Durante unos instantes se levanta un cierto entusiasmo en torno al nombre de Pedro Gómez de Carandía, pero alguien recuerda que Pedro finalmente recibió encomienda el año pasado y con ello envainó la espada y tomó el látigo. Pablo de Herrera está preso por orden del gobernador, a resultas de ciertos diezmos nunca cobrados o cobrados dos veces, según las versiones; Luis Velasco se volvió loco soñando con el oro de las Siete Ciudades; Domingo de Cóbreces se quedó sin indios que matar y tornó a su primer oficio, la crianza de cerdos. Alonso Bernardo de Quirós lo intentó todo para conseguir el favor del visorrey en los campos de batalla de la Nueva Galicia, la Gran Chichimeca y la Florida, y luego apareció colgado en su casa, con una

última carta al visorrey engarfiada en su mano derecha. De la habilidad y el empeño de Diego Ruiloba nadie duda, pero tampoco de la tibieza de su fe, razón suficiente para apartarlo del mando de armas en esta sensible ocasión. Para llegar al nombre apropiado todavía tienen que descender muy abajo en la pila de pergaminos y transigir con muchas debilidades y flaquezas humanas, pasar de los capitanes a los sargentos de caballería y de los sargentos de caballería a simples soldados de fortuna; un camino pavimentado de hombres demasiado viejos, hombres retornados a Castilla, hombres mutilados, hombres alzados en rebeldía, hombres examinados por el Santo Oficio, hombres desfigurados por la sífilis, hombres muertos. Hasta que de pronto, tal vez para ahorrarse el esfuerzo de seguir desempolvando legajos y expedientes, uno de los escribanos se acuerda de sacar a relucir el nombre de cierto Juan de Toñanes, antiguo soldado de su Majestad el Rey, antiguo buscador de oro, antiguo casi todo, a quien no ha conocido personalmente pero del que se cuenta que burla la miseria persiguiendo indios fugados de las encomiendas de Puebla. Un hombre humilde y si se quiere indigno de la empresa que los ocupa, pero del que por otra parte se dice que es cumplidor y buen cristiano, con una habilidad casi milagrosa para retornar siempre con el indio que se le indica, engrilletado y de una sola pieza. Y que me aspen, continúa el escribano, si ese trabajo no se parece como dos gotas de agua a la empresa para la que sus Excelencias buscan autor; una misión que, salvando las evidentes distancias, consiste precisamente en dar con determinado indio y traerlo de vuelta, lo mismo da si vivo o muerto. El escribano calla, y el visorrey, que también ha empezado a impacientarse, le ordena que busque en sus papeles noticias del tal Juan de Toñanes. Lo que aparece no es más que un expediente mugriento y muy corto, del cual parece colegirse que en sus tiempos de soldado el tal Juan no era ni el mejor ni el peor de los suyos; que sangró en muchas pequeñas

escaramuzas sin distinguirse en ninguna ni por lo cobarde ni por lo gallardo; que durante años envió cartas al visorrey solicitando –sin éxito– la concesión de una encomienda; que luego rogó –cosechando cortesías negativas– el cargo de sargento de la expedición de Coronado a la Quivira; que por último suplicó –sin recibir respuesta– un puesto en Castilla muy por debajo de sus merecimientos. Un hombre a todas luces vulgar, pero de una vulgaridad muy poco común, que en todos estos años se las ha arreglado para no heretizar, no empeñarse en duelos, no tomar parte en pendencias ni escándalos, no maldecir ni a Dios ni a su Majestad el Rey, no manchar la reputación de doncellas, no recibir prisión ni oprobio. Y así, antes incluso de terminar la lectura de su hoja de servicios, el visorrey ya se ha decidido a suspender las pesquisas y hacer llamar a ese tal Juan, de destrezas y talentos desconocidos, pero del que cabe esperar, como de todo soldado español, una cierta experiencia con la espada y una mediana disposición para la aventura.

Los golpes de la aldaba despiertan al perro y los ladridos del perro despiertan a la mujer, que dormitaba junto al fuego. En una esquina de la taberna se demoran todavía cuatro hombres, vacilantes y embrumados por el alcohol. Continúan intercambiando naipes en silencio a la luz de una vela, indiferentes a los aldabonazos y al martilleo de la lluvia en el tejado y a las cinco goteras que cada tanto hacen repicar el fondo de cinco calderos de estaño. Uno de los calderos ya rebosa y ha dejado formarse un charco que el piso de tierra no es capaz de tragar. Debería haberlo vaciado horas atrás. La mujer tiene quizás tiempo de pensarlo mientras prende el candil y se dirige a atender la puerta.

Son dos hombres que esperan en el zaguán, encobijados bajo sus capas y sus sombreros. Tan pronto como la mujer destraba los cerrojos irrumpen en la taberna, zapateando en el umbral con sus botas empapadas. Uno de ellos murmura una maldición, que

no se sabe si va dirigida a la tormenta, o a la noche que los ha sorprendido en ese rincón remoto del 16 mundo, o a la mujer de piel atezada que está ayudándolos a desembarazarse de sus ropas húmedas. Las capas parecen como enceradas por el agua y cuando se quitan los sombreros se derraman sobre el piso unos últimos restos de lluvia. Y es entonces, al colgar sus sombreros y sus cobijas, cuando la mujer tiene tiempo de ver a la luz del candil a los hombres que se ocultan debajo. Ve sus ojos y la piel blanca y las barbas bermejas, ve las camisas buenas que visten, los correaes hechos de talabartería fina, y ve, sobre todo, sus manos blanquísimas, sus manos limpias y seguramente también suaves, manos hechas para el roce del pergamino o de la seda pero de ningún modo para el laboreo de la tierra. Los forasteros no corresponden a la mirada de la mujer, no reparan en ella siquiera, o si lo hacen la evitan como evitan las atenciones del perro, que ha venido a olfatear sus pantalones de monta y sus botas de cuero.

Al fondo de la taberna, los cuatro jugadores levantan la vista de sus naipes y sus jícaras de pulque. La blancura de la piel de los recién llegados es tan extraordinaria que también ellos se vuelven por un instante, súbitamente incumbidos por la sorpresa. Son, sin duda, españoles, tal vez incluso hombres de corte, quién sabe si por ventura escribanos o funcionarios del visorrey, y una vez libres de sus sombreros y sus capotes se pasean en derredor con lentitud y aplomo.

Al fin escogen una mesa que es, quizás, la más limpia de la taberna, y de todas formas la mujer corre a fregotearla con un paño húmedo. Mientras tanto, recita la lista de platos con que sería un honor agasajar a vuestas mercedes. El pan de la casa que sus Excelencias deberían probar. Las dos habitaciones dispuestas y bien ventiladas en las que, si lo desean, sus Ilustrísimas pueden pernoctar. Los llama así, indistintamente, vuestas mercedes, sus Ilustrísimas, sus Excelencias, confiando en que alguno de esos tratamientos se acomode a la dignidad de los

forasteros. Pero los forasteros no quieren posada ni cena. Sólo bebida. Sólo dos vasos de vino. La mujer tartamudea para decir que, por desgracia, no les queda vino. Piden aguardiente, y tampoco de eso queda. Uno de ellos se vuelve para señalar a los jugadores de naipes:

—¿Qué están bebiendo éstos?

—Pulque, su Excelencia... En esta humilde taberna sólo servimos pulque, su Ilustrísima... Una bebida que no es digna del paladar de vuesa merced...

—Que sea pulque —sentencia el otro.

Mientras esperan, los forasteros se vuelven para juzgar en silencio el espacio que los rodea. Miran a la mujer, evidentemente india, que se interna en la recocina para llenar sus jarras de pulque. Miran a los jugadores que aguardan en la mesa contigua, sin lugar a duda indios también. Observan sus manos encallecidas y sucias, su piel morena, sus ropas raídas, hasta que los indios en cuestión, incapaces de sostener su mirada por más tiempo, retornan acobardados al juego. No parecen recordar quién lanzó el último envite y los forasteros se complacen con su turbación. Miran después los calderos azarosamente dispersos por el suelo. El fuego del hogar. El techo mal retejado del que cuelgan una sarta de chiles y dos guajolotes sin desplumar, más bien escuálidos. Un tonel serrado por la mitad que hace las veces de silla y una puerta desgoznada que hace las veces de mesa. Sobre ella hay dispuesta una hilera de jarras sucias y en la pared opuesta una sencilla cruz de madera, colgada quién sabe si por convicción o por miedo, como los judíos cuelgan jamones en las vitrinas de sus comercios. En algunos lugares el suelo está empavesado con una cuadrícula de morrillos blancos, pero tan pronto como se camina hacia el fondo los morrillos comienzan a menudear hasta resolverse en un humilde suelo de tierra pisada, como si alguien se hubiera afanado por adecentar la taberna pero en algún momento se le hubiera acabado el oro

o la esperanza. En su yacija, el perro suspira dolorosamente, en mitad de un sueño seguramente no exento de pesadillas.

La mujer regresa con dos jarras de pulque y con un plato de tortillas de maíz que nadie le ha pedido. En el borde de una de las jarras se puede apreciar claramente la huella blanca de unos labios. Los hombres miran fijamente esa mácula, como si quisieran borrarla.

Antes de marcharse, la mujer se inclina para hacer una reverencia complicada, pero uno de los forasteros la toma por la muñeca. No hay violencia en su gesto. Sólo una autoridad inobjetable, ante la que ella se abandona con resignación.

—También estamos buscando a un hombre —dice, y la mujer se prepara para escuchar.

Están buscando al dueño de la taberna y el dueño de la taberna aparece por fin, al pie de la escalera que conduce a las habitaciones. Al verlo llegar, los forasteros no se mueven. No se levantan para recibirlo. No le estrechan la mano. No hacen ni dicen nada. Permanecen sentados en sus sillas y desde esa distancia juzgan al hombre que se dirige hacia ellos vacilante, sorteando apenas los calderos en los que chapotea la lluvia. Tendrá unos cuarenta o cuarenta y cinco años y todavía todos o casi todos los dientes en la boca. Miran el pelo y la barba revuelta. Los ojos vinosos. La camisa mal abrochada. Es, tal vez, alguien que acaba de levantarse de la cama, urgido por el llamado de la mujer; alguien que ya ha llegado a esa edad en que los hombres prefieren acostarse temprano. Es, tal vez, sólo un hombre borracho. Prefieren creer lo segundo, porque el alcohol siempre se ha avenido bien con las empresas difíciles. Al menos con cierta clase de empresas y cierta clase de hombres.

Arrimada a la mesa hay una silla vacía. Uno de los forasteros señala esa silla, sin mediar palabra. Es la misma mano imperiosa que retuvo la muñeca de la mujer y que ahora arrastra al recién llegado hasta el asiento, sin necesidad de tocarlo.

—Vos sois Juan de Toñanes —dice entonces, acompañando su propio gesto.

No suena como una pregunta sino como una afirmación, y el hombre tarda algún tiempo en contestar. En ese tiempo alcanza a pensar muchas cosas. Mira las tortillas intactas y las jarras de pulque llenas hasta el borde, y tras ellas a los dos desconocidos que no se han dignado a dar un solo trago ni un solo bocado. El que ha hablado le sostiene la mirada, como esperando leer en sus ojos la respuesta. El otro ni siquiera se molesta en levantar la vista. Se ha sacado del cinto un puñalito minúsculo: una daga con la empuñadura de oro que no parece hecha para el ejercicio de la guerra sino para abrir lacres o rasgar páginas intonsas. Con ese puñalito se afana en modelar sus uñas, que por lo demás están ya bien recortadas y limpiísimas.

—Sí, soy Juan de Toñanes —dice Juan de Toñanes.

Y luego, con algo que quiere ser aplomo:

—¿De qué se me acusa?

—¿Cómo decís?

—¿No es por eso que están aquí vuesas mercedes? ¿Para prenderme?

El hombre ríe largamente. Ríe tanto que su compañero tiene tiempo de acabar con las uñas de la mano izquierda y concentrarse en la diestra. Oh, no se le acusa de nada en absoluto, continúa, cuando se cansa de reír. Todo lo contrario: ahí arriba están muy satisfechos con él. Debería haber estado en palacio con ellos, oyendo hablar a los escribanos y al gobernador y aun al mismísimo visorrey sobre sus hazañas. Precisamente por eso están ellos allí: para agradecerle los servicios prestados a la Corona, tan notorios y reconocidos por todos. Y puede que incluso para abusar de su generosidad y solicitar su ayuda de nuevo. Es por eso que vienen de tan lejos. Y no ha sido, puede creerlo, tarea fácil dar con él. Si supiera cuántas carreteras de polvo, cuántos pueblos grandes y chicos, cuántas

leguas han tenido que separarse del camino real hasta encontrar esta taberna caída de la memoria de Dios.

—¿Mi ayuda? —pregunta Juan, como si fuera inverosímil creer que sus manos ajadas y curtidas de cicatrices puedan ser útiles para alguien—. Siento decirles a vuestas mercedes que hace mucho que no me embarco en aventuras ni empresas.

El hombre ríe de nuevo. Señala las jarras intactas de pulque.

—Desde luego no hemos venido por su vino.

—Vuestas mercedes tienen que disculparnos. Por aquí no vienen muchos españoles que sepan apreciar el buen vino...

Hace un gesto vago con la mano, que abarca toda la taberna. A la mujer que se atarea en la recocina y a los cuatro jugadores que parecen continuar su partida, sin perder de vista a los forasteros.

—Eso puede cambiar. Los españoles, sabedlo, no van donde hay vino, sino donde hay oro con que comprarlo.

Mientras habla, se descuelga del cinto un odre, perlado de gotas de lluvia. Se lo tiende con camaradería. Juan lo retiene en las manos un instante, sin decidirse ni a empinarlo ni a retornarlo a las manos del forastero.

—Vamos, bebed. Vos sí sois español. Vos sí sabéis apreciar el buen vino, ¿verdad?

Al fin da un trago largo y concienzudo. Es un vino delicioso, que no parece sacado de las viñas desmedradas de América sino de los lejanos lagares de Castilla. Cuando termina de beber, se restriega la manga de la camisa contra la barba y ofrece la bota al segundo forastero, tal vez porque cree que debe de tener sed, o para rescatarlo de su ausencia. Él ni siquiera parece notar el ofrecimiento. Continúa jugando con el puñalito, ajeno a todo cuanto en esa mesa se hace o se dice.

—Y bien, ¿qué es lo que el visorrey quiere que haga? —se atreve a decir Juan, fortificado por el trago.

El hombre da un respingo. La daga detiene su movimiento un instante, como si alguien hubiera hecho o dicho una descortesía. El otro se adelanta para contestar, intentando borrar sus palabras. ¿Quién ha dicho eso? ¿Ha dicho él acaso, o por ventura ha dicho su compañero, que el visorrey en persona le esté pidiendo algo, que le necesite para cosa alguna? ¿Está insinuando que el visorrey es un mendigo que solicita la caridad de sus súbditos? El visorrey, debe saberlo, no le pide nada. Nada en absoluto. Todo cuanto ellos están haciendo es trasladarle una invitación. Podría llamársele una misión, si no fuera porque esa misión no consta en legajo ni en memoria alguna, ni tiene tampoco quien la ordene ni quien la sufrague. Así que no es una misión: eso debe quedarle claro. Aunque por otro lado, el visorrey le cubrirá de oro si la cumple. Así que bien mirado sí es o sí se parece mucho a una misión. Podría decirse que es una misión si la cumple y no es una misión si, Dios no lo quiere, fracasa. Aunque ni siquiera entonces podría hablarse de una misión en un sentido estricto, porque una vez concluidas, las misiones suelen presumirse en las tabernas y en los puertos y en los corredores de palacios y casas fuertes, y él no podría hablar de estos asuntos por muchos y variados que fueran los hombres que le preguntaran al respecto. Ni en el confesionario siquiera. Porque si Dios ya sabe todo cuanto hacemos, a qué repetírselo, y si no lo sabe, a qué llamarlo Dios, ¿no le parece?

Juan asiente. Dice que sí, que le parece, sin saber a lo que asiente ni lo que le parece. Esa respuesta parece satisfacer a los forasteros. El primero continúa hablando, más tranquilo, y el otro ha vuelto a concentrarse en sus uñas. A la luz del fuego, la hoja de su daga cabrillea entre sus dedos, como si sostuviera un diminuto sol. En fin, está diciendo su compañero, aclaradas estas cuestiones; sabiendo que el asunto está perfectamente entendido, pueden, en aras de la simplificación

y de la didáctica, llamar a la misión misión. Y pueden incluso decir que es el visorrey quien la ordena, aunque sea una forma de exagerar y hasta de mentir. Y lo que quiere el visorrey, si acaso el visorrey quisiera cosa alguna, es algo muy sencillo, dice riendo de nuevo. Algo tan sencillo para un hombre de su experiencia que casi da eso, risa. Sólo tiene que encontrar a determinado indio, en algún lugar de la Gran Chichimeca. Encontrarlo y acabar con su mandato, porque es forzoso reconocer que en los últimos tiempos ese indio, explica, ha logrado cierto ascendiente entre los salvajes. Saben que la Gran Chichimeca es precisamente eso, un lugar salvaje, y además muy grande, como su propio nombre indica. Saben que es una tierra feroz y acaso capaz de hacer temblar la espada de hombres menos valerosos y corajudos: un lugar que los propios aztecas, tan sanguinarios, temían –tal vez a un hombre con los conocimientos de Juan no se le escapa que en lengua náhuatl chichimeca significa «perro sucio e incivilizado», explica—. Pero saben también que alguien que siendo sólo un muchacho participó en el asedio de México-Tenochtitlan; alguien que unió su espada a Cristóbal de Olid en las Hibueras y a Nuño de Guzmán en la conquista de la Nueva Galicia; alguien que tantos y tan buenos esclavos indios hizo en las tierras de guerra, no se asusta por eso ni por nada.

Juan tarda en responder. Todas esas cosas las escucha en silencio y desde cierta distancia, como si no se correspondieran a sucesos de su vida o pertenecieran al pasado de otra persona. En cierto modo es así: todo lo que el forastero cuenta parece haberle sucedido a otro hombre. Resulta difícil ver en Juan un soldado, imaginarlo con su casco y con su arcabuz, con su propio caballo y su botín de guerra. Se diría que ha estado siempre ahí, sirviendo jícaras de pulque y tortillas de maíz en una taberna que se pudre lentamente en el fin del mundo.

—Ese indio... ¿es un chichimeca? —pregunta, con una voz que tal vez quiere asemejarse a la voz de un soldado.

—No. Es de por aquí. Creo que un tlaxcalteca.

Juan ladea la cabeza. Adelanta la mano para arrancar un trozo de tortilla fría y metérsela en la boca, como si la mención de la guerra le hubiera devuelto el apetito o el atrevimiento.

—Entonces ya les han dado el trabajo hecho.

—¿Qué queréis decir?

—Sólo hay una cosa que los chichimecas odien más que a un cristiano. A un indio tlaxcalteca. Así que pueden contar con que su indio ya está muerto.

De pronto el segundo forastero levanta la vista de sus manos y de su daga. Tiene los ojos azules y están muertos, o al menos son lo más parecido que Juan recuerda a la muerte. Son ojos que no están acostumbrados a contemplar el horror sino sólo cuando ese horror se ha transformado ya en cifras, en memoriales, en legajos. Ojos que no han visto más sangre derramada que la que proviene de un mal afeitado, y tal vez por eso su propietario se ha cansado de exigir la sangre de otros desde detrás de su escribanía, sin entender lo que exige.

—Este indio no —dice, y su voz es tan dura y tan aplomada que basta como prueba.

Durante algún tiempo nadie dice nada. El forastero ha vuelto a concentrarse en su daga y sus uñas impolutas y el otro mira fijamente a Juan, como esperando algo. Sólo se escucha, a su espalda, el entrechocar de los naipes contra la madera y del agua contra el agua. El ruido de loza y vasijas que la mujer hace en la recocina, donde por otro lado no hay nada que limpiar.

—¿Qué es lo que ha hecho ese indio que tanto les importa a vuestas mercedes? ¿Forzó a una doncella? ¿Quemó una iglesia? ¿Intentó rebanarle el pescuezo al mismísimo visorrey?

El primer forastero niega con la cabeza, sin borrar del todo la sonrisa. Dice que las razones no importan. Dice que

ellos no van a darle esas razones pero que tienen, en cambio, mil razones de oro para quien dé con él, y en cada una de esas razones la efigie acuñada de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Dice que el oro viene de arriba y que las órdenes también vienen de arriba y que los de arriba nunca se equivocan, y si lo hacen, ellos, los de abajo, jamás llegan a enterarse. Así que si quiere aceptar la misión, esa misión que en sentido estricto no es misión y que nadie le ordena, tendrá que olvidarse de las explicaciones y conformarse con el oro. Y el oro, añade envalentonado por la atención renovada con la que Juan lo está mirando, es capaz de cosas que muchos hombres no creerían. Los doblones suficientes pueden transformar la taberna más ruinosa en una taberna próspera; puede que a la misma vera del camino real; puede que con caballos de repostaje y vino en abundancia y clientela cristiana; sin goteras en el techo y sin criadas indias detrás del mostrador, sino buenas mozas castellanas para servirle a uno los tragos sin vergüenza ni oprobio.

Juan mira durante algunos instantes la boca que ha dejado escapar esas palabras.

—Esa mujer no es una criada —dice—. Es mi esposa.

Una pausa, llena de esfuerzo.

—Y ya les dije a vuestras mercedes que hace mucho que no me dedico a dar caza a indios.

Quiere ser una voz que exige respeto, pero sólo es una voz que pide disculpas.

—Entiendo —dice el segundo forastero, envainando la daga.

Los hombres se ponen lentamente en pie, como queriendo dar a Juan tiempo de arrepentirse. Pero Juan no se arrepiente, y si lo hace, no se atreve a decirlo. También él se pone en pie. Lo hace despacio y trabajosamente, tal vez porque imita sus movimientos; tal vez porque tantos años de experiencia con la espada no han pasado en balde.

Antes de dirigirse a la puerta, el segundo forastero vuelve sus ojos azules a Juan. Estarán tres días en el pueblo, dice. Ni una hora más. Tiene hasta entonces para cambiar de opinión. Eso dice, mientras hurga en su faltriquera. Parece que va a darle la mano, pero no se la da. Lo que hace es sacar una moneda y arrojarla en una parábola desdeñosa. Una moneda que es sólo un destello de oro atravesando el aire hasta desaparecer en la jarra de pulque, con un chapoteo blanco.

La mujer los alcanza en la puerta. Los ayuda a ponerse sus capas y sus sombreros, ya secos o casi secos por el calor del fuego. A Juan le parece distinguir un brillo especial en la forma en que miran a su esposa. Una mirada que en algo recuerda al modo en que primero miraron las jarras de pulque. Las tortillas de maíz. Las cinco goteras, haciendo repicar el fondo de los cinco calderos de estaño.



Aixa de la Cruz

Bilbao, 1988

Aixa de la Cruz es doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y escritora. Ha publicado las novelas *De música ligera* (451 Editores, 2009) y *La línea del frente* (Salto de Página, 2017), el libro de cuentos *Modelos animales* (Salto de Página, 2015) y el ensayo *Diccionario en guerra* (La Caja Books, 2018). *Cambiar de idea* (Caballo de Troya, 2019) es su libro más reciente. Escribe mensualmente sobre feminismo y género en el Periódico Bilbao y, bimensualmente, en La Marea.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Me recuerdo escribiendo desde siempre. La primera vez, a los 5 años, ilustré un cuento en unos pliegues de folios que querían parecerse a un libro, con portada y todo. La profesora, muy orgullosa, me exhibió como a un espectáculo circense por las aulas de los mayores y siempre he pensado, con algo de vergüenza, que mi vocación viene de ahí, del aplauso más temprano que recibí en mi vida.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Con los años me he ido convirtiendo en lo que más temía: una escritora política. Pensaba que la literatura tenía que quedarse en los márgenes simbólicos (y quizás haya una parte de mí que aún lo piensa), pero cada vez me atrae más la lucha en el barro, y los temas que no son ni universales ni eternos, pero sí urgentes.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Lo cierto es que he dejado de leer a casi todos los autores a los que veneraba en mi adolescencia tardía: Roberto Bolaño, Javier Marías, Enrique Vila-Matas... Alguien a quien descubrí en aquella época y que nunca se me destrona es Antonio Orejudo. Apenas había oído hablar de las mujeres que me reeducarían años más tarde: Siri Husvedt, Paul B. Preciado, Doris Lessing, Belén Gopegui...

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

En narrativa breve, la ruptura de las formas tradicionales, y en general, los textos que hibridan géneros y desafían la estructura clásica: los diarios íntimos en los que cabe la disertación filosófica, las colecciones de cuento que incluyen manifiestos políticos, los libros de poesía que funcionan como memorias...

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Teórica en la Francia de los 70.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Tener una hija me ha quitado las ganas de escribir (por el momento). Desaparece esa compulsión creativa, la necesidad de producir, porque siento que ya estaría.

SINOPSIS

Cambiar de idea es un texto híbrido en el que su autora se mueve entre las memorias y el ensayo para explorar los distintos hitos biográficos que, a punto de cumplir la treintena, la han llevado a reconfigurar su mirada. En este libro, hacerse mayor es aprender a contemplar el dolor de los demás de frente, sin buscar refugio en la teoría; es adquirir conciencia política y, sobre todo, pelearse y reconciliarse con el feminismo. Porque tampoco las mujeres nacen conscientes de las opresiones que las atraviesan por el mero hecho de ser mujeres, la autora ilustra la forma perversa en la que el machismo nos condiciona a todos relatando el modo en que ha sido víctima y victimaria. En un mismo capítulo se escapa de milagro de una agresión sexual y nos confiesa las dinámicas de abuso que ella misma perpetuó en sus relaciones homosexuales. El objetivo es alcanzar una desnudez extrema, incómoda para quien escribe, en la que el lector se pueda sentir reflejado e interpelado. Porque escrito en 2017, en pleno auge del movimiento #MeToo, este libro tiene mucho de testimonio de los que aspiran a un efecto contagio, esto es, a que los lectores también se permitan cambiar de idea.

CAMBIAR DE IDEA

(fragmento de novela)

Cuando llegué a Granada había superado la fase del asombro. No era una principiante y además, ahora disponía de los medios necesarios para que la vida fuese una fiesta. Ya no hacía falta que me hincara de rodillas en los cuartos de baño de los bares. Tenía habitación y cama propias. Por las mañanas asistía a clases de materialismo cultural y teoría feminista y de género y adquiría el marco teórico que aportaba trascendencia a cuanto hacía por las noches. En Halloween, me disfracé de la loca encerrada en el ático; en carnavales, después de que estudiáramos la teoría de la performatividad de Judith Butler, me puse un vestido de fiesta entallado, tacones de aguja y un cartel al cuello que decía: mujer. Disfrazarse de objeto era lo mismo que ser un objeto pero con distancia irónica. Las colas para entrar en locales de moda se acortaban, los camareeros te servían al instante y con una sonrisa de anuncio, e incluso los trámites administrativos eran más rápidos. No había de qué avergonzarse porque me había acostumbrado tanto a la atención masculina que la desdeñaba. Confundí mi afición por los retos difícil con lesbianismo. Aunque no, nunca utilicé esa etiqueta. La orientación sexual era un continuo y me estaba acercando al polo opuesto del que partí. El polo de partida nunca fue *real*. Me habían educado en un marco de heterosexualidad obligatoria que había

condicionado y limitado mi transición hacia la vida adulta, pero ahora, por fin, era libre.

Una noche, o una madrugada, más bien, conocí a Milena. Estaba con Lisa y Laura, dos amigas del máster, en una de las discotecas modernitas del centro, y habíamos conseguido M. Era un día de entresemana y la pista estaba prácticamente vacía. Me fijé en una chica que bailaba en círculos, con las manos en el aire, al ritmo de una música que no era la del local sino la que probablemente sonaba en su cabeza, y supuse que estábamos puestas de lo mismo. La acompañaban cinco chicos que vestían como ella, con sudaderas enormes y zapatillas deportivas. El disfraz masculino le daba un punto sexy, como si acabara de follar y se hubiera puesto la ropa de su novio, aunque ninguno de ellos parecía serlo. Buenas vibraciones. La primera regla es que no estén rodeadas de mujeres. Poco antes, mientras hacíamos cola para el baño, se lo había explicado a Laura: si son heterosexuales, funciona a última hora de la noche y sobre todo con las que se creen guapas y han perdido a sus amigas en la última discoteca, de la mano de algún imbécil. Saben que si no ocurre un milagro acabarán en la cama con el más pesado del grupo de tíos con el que se hayan quedado colgadas y que lo harán por deporte, por hacer algo, probablemente un favor. Si te acercas a ellas, siempre piensan que les quieres robar a uno de los simios que las rodean. Saben que son simios, pero se sienten amenazadas, no pueden evitarlo. Y entonces llega el *punch*, cuando descubren que no quieres ligar con ellos, sino con ellas. Si se han quedado hasta las mil, si bostezan pero no se van a casa, es porque tenían la esperanza de que aún pudiera ocurrir algo emocionante, y esto es emocionante, exótico, lo que estaban esperando.

Cuando me acerqué a Milena y la engullí con mis pupilas tóxicas supe que no encajaba en el perfil que le había descrito a Laura, pero aun así la abordé con la rutina de costumbre. ¿Dónde están tus amigas? Ella señaló a los chicos que la rodeaban y que ahora daban saltos al ritmo de una canción de Rammstein. Me dijo que

aquella noche había salido con sus compañeros de piso y se encogió de hombros. Tenía 18 años y era de un pueblo de Jaén. No estaba de éxtasis sino de *speed* y absenta. Acababa de llegar a Granada, estudiaba Bellas Artes y fotografiaba globos de helio —de los que tienen formas de corazón o de personajes de dibujos animados— cuando aterrizaban en solares industriales o en contenedores de basura, después de que los niños los dejaran escapar. Mientras me hablaba, yo solo veía su labio inferior, tan grueso que se agrietaba en el medio, y la iba arrastrando, poco a poco, fuera de la pista y contra una pared, y cuando estuvo contra la pared, fui poco a poco reduciendo el espacio, y le acaricé el pelo, me gusta tu pelo, es un pelo muy suave, como de arena, y comenzamos a suscitar atención. Teníamos una veintena de pares de ojos encima, ojos de hombres que se pajea con porno lésbico, así que le propuse que saliéramos a fumar. Nos dimos la mano para no perdernos por la zona de la barra, que estaba congestionada. Yo iba delante, abriendo huecos y galerías, y exageraba la estrechez para que nos restregáramos, y sentí que si aquello se alargaba podría correrme sin más, por el calor que percibía contra mi espalda y que sabía que era suyo. Nunca me han vuelto a sentar tan bien las drogas como entonces.

Cuando llegamos a la calle, Milena tenía las mejillas empapadas en sudor y, bajo los neones de la entrada, las gotitas le brillaban como purpurina. Rodeé su cintura con un brazo, la atraje hacia mí y le succioné ese labio inferior que parecía a punto de explotar. No me devolvió el beso pero tampoco se alejó.

Aquí no. Vamos a mi casa.

Mientras caminábamos, comenzó a amanecer y yo comencé a estar cansada, así que saqué el gramo de M y compartimos los cristales que habían sobrado.

Esto me recuerda a los polvitos de pica-pica que chupaba de niña, dijo, solo que esos eran agridulces y estos son solo amargos. ¿Te acuerdas de los botecitos? Y también había cigarros de chocolate, pero los prohibieron.

Caminábamos por un callejón vacío con vistas al Darro. El enlucido de las paredes del Realejo reflejaba una luz de aparición divina y estábamos absortas. Cuando quise decir algo, ya no recordaba el qué, aparecieron sus compañeros de piso.

Al principio no me molestó que me atosigaran a preguntas ni que me apartaran de Milena, ni los piropos, ni el espacio interpersonal un tanto escaso, pero uno de ellos se pasó de la raya, me inmovilizó para besarme a la fuerza, y a pesar del chute de serotonina que circulaba por mi sangre y es capaz de hacer que reine la armonía en el infierno, perdí la paciencia y comencé a gritar.

A ver si lo dejamos claro, que creo que os estáis equivocando. Estoy aquí con ella.

Lancé un manotazo al aire y le alcancé en la cara al más bajito, que retrocedió de un salto y exclamó, revanchista:

No te creas que es bollo. Es solo una guarra.

Apreté el paso y alcancé a Milena, que se había quedado atrás y caminaba sobre el bordillo de la acera en puntas, como si fuera una equilibrista. De pequeña fui gimnasta, me explicó muy sonriente. Y luego: vamos a hacernos un selfie. Eres tan guapa que mañana les contaré a mis amigas que conocí a una actriz o algo y seguro que se lo creen. Me dio la risa y ella tropezó. La abracé para que no se cayera, sentí sus pechos contra los míos, y en un segundo me había olvidado de los acosadores. Le mordía ese labio neumático sin que opusiera resistencia y todo volvía ser místico y perfecto.

Necesito quitarte la ropa *ahora*.

Ella señaló el último portal de la calle y dijo que era su casa, que sus compañeros ya habían entrado, y era cierto porque volvíamos a estar solas en aquel rincón del Realejo. Echamos a correr y alcanzamos el edificio en cuestión de segundos. Abrió la puerta, la tomé del brazo y la encerré en el ascensor. Estaba drogada pero no loca. Me negaba a cruzar el umbral de aquella guarida de violadores en potencia, así que nos las tendríamos que arreglar con las dimensiones de un ataúd. Le quité la sudadera y vi un cuerpecito estrecho

que todavía era de niña y dos tetas redondas que no eran de niña y la giré bruscamente, como si no quisiera seguir viendo. La puse de cara a la pared, le desabroché la cremallera de los pantalones y comencé a acariciarla desde atrás, con ambas manos, por encima de las bragas. Cuando las humedeció, traspasé el tejido y me resbalé hacia adentro, como sin querer. Milena movía las caderas para que mis dedos alcanzaran algún punto que no parecían alcanzar, y al hacerlo se restregaba contra mí, y aquello me bastó para correrme, totalmente vestida, en menos de cinco minutos. Después de aquel milagro, cuando me dijo que le resultaba imposible acabar de pie, que necesitaba tumbarse, no pude negarme a subir a su habitación. Sacó mis dedos de su coño y me los metió en la boca. Qué le iba a decir. Pulsó el botón del tercero y me dejé arrastrar.

Con un poco de suerte se habrán acostado, susurró, y desde el umbral todo parecía en calma. Aun así nos descalzamos y recorrimos el hall en puntillas para no hacer ruido. Su habitación estaba empapelada con fotografías de globos y posters de Ariana Grande. Me dio mala espina sentirme vigilada, pero nunca he sido supersticiosa, así que nos tumbamos en la cama y la seguí masturbando. Mientras lo hacía, intentaba desabrocharle el sujetador con la mano que me quedaba libre, pero no era capaz y me obcequé, porque mi ex marido siempre acertaba a la primera y cómo era posible que un hombre controlara esos enganches mejor que yo, y supongo que me distraje de la tarea importante, perdí el tacto y fui tan brusca que Milena dio un grito, no muy alto pero lo suficiente para que traspasara los tabiques, y entonces, una voz de padre autoritario comenzó a gritar su nombre. Ella saltó de la cama, se vistió a toda prisa y desapareció en la oscuridad del pasillo. A lo lejos se escuchó un golpe, algo que rebotaba contra el suelo. Supuse que se habría tropezado y permanecí en la cama haciendo pruebas con los corchetes de mi sostén. Nada. Incapaz de abrirlos con una sola mano. Mi percepción del tiempo era flexible y no supe si pasaron segundos o minutos antes de que Milena volviera, pero irrumpió en la habitación deshe-

cha, con la cara congestionada por el llanto, roja e hinchada como uno de sus globos.

¡Deja de joderme la puta vida! ¡Dejad todos de joderme la puta vida!

Tardé unos segundos en entender que no me increpaba a mí. Hablaba con las paredes.

Me acerqué a ella como nos acercamos a los animales peligrosos, con cautela, y rocé su espalda con los dedos. Se estremeció de un modo que me hizo pensar que estaba dolorida.

¡Sigues aquí! ¡Gracias!

Hundió su cabeza entre mis pechos y me manchó la piel de mocos y lágrimas que acabarían volviéndose costra. Luego comenzó a monologar entre hipidos.

Pensaba que las cosas serían distintas fuera del pueblo. Pero es lo mismo, lo mismo, lo mismo.

Yo me despejé de golpe. Llevaba doce horas en pie y no sabía volver a mi casa. Tendría que llamar a un taxi. La noche se había acabado. No se le podía exprimir ni un sorbo. ¿Cuánto dinero me quedaba en la cartera? Comencé a recoger mis cosas mientras Milena me suplicaba que me quedara a dormir, que tenía miedo de estar sola, pero todos estamos solos y yo no te conozco de nada y no he venido aquí para dormir. Me disculpé con cualquier excusa. La vi por última vez desde el umbral, una adolescente abrazada a su almohada, llorando con la vehemencia con la que no lloramos los golpes duros, y pensé que yo ya había superado esa fase, y que qué bien, qué alivio, cuánto me alegraba de no ser ella.

Al cabo de seis meses, para despedirme de Granada, volví a la discoteca en la que nos habíamos conocido y me encontré con un ecosistema completamente distinto, saturado de bebidas con pajita y críos en traje. Aquella noche no hubo drogas pero mi borrachera era indigna, de piropos de albañil y súplicas y balbuceos contra una compañera de máster a la que apenas me había dirigido durante el curso porque me ponía roja y tartamuda en su presencia. Marie era

tan guapa y heterosexual y con novio que mi acoso nos humillaba a ambas. Era evidente que me quería hacer daño a mí misma, empotrar mi autoestima contra una pared de hormigón, pero ella no se merecía que la convirtiera en mi pared, así que desistí, recobré la cordura, me disculpé y salí del local con un italiano que llevaba toda la noche rondándome y que a Marie le parecía muy guapo. Quizás follándome a alguien con más posibilidades de follársela que yo me quedaría tranquila.

Hacía tiempo que no besaba a un hombre. Me di cuenta de ello en el sofá pijo de piso estudiantil en el que el italiano comenzó a manosearme. También recordé que nunca me corro con tipos a los que no conozco de nada, pero lo de aquella noche era todo un hacer por hacer para no decir que no hiciste. Apenas nos tocamos. Se quitó la ropa, me quitó la ropa, yo estaba debajo y él encima. Me besaba con una intensidad enervante, de amores en tiempos de guerra. Ponte un condón, le dije. La primera vez se hizo el sordo y siguió baboseándome. Ponte un condón, insistí, y le toqué la polla para motivarle. No tengo condones, contestó. Muy bien. Pues arrivederci. Me intenté incorporar y me inmovilizó las muñecas. Qué hostias haces. Comenzó a embestir puntos al azar entre mis piernas, a ver si hacía diana, pero no era muy hábil, estábamos a oscuras y ambos sin brazos. Yo apretaba los dientes y hacía fuerza, como si nos midiéramos en un pulso, pero por mucho que fuera al gimnasio y por muy poco que él pesara, mi inferioridad era indiscutible. La voz de mi enemigo invisible me susurró al oído, ¿con que no hay “diferencias determinantes” entre hombres y mujeres, eh? ¿Con que todo es cultural? Mis gritos no fueron de auxilio sino de rabia y de competición de halterofilia. Por suerte, despertaron a un compañero de piso que aquel viernes no se había ido de fiesta. Gritó el nombre del italiano con una entonación de pregunta, como para asegurarse de que todo estaba bien, de que no habían entrado ladrones. Aquello le hizo aflojar y escapé corriendo. Recogí del salón mi bolso, mi vestido y mis zapatos, y salí desnuda al portal. Me encerré en el ascensor y, ya entonces, me vestí.

No pensé en los paralelismos que guardaba aquella historia con la de Milena hasta que transcurrieron varios meses. Entonces solo pensaba en escapar, aunque ya no estaba asustada porque sabía que el tipo no vendría a por mí. No era un psicópata de película, solo un violador de perfil medio. A la mañana siguiente les contaría a sus amigos que se trajo a casa a una histórica, a una de esas que cambian de idea en el último instante y te dejan con el calentón, las muy putas. Como no tenía miedo, me tomé con cierto humor que el portal estuviera cerrado con llave. Le mandé mi localización a Marie, que seguía en la discoteca, y vino a rescatarme. Llamó al timbre de varios vecinos, pero ninguno contestó. Eran las 5 de la mañana. Nos veíamos a través del enrejado de la puerta y nos comunicábamos por WhatsApp. La situación era tan absurda que tenía que taparme la boca para sofocar la risa. Al cabo de media hora, pasó un basurero por la calle y Marie le explicó nuestra situación. Propuso que llamáramos a la policía, pero antes de irse se asomó al portal para ver mi cara, para ver la cara de la chica a la que le había sucedido algo tan rocambolesco, y reparó en lo que ninguna de nosotras había reparado. Un botón. Un botón blanco en la pared del descansillo que abría la puerta como un portero automático. Toda la noche había tenido que ver con mi orgullo, con hacerlo trizas, y aquello lo pulverizó. Abracé a Marie y le hice prometer que aquel último detalle nos lo guardaríamos para siempre.

Tenía que ser un hombre, no me jodas.

He contado esta historia tantas veces que ya solo recuerdo el relato. Eso y el vestido de Marie, tan a la moda de aquel verano en el que la mitad de las veinteañeras de la Península Inditex se disfrazaron de novias. Blanco y con encaje. Cuando me concentro en esta noche para ver cuál es el anillo del infierno al que conduce, se me ocurre que ese vestido es la clave. Que todo va a estar bien si vuelvo atrás en el tiempo y lo toco. Pero qué va.

Al día siguiente me junté con mis amigos y les narré mi desventura tal y como lo he hecho aquí, sin obviar ningún detalle salvo por

lo de mi encierro en el portal. Lo que obtuve a cambio fue una lista de agresiones sexuales que me obligaban a concebir mi experiencia como un rito de iniciación en el universo de lo femenino. Las contaban sin rabia, como se recuerda una enfermedad o el día en que tuviste tu primera regla, y sentí que insinuaban que era mujer porque me había pasado *aquello*, que ni siquiera competía en gravedad con lo de Sonia y el profesor de harpa que la intentó violar en su coche a los 12 años, ni mucho menos con lo de Lucía, a la que un tipo con navaja le robó el bolso e, insatisfecho con su botín, la obligó a arrodillarse frente a su polla para que tuviera un primerísimo plano de ella mientras se masturbaba. Quiso mancharle el rostro de semen pero erró el tiro y eyaculó contra la pared. Se quedó una costra seca en el subterráneo que atravesaba a diario de camino al instituto.

Escuché sus anécdotas con asombro. Aquello no podía ser la norma. En México quizás, pero no en España. O quizás en España sí, pero no en Euskadi. Euskadi era un país civilizado y por eso los independentistas tenían razón y había que amputar el miembro para que no se extendiera la gangrena. De vuelta en Bilbao, tranquila y a salvo, podría seguir defendiendo el refrito ideológico que había extraído de Preciado y de Butler, de las autoras que sistematizaron lo que yo intuía desde pequeña, desde aquel viaje en coche en el que vi por última vez al hombre que me legó sus genes y que no por eso es mi padre: no hay determinismo biológico, “mujer” es un constructo cultural, un club que distingue y excluye en virtud de normas arbitrarias y en el que debería sentirme integrada pero no lo estoy. Nadie por el mero hecho de tener coño puede hablar en mi nombre; yo no firmé la membresía, me inscribieron otros. Cuando se levanta el telón de la *performance*, cuando el clown se quita el maquillaje, no queda nada distintivo salvo las agujetas en los brazos por haber luchado contra un oponente que no compete en tu categoría por peso, que se salta las normas, pero quién dijo que la vida fuera noble como el box. *Man up*. Las chicas son unas lloronas pero tú no tienes por qué ser una chica.



Álex Chico

Plasencia, 1980

Ha publicado las novelas de ensayo ficción *Los cuerpos partidos* (Candaya, 2019), *Un final para Benjamin Walter* (Candaya, 2017, finalista del Prix européen de l'essai philosophique Walter Benjamin 2018), el libro de entrevistas *Vivir enfrente* (*Nueve conversaciones*) (ERE, 2018), el cuaderno de notas *Sesenta y cinco momentos en la vida de un escritor de posdatas* (La Isla de Siltolá, 2016), el ensayo *Un hombre espera* (Libros en su tinta, 2015) y los libros de poemas *Habitación en W* (La Isla de Siltolá, 2014), *Un lugar para nadie* (De la luna libros, 2013), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011) y *La tristeza del eco* (ERE, 2008). En 2016, la editorial chilena Andesgraund publicó *Espacio en blanco*, una antología que reúne su obra poética desde 2008 hasta 2014. En 2018 obtuvo la beca de escritura Montserrat Roig. Sus poemas han aparecido en diferentes antologías (*España hoy: una mirada desde la poesía*, Ulrika Editores, Bogotá; *Punto de partida. Jóvenes poetas en España*, Universidad Autónoma de México, entre otras). Ha ejercido la crítica literaria en diversos medios, como *Ínsula*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Cuaderno*, *Revista de Letras* o *Clarín*. En la actualidad es director de la revista *Quimera*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

A los 17 años, que fue una edad estupenda. Entiendo la escritura como una consecuencia radical de la lectura. Por eso comencé a escribir: para tratar de interiorizar aún más lo que leía.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

La reflexión sobre el lugar, la forma en la que nos comunicamos con él y condiciona nuestra identidad. Me interesa la memoria, los caminos que ha seguido nuestra vida para encontrarnos en un momento concreto. Y, por supuesto, el lenguaje, la imposibilidad de articularlo en determinadas circunstancias, como un mecanismo que en ocasiones nos resulta insuficiente.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Mis primeras lecturas proceden de la poesía, especialmente de la poesía portuguesa, con Miguel Torga a la cabeza. En narrativa, mis autores de cabecera son Patrick Modiano y W. G. Sebald. Me interesa mucho la literatura polaca, sobre todo Zagajewski, Szymborska y Tokarczuk. Y luego autores de aquí y de allá, como Carrère, Tavares o Bufalino.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

La mejor literatura la están proponiendo los libros fronterizos, obras que beben de todas las tradiciones y que tratan de no encajar en un molde fijo. Estamos viviendo un momento de hibridación de géneros muy interesante, sobre todo en lo que respecta al ensayo, alejado ya de lo académico y más próximo a la biografía o al diario.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

En la Barcelona de los setenta o en Ciudad de México por esas mismas fechas. Tirando de tópico, en el París de la década de los veinte.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

La novela en la que estoy trabajando nace del encuentro con un personaje que formó parte del grupo de infrarrealistas que operaron en el DF durante los setenta, una época literaturizada por Roberto Bolaño. La historia aborda asuntos que me interesan mucho: la frontera entre verdad y verosimilitud, el alcance de la escritura y del canon literario... Y me propone reflexionar sobre una pregunta clave: ¿qué estamos dispuestos a hacer para concluir la obra que tenemos entre manos?

SINOPSIS

En septiembre de 1940, un grupo de refugiados abandona Francia por un paso clandestino de los Pirineos. Esperan atravesar España y seguir su ruta hacia América, huyendo de la barbarie que se había apoderado de Europa. Su primera parada es un pequeño pueblo fronterizo, Portbou, una bahía perdida entre collados y senderos, y un lugar clave en la larga marcha del exilio. Sin embargo, no todos consiguen continuar su camino. Uno de ellos, un apátrida sin nacionalidad al que las autoridades españolas rebautizan como Benjamin Walter, aparece muerto unas horas más tarde.

Setenta y cuatro años después, el narrador de esta historia decide viajar a Portbou con el propósito de averiguar qué pasó durante las últimas horas de Walter Benjamin. No obstante, su investigación inicial se va ramificando y deja paso a nuevas cuestiones que afectan a ese ensimismado pueblo fronterizo y a los sucesos que han ocurrido allí desde finales del siglo XIX hasta nuestros días.

A medio camino entre el ensayo, la novela, el diario o la crónica de viajes, *Un final para Benjamin Walter* propone una lectura en dos direcciones, de Portbou a Walter Benjamin y viceversa, así como una melancólica reflexión sobre el pasado que interroga al presente y sobre el difícil arte de sobrevivir.

UN FINAL PARA BENJAMIN WALTER

(fragmento de novela)

Es entonces cuando decides esparcir sobre la mesa de tu escritorio todo el material que has ido acumulando: varios cuadernos, recortes de prensa, libros, anotaciones en papeles minúsculos, postales, folletos publicitarios, catálogos, propaganda, fotografías, páginas dobladas, planos de la comarca, horarios de tren, trípticos, pliegos sueltos, direcciones, tarjetas de visita, números de teléfono, ideas desplazadas en el margen de una hoja. Intentas reunir esas piezas para darles algún sentido, como si fueran señales, porque sabes que, si te fijas con atención, hay un nexo oculto que acabará por ensamblarlas. Lo que aparece frente a ti es una obra escrita a pedazos, una obra inconexa, construida de fragmentos desperdigados, y aunque no sepas reordenarlos o no logres familiarizarte con esa escritura dispersa sabes que alguien sí podrá hacerlo. Sabes que conseguirá desenterrarlos y los hará renacer nuevamente. Con eso basta. Edmond Jabès tenía razón: quien escribe un libro se compromete con la eternidad. Aunque lo arroje al fuego, alguien sabrá recomponer sus cenizas.

Eso es lo que tienes delante: algunos objetos esparcidos sobre la mesa y unos cuantos apuntes que intentan tra-

zar una línea de puntos que los una. Como las teclas del ordenador que abres en este momento. Mientras miras los huecos que separan una letra de otra, los agujeros van zigzagando hacia un extremo de la pantalla, como si cada espacio tuviera vida propia y habitara una existencia entre líneas, un hogar con muchas habitaciones. Una especie de refugio que no se compone de realidad, sino de una representación de la realidad.

De pronto, la página en blanco cobrará una consistencia distinta, y a medida que avances en ella, a fuerza de añadir palabras y párrafos y vuelques todos tus esquemas previos, todas tus notas previas, irás levantando algo parecido a un muro, con la esperanza de que poco a poco se ensamblen nuevas paredes cuya solidez te cobije durante algunas semanas, durante algunos años tal vez. Una página que comienza con acciones muy precisas: colocar una piedra, luego otra, sin pensar demasiado en la fisonomía que resulte tras ese largo período. Simplemente te basta con la posibilidad de que esas mismas piedras estén bien alineadas y al final tengas la impresión de que todo lo construido hasta entonces sea una hipótesis que logre dispararse en múltiples direcciones, una casa en mitad de alguna parte desde la que divisar el horizonte y decirte a ti mismo que puedes residir aquí, que quieres habitar este lugar por mucho tiempo.

Pero entonces todo lo que observas a través de esa nueva ventana dejará de existir. O existirá de otra manera. No conseguirás reconocer lo que has visto tiempo atrás. Sólo tú mantendrás tu lugar mientras todo se desplaza. ¿Qué crees que sucederá en ti, si las calles cambian, si las esquinas pierden el encuentro de dos nombres distintos, si la gente camina lentamente, como arrastrando una carga pesada? La ciudad parecerá un territorio creado con el único fin de que alguien se pierda en ella. Ese alguien debes ser tú. Sólo tú.

Porque te has ido educando en esa idea: perderse en una ciudad como quien se encuentra a solas en un bosque. Sabes que todo aquel que esté acostumbrado a salir en solitario por una ciudad extraña valora lo que supone la aparición de una cara conocida. Con ese temor que se apodera de ti cuando pisas lugares descritos y reproducidos de mil formas diferentes. Como una figura que se planta justo delante de un abismo, en la línea que separa un mundo que decae y un mundo que se aproxima. A veces, lo sabes bien, un viaje no te arrastra a lo desconocido, sino que te incita a volver nuevamente a casa. Un camino de regreso que transita por un tiempo ya desaparecido, leyendo las caras que se cruzan a tu paso, su oficio, su carácter, lo que queda debajo de esos rostros que observan con desconfianza a quien parece haber bajado de una montaña. Su interior sale hacia fuera, su habitación se convierte en una calle, como sustancias alucinógenas o esferas multidimensionales, como un elíseo o un reino de sombras: calle Blumeshof, número 12, Steglitzstrasse-Genthinstrasse, Gare de Saint-Lazare, Tiergarten. Un salón cerrado se abre para preguntarse qué sucede en la sala de al lado. Recuerdas lo que dijo un anciano Walt Whitman: ahora voy a sentarme delante de la puerta, ahora voy a contemplar la vida. Y recuerdas también a Kafka: estoy en el umbral de la puerta, a punto de entrar en mi habitación. Es una empresa complicada. Y así os perdéis, entre pasillos oscuros, entre laberintos de casas que se asemejan a la conciencia durante una súbita claridad ensombrecida. De eso se trata: de dar con la opacidad que ha logrado esconderse tras una luz muy brillante. Como tres hombres indecisos que recelan llegar a la meta y dibujan un nuevo laberinto, mientras se dedican a mirar la habitación de su vecino por el ojo de la cerradura. Nada sabéis de él y, sin embargo, esa habitación es también vuestro mundo. Como la habitación

de Simic: un cuarto vacío y una ventana abierta. Algo así como la memoria.

Por eso te preguntas qué hay alrededor, cuál es su origen, cuáles son sus citas, qué intermedia entre la calle y el interior. Por qué motivo has ido a parar allí. Es la misma nebulosa que cubre los inicios de una fotografía, las impresiones difuminadas que surgieron por primera vez de un taller de Leipzig o de Gante, la mancha gris que poco a poco asciende hacia un balcón, como en aquella imagen de Niépce. Una nebulosa que no acalla el silencio, que reclama con insolencia el nombre de quien estuvo allí, de quien ha seguido estando allí todos estos años. Y de nuevo surge la necesidad o la obligación de encontrar ese lugar invisible en donde anida también el futuro. Pero es tan grande lo que aparece frente a ti, tan inabarcable esa sala de fuentes llena de espejos, que tu tarea consiste en empequeñecerlo para asimilar todo el conjunto. Son esos eslabones insignificantes los que encierran una verdad universal, una verdad cósmica. Porque cada gesto es un suceso, un drama. Por eso debes estar atento a lo que sucede en el lapso de un segundo, estar atento al movimiento de una mano que se desplaza, aunque no sepas qué hará inmediatamente después. Antes de que golpee a alguien, antes de que inmovilice a otro cuerpo, esa mano habrá de doblegar sus dedos, habrá de hacer fuertes sus nudillos, habrá de retroceder para tomar impulso. Antes de que esa mano alcance a alguien ya lleva inscrito en cada una de sus líneas el éxito o el fracaso. A ti te corresponde identificar ese momento en el que todo el porvenir se anticipa. Su apariencia de proximidad. Ese preciso instante que viene de lejos y, a punto de desaparecer, abre un nuevo balcón. Sus indicaciones te conducen de un lado a otro, sin descanso, porque si no las observas se harán de nuevo invisibles, como una frase escrita en la arena que

en cualquier segundo desaparecerá de la playa. Eso significa esconder: dejar huellas, pero invisibles, como el malabarista Rastelli haciendo desaparecer cosas en el aire.

Será entonces cuando comprendas el verdadero motivo de esas manos: no se habían plegado para golpear a nadie, sino para confabularse con el objeto perdido. Son las manos que te guían y te hacen encontrar lo que pensabas ya irrecuperable. Una palabra, un murmullo o una palpitación cuya fuerza te conduce hacia la fría bóveda del pasado. Ese tipo de sonidos que regresan de improviso, agazapados en la sombra de una vida trascurrida tiempo atrás. Esa suma de ecos que te obligan a fijarte en algún lugar al que regresar para recoger algo olvidado. Así comprenderás mejor tu presente, a través de las respuestas que pueda ofrecerte el pasado. Serás una muerte y serás un renacimiento. Una memoria cuya tensión se hace tan fuerte que se transforma en una biblioteca plagada de citas, impenetrables, enigmáticas. Una cueva formada por una montaña de manuscritos a los que buscarás un nombre cuando vuelvas a olvidarlos en medio de una zanja.

Por eso escribes: para consignar un olvido. Esa es la terrible paradoja a la que debes enfrentarte. La escritura se convierte en la constatación de una ausencia. La prueba de que algo se ha perdido por el camino. Tú no eres más que un pequeño eslabón en la larga marcha de la desmemoria. Un cuadro minúsculo dentro de otro cuadro. ¿Cómo atrapar el resto de episodios antes de que se precipiten y desaparezcan en la noche de los tiempos? ¿Qué esperar de un lenguaje condenado al derrumbe si no logra nuestra unión con lo que se nombra? ¿Un idioma que muere porque no es capaz de evocar la arrasadora plenitud del otro? Tenía razón Zurita: hay cosas que jamás tendrán acceso al lenguaje. Sin embargo, sabes también que hablar es hacer presente una

historia, dar una nueva oportunidad a quienes te han precedido. Cuando entiendes por fin que hay territorios que no son una simple montaña o una insignificante bocacalle, sino la suma de miradas que se han detenido a observarlas. Mucho antes que tú.

Vuelves a preguntarte cómo empezar a reunir todas esas miradas, cómo traerlas de vuelta si cada una de esas percepciones esconde a su vez una nueva raíz, como un árbol que bajo la tierra se desplaza hacia otro árbol más lejano. Todo está mezclado y, si se mira dentro, se siente miedo y vértigo. Eso son los abismos de la historia. Pero entonces, ¿no sufrirías la misma tragedia que la de una ciega ante un espejo, como en aquel foso de Pisa pintado por Orcagna? La escritura consistirá entonces en dar vueltas alrededor de una piscina que, sin previo aviso, se llena de algas. Una capa verdosa que oculta vivencias anteriores, incapaces de ser asimiladas por un solo ser humano. Porque ese ser humano se acaba acostumbrando a olvidar lo que no desea saber de ningún modo y se limita a fingir que desconoce lo que sucede para ahorrarse dar explicaciones. Ese hombre que te viene a la memoria cuando recuerdas una vieja parábola: la del individuo que afirma tener que contar cómo fue y a quien sus interlocutores dan muerte porque difunde un frío mortal. Por eso preferimos el silencio que reina sobre las ruinas, de la misma forma que aceptamos una piscina llena de algas. ¿Realmente compensa articular ese silencio, despejar la mancha verde que se ha creado sobre la superficie del agua? ¿Abandonar la placidez que otorga la insignificancia? ¿Renunciar a una felicidad sin euforia por un poco de luz? ¿De verdad confías en la literatura como un medio para rectificar el pasado? ¿Estás dispuesto a convertirte en dos seres, oprimidos por el recuerdo y el futuro? ¿Hallarte en algún lugar entre el ser y el no-ser, entre dos ficciones, como Cioran? Habrá esperanza,

un sinfín de esperanza, pero no para ti. Porque para atrapar las cosas deberás sentir las primero. Y lo más probable es que toda conmoción te conduzca al derrumbe.

Sin embargo, algo te empuja a escribir. ¿Pero qué exactamente? Y en caso de saberlo, ¿cómo lograrás encontrar ese lenguaje? ¿Cómo podrás sobreponerte si, llegado un día, descubres que lo único que has hecho durante todo este tiempo es cavar fosas en el aire? Después de las preguntas, de los temores que se van acumulando, de las reticencias, sucede siempre lo mismo: cuando estás a punto de desistir y de volver hacia atrás, un golpe de viento te empuja con una fuerza inusitada. Y a tu paso comienza a formarse una colina llena de escombros dispersos, un reguero de fechas, de historias inconclusas, de heridas mal cerradas. Como un ángel que batiera sus alas e intentara detenerse al escuchar el rumor de otros nombres: Gorgot, Suñer, Gurland, Lisa Fittko. Pero entonces esa debilidad se hace fuerte, igual que una letra cualquiera escrita al inicio de una página en blanco. Te convierte en un paciente que al relatar su dolencia se recupera muy lentamente. Cuando descubres que ahí está la clave, que la narración es el comienzo de una trabajosa y compleja recuperación, cada palabra que empleas, cada sintagma, guarda las marcas de todos los que te han precedido. Así se manifiesta lo que tiene verdadera importancia: envuelto en sucesos previos, cargado de una existencia más antigua. Una trama que junta un espacio cualquiera y un tiempo lejano. Si te fijas bien, si logras observar convenientemente y consignas por escrito cada una de las capas que te acercan a lo que andabas buscando, si esa visión se complementa con una luz interior, conseguirás una percepción llena de sentido y suscribirás un nuevo universo. La lejanía se irá aproximando a ti y ese encuentro será ya irrepetible. Respirarás el aura de las cosas. El objeto estará tan cerca que

ambos formaréis una sola materia. Seréis uno y seréis múltiples. Y al contemplar lo que has conseguido tal vez ya no importe que ese objeto desaparezca. Que tú también desaparezcas. Porque habrás encontrado por fin ese cobijo que te guarde hasta el final de tus días. En ese espacio en el que la página dejará de estar en blanco porque irá adquiriendo una nueva consistencia, mientras añades todos los esquemas previos, todas las notas previas, todo lo que se ha ido ensamblando para levantar algo parecido a un muro. Aunque ese muro te separe de lo que está a tu alrededor y te vuelva invisible. Aunque todo lo que rodee a ese muro deje de existir porque una ráfaga de viento lo haya hecho pedazos.

En eso consiste el oficio, en recomponer piezas sueltas, desenlazadas, abatidas por un golpe de viento. Consiste en hacer regresar una lejanía, en mantener visibles las trazas de un ceramista que aún sigan en el barro. Consiste en aproximar una línea fronteriza que sea capaz de anticipar lo que aún está por venir. Consiste en identificar una trinchera que todavía se empeñe en dividir dos porciones de suelo. Tu labor es trasladarlos a los límites de una sola página, reducirlos hasta el extremo para que puedan alojarse entre cuatro paredes, empequeñecerlos hasta que logres entender su conflicto, su lucha interior. De eso se trata, de ser capaz de aguardar la fuerza necesaria para tensionar unas manos, desplazándolas de un lado a otro mientras ponen en marcha una escritura, cualquier escritura, igual que si tensaras un arco para disparar una flecha.

Entonces descubres que detrás de ese viaje, detrás de Portbou y de Walter Benjamin, detrás de los objetos esparcidos sobre tu mesa, detrás de las charlas y de las idas y venidas, detrás de todo eso, digo, tan solo buscabas una cosa. Buscabas la ocasión para dar forma al diario que querías escribir desde hacía mucho tiempo, como si tu vida anterior

no hubiera sido más que una larga y paciente espera. Y te da por pensar, casi por primera vez, que quizás Portbou tan solo sea un paso previo a otro territorio que aún no conoces, aunque lo hayas citado en alguna parte y ahora no recuerdes en qué lugar del mundo sucedió exactamente.



Katixa Agirre

Vitoria-Gasteiz, 1981

Debutó en las letras vascas con el libro de relatos *Sua falta zaigu* (Elkar, 2007), al que le siguió *Habitat* (Elkar, 2009), libro por el que recibió la beca Igartza para jóvenes autores. Tras numerosos títulos para el público infantil y juvenil, en 2015 publicó su primera novela, *Atertu arte ltxaron* (Elkar, 2015), una *road novel* merecedora del premio III Akademia, traducida al castellano como *Los Turistas Desganados* (Pre-textos, 2017) y a idiomas como el danés y el búlgaro. En octubre de 2018, y gracias a la beca Augustin Zubikarai, publicó su última novela: *Amek ez dute* (Elkar), traducida como *Las madres no* (Tránsito, 2019). Es doctora en Comunicación Audiovisual y profesora en la Universidad del País Vasco.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Muy joven, de niña, por el mero placer de emular aquello que tanto me gustaba, que era la lectura. Pero alrededor de los 22 años cuando empecé a tomármelo en serio, en un momento que para mí era de transición hacia la edad adulta.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

No elijo las historias en base a preocupaciones temáticas, al menos no conscientemente. Aunque si lo miro de manera retrospectiva, siempre hay temas que se repiten: la violencia y las mentiras necesarias para que funcionemos como sociedad, por ejemplo, son dos de los prevalentes.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Dos libros que marcaron mi infancia fueron *La historia interminable* y *Cuando Hitler robó el conejo rosa*, porque no escamotean el lado oscuro de la vida aun siendo libros infantiles. Más adelante me han influido Truman Capote, Lorrie Moore, Patricia Highsmith y Ramón Saizarbitoria, entre muchos otros.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa la hibridación de géneros y la fina línea entre la ficción y la realidad. Aunque también aprecio los libros que siguen celebrando y explotando el poder de la ficción pura.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Como escritora en euskera creo que no ha habido mejor época que la actual para escribir en esa lengua, así que me quedo donde estoy.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy empezando a darle vueltas a una nueva historia, y puede que por primera vez contenga elementos de ciencia-ficción. Aún es pronto para decir más.

SINOPSIS

Una madre mata a sus gemelos. Otra mujer, la narradora y protagonista de esta historia, está a punto de dar a luz. Es escritora, y se da cuenta de que conoce a la autora del infanticidio. Su obsesión se dispara. Pide una excedencia pero no para criar, sino para crear. Para investigar y escribir sobre la verdad oculta tras el crimen.

Las madres nunca han escrito. Las madres dan vida. ¿Cómo puede una mujer ser capaz de desatender a sus hijos?, ¿cómo puede ser capaz de matarlos? Tejida con los mimbres de un *thriller*, esta es una novela rompedora en la que convergen la crónica y el ensayo. Katixa Agirre reflexiona sobre la relación entre maternidad y creación dialogando con autoras como Sylvia Plath y Doris Lessing. ¿Es ser madre una cárcel? Este texto ahonda también en la infancia y la desprotección de los niños ante la ley. El resultado es un libro sin precedentes, perturbador y original, en el que la autora no ofrece respuestas sino que arroja contradicciones y descubrimientos.

LAS MADRES NO
(fragmento de novela)

«Oh, amor, ¿cómo llegaste aquí?
Oh, embrión, recordando,
hasta en sueños,
tu posición en cruz».
Sylvia Plath

Son los hechos constitutivos de infracción penal, los hechos cometidos, los hechos previstos como delito, los hechos susceptibles de ser calificados con arreglo al Código Penal vigente. Siempre son los hechos, el participio sustantivado, ese artificio gramatical que se utiliza para referirse al suceso que está siendo juzgado, o para evitar referirse a tal suceso en realidad, puesto que, al estar siendo juzgado, aún no posee materia sólida. Las cinco letras del hecho oscurecen el hecho mismo. Hasta que no queda probado, no es. Yo también utilizaré ahora esa palabra: el hecho. Homicidio, infanticidio, asesinato, ahogamiento doble resultan a todas luces insoportables, no quieren salir, se me quedan colgando de las puntas de los dedos, no se animan a saltar.

Así pues, en noviembre del año de los hechos, y como debía acudir a Vitoria a recibir el premio Euskadi, visité por primera vez el barrio de Armentia. Niclas cambió las clases de

la tarde con un compañero y acudimos en familia a recibir los honores. Mi padre también vendría, aunque haría el viaje por su cuenta, algo más tarde. Mi madre no pudo conseguir billete de avión a precio razonable, al parecer (primera noticia) noviembre no es buena fecha. Le dije que no se preocupara, que era un puro trámite y que ya lo celebraríamos en su siguiente visita.

Hacía un tiempo de perros, la lluvia barría la carretera y agitaba los árboles; sin embargo, pude convencer a Niclas de hacer una visita rápida, una hora antes del acto, al barrio con mayor renta per cápita de la ciudad. Aparcar fue fácil; identificar la casa, profusamente fotografiada en las fechas en las que habían ocurrido los hechos, también. Se alzaba elegante a un lado de la campa donde se celebra una popular romería una vez al año, cerca de la preciosa basílica románica, a una distancia aceptable del resto de chalés. Rotunda y simétrica, aguantaba sobria bajo la lluvia, como si en su interior nunca hubiera ocurrido nada digno de reseñarse, como si todo hubiera ido como lo habían proyectado sus creadores. La fachada del piso superior era de cristal, ahora cubierto por estores grises. El resto se asemejaba a un caserío tradicional: tejado longitudinal a dos aguas, madera vista.

Aunque la casa permaneciera cerrada y vacía, alguien se encargaba de que el jardín luciera cuidado. Quizá estuviera a la venta, era lo más probable, si bien no había ningún cartel que lo indicara. En Hong Kong llaman hongza o 红咋 a esas casas que son testigos mudos de suicidios o crímenes. Su precio suele caer en picado y se convierten así en piezas codiciadas por inversores que confían en la memoria efímera de la gente. En Japón son los jiko bukken, es decir, 事故物件, casas estigmatizadas que algunos buscadores ya filtran expreso, añadiendo además detalles morbosos sobre el quién, el cómo y el cuándo.

Dos bebés, ahogados en la bañera, en pleno verano.

Los hechos.

¿Podía notarse algo? ¿Una leve vibración acaso? ¿Un ambiente sombrío y aciago? Yo así lo creía, Niclas lo negaba; simplemente era noviembre, casi anocheecía, llovía a cántaros, llevaba al niño dormido en la mochila y un único paraguas no era suficiente para protegernos a los tres. Era evidente que no estaba a gusto frente a esa casa, pero ¿quién podía estarlo? ¿Qué harían los escasos vecinos al pasar por delante? ¿Llevarían a sus invitados hasta aquella fachada, aderezando la visita con detalles siniestros? ¿O se había convertido en el gran tabú del vecindario —igual que en la clínica—, en un suceso que debía ser acallado, enterrado y olvidado por el bien de la reputación y el valor de los bienes inmuebles de la zona?

Como no vimos a ningún vecino, sólo puedo especular al respecto.

Tomé unas pocas notas de vuelta en el coche, de camino a la sede de la presidencia del Gobierno Vasco, sin darme cuenta de que tenía el pelo completamente chafado. En las fotos del acto resulta evidente que no me miré en ningún espejo antes de subir al escenario a recibir el premio de manos del lehendakari. Eso también se comentó en Twitter. Eso, y que me daban el premio por ser chica.

Los primeros días están claros. Bien documentados. Tal y como requiere un proceso judicial bien encauzado. En busca de la narración completa, tal profusión de detalles no sé si supone una ventaja o un inconveniente para mí.

Nunca se consideró que pudiera haber otros sospechosos. No hay rastro de otras personas, ni las cámaras de seguridad

de la casa registraron movimientos en las cuatro horas que median entre la salida y la entrada de la niñera. Ni lobos, ni dingos. La hipótesis del accidente queda automáticamente descartada por la imposibilidad estadística de que ocurran dos accidentes iguales y sucesivos. Es cierto que la prensa llegó a insinuar que el primer caso se trató quizá de un homicidio imprudente y que, bloqueada por la situación, en lamentable estado de shock, la madre había cometido después el segundo asesinato. Pura especulación. El caso, desde el punto de vista de la policía científica, era simple, y se enviaron todas las pruebas e informes a los juzgados con celeridad.

Después de acabar con sus dos pequeños, llevaron a Alice, ya detenida, al hospital de Santiago, a esa séptima planta refugio habitual de anoréxicas y alcohólicos. Los psiquiatras de guardia anotaron que Alice se encontraba «desorientada y en estado de shock», dejando la puerta abierta a una posible «amnesia disociativa». Le administraron calmantes. Apenas habló, aunque a veces la oían musitar «¿Dónde están?», y también «Ahora ya están bien, ¿verdad?». Cuando le preguntaron su nombre dijo llamarse Jade, cosa que confundió a los médicos. Durante todo ese tiempo una patrulla de la Ertzaintza estuvo apostada a la puerta de su habitación. La policía científica ya se había hecho con su ropa, custodiada para entonces en bolsas herméticas de plástico, y habían tomado muestras biológicas de sus manos con hisopos.

Por fin la dejaron dormir, muy tarde ya.

A la mañana siguiente se presentaron en el hospital los médicos forenses enviados por el juez y, durante unas tres horas, practicaron pruebas a la paciente, con una nueva patrulla a la puerta de la habitación. Alice había rechazado probar el desayuno, pero empezaba a reaccionar de alguna forma. Preguntaba por sus hijos y, cuando le relataban lo sucedido, gritaba que era imposible; «jamás jamás jamás», chillaba y

lloraba. Luego los aullidos se convertían en gemidos sordos; después llegaba el silencio y, al poco, los temblores y espasmos de nuevo.

Esa mañana se presentó en el hospital un abogado de oficio. De maneras suaves y aspecto juvenil, había pasado media noche en comisaría ayudando a un joven detenido por agredir a un guarda de seguridad de un supermercado, y se encontraba ahora ante una situación inédita para él después de ocho años en el turno de oficio. Tras veintiséis horas sin dormir, se topó con un calor sofocante y una cliente rota, y le costó tomar el control de la situación. Pero finalmente tuvo la lucidez de aconsejar a su defendida que se atuviera a su derecho a no declarar ante el juez. Y Alice pareció escucharle, e incluso seguir su consejo, pues cuando el juez se personó en el hospital no pudo sino presenciar las lágrimas casi agotadas de Alice, sus últimos sollozos débiles.

Para entonces las consecuencias de los hechos, es decir, los dos pequeños cuerpos, se encontraban ya en el Instituto Vasco de Medicina Legal, en la avenida Gasteiz, esperando la autopsia. Una autopsia que no desvelaría ninguna sorpresa. Las dos muertes se habían producido del mismo modo: ahogamiento por inmersión. Espuma en los pulmones, agua en el estómago, cavidad izquierda del corazón exangüe. No había sitio para otra hipótesis en aquellos pequeños corazones. Al día siguiente el juez instructor redactó el auto de encarcelamiento y llevaron a Alice a la prisión de Zaballa con una prescripción de hipnóticos y calmantes bajo el brazo. Nadie tenía claro si era consciente de los hechos. La prensa divulgó todo tipo de opiniones. Un afectado ciudadano de Vitoria declaró: «Ni con una eternidad en el infierno podría pagar por lo que ha hecho, la malnacida». Otra ciudadana, aún más impresionada si cabe, lo veía desde otro prisma: «Cuando se dé cuenta de lo que ha hecho llegará el verdadero castigo, pobre mujer».

En total, Alice pasó cinco días en prisión, todos ellos en la enfermería, pues nadie tenía muy claro qué hacer con ella, qué protocolo seguir. Las cárceles no se han construido para mujeres como Alice.

Ritxi no volvió a la casa de Armentia después del primer interrogatorio. Se dice que un amigo lo recogió en comisaría y que se fueron directamente a su casa de Elciego. Sólo un diario se preocupó de este extremo; para el resto, Ritxi está borrado. Cómo ocupó esos cinco días o qué recorrido hizo su cabeza serán siempre un misterio.

Durante los cinco días que Alice pasó encerrada, sucedieron tres cosas reseñables. La primera de ellas no deja de ser dolorosa por esperable. Las otras dos resultan del todo inesperadas. En primer lugar, los gemelos fueron cremados en un tanatorio a las afueras de Vitoria. Un acto íntimo: Ritxi, su hermano recién llegado de Austin y algunos amigos cercanos. Todos llegaron en coche y abandonaron el recinto de la misma manera. No hay fotos del interior del tanatorio. No puedo saber si durante la ceremonia civil se leyeron poemas o si se cantó algo. Mejor así. ¿Quién querría conocer esos detalles? Ni siquiera yo.

Por otro lado, y aunque la estrategia en los primeros días había sido otra, la prensa empezó de pronto a mostrarse comprensiva con Alice. Cuando se repasa con cierta distancia la hemeroteca, tal y como estoy haciendo yo en estos momentos, el cambio de rumbo es ciertamente llamativo. Se decía de ella que estaba rota, incapaz de aceptar lo que había hecho; comentaban que bastante castigo tendría digiriendo los hechos, que en realidad nunca lo superaría, que su vida sería un infierno perpetuo. La posibilidad de una depresión posparto se mencionó entonces por primera vez, primero en boca de una supuesta vecina a la que me ha sido imposible localizar, después en forma de suposiciones, porcentajes y síntomas lan-

zados por expertos psiquiatras. Quizá los medios eligieron ese nuevo framing con el simple y sano objetivo de alargar la curiosidad de los consumidores. Las conspiraciones mediáticas tienen a veces un muy prosaico origen.

Quién sabe. En cualquier caso, la opinión pública gustó del nuevo enfoque. Se abandonaba así la burda crónica negra, el territorio banal del suceso, para entrar de lleno en el meollo de una tragedia griega actualizada.

Y por último, y este es el punto más sorprendente y que más quebraderos de cabeza me ha traído, Ritxi decidió buscarle un buen abogado a Alice.

El día después de la incineración de sus hijos, Ritxi rompió momentáneamente su aislamiento en la Rioja Alavesa para ponerse en contacto con su abogado de confianza y pedirle que buscara al mejor penalista de la ciudad. Enseguida surgió el nombre de una abogada ya cercana a la edad de jubilación, con reputación de luchadora feminista: Carmela Basaguren. Esta aceptó el caso el mismo día en que contactaron con ella y se puso manos a la obra. La prioridad en aquel instante era sacar a Alice de la cárcel de Zaballa. El recurso llegó raudo a manos del juez. El documento, sólido y convincente, detallaba las razones por las que se debía interrumpir la prisión provisional: imposibilidad de reiteración delictiva, arraigo, ausencia de peligro de huida, etcétera.

Ya en ese escrito la defensa adelantaba que apostaría por la absolución basada en la eximente de enajenación mental. El Código Penal prevé esta situación. En concreto, es el artículo 20.1 el que establece que está exento de responsabilidad criminal «el que al tiempo de cometer la infracción penal, a causa de cualquier anomalía o alteración psíquica, no pueda comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión», y así tuvo a bien recordárselo al juez instructor Carmela Basaguren, con cita literal y todo.

La fiscalía no podía estar más en desacuerdo, y se opuso a la salida de la cárcel recordando lo gravísimo del asunto, así como su reproche penal: se le imputaban dos asesinatos, delito descomunal multiplicado por dos, además con agravante de parentesco, cuarenta años de encarcelamiento. Pero el juez, para sorpresa de la mayoría, decidió apoyar el requerimiento de la defensa. Previa retirada del pasaporte, con la obligación de firmar en los juzgados cada quince días, y una vez depositados los cincuenta mil euros que se impusieron como fianza, Alice fue puesta en libertad.

Libre la asesina. Libre el fantasma.

El mito hunde sus raíces en las culturas prehispánicas, aunque cobra fuerza en los tiempos coloniales. Se trata de la Llorona, una mujer que, tras tirar al río a sus hijos (o a su hijo o hija, según el caso), devastada por la culpa, se suicida para comenzar un errático vagar como alma en pena, siempre merodeando lugares acuáticos.

Desde México hasta Chile, la historia se desarrolla en términos similares; los mitemas (esos trocitos de puzle intercambiables que conforman los mitos) se repiten. El *modus operandi* casi siempre es el mismo: el ahogamiento de las criaturas (en un río o una laguna, tanto da), aunque tampoco es raro que se mencionen cuchilladas. En algunos lugares, como Panamá, es la negligencia de la madre la que ocasiona la muerte de su pequeño (la mujer quiere bailar, divertirse, y se le ocurre que dejar al bebé junto a un río puede ser la solución). En la mayoría de los casos, en cambio, la mujer ha sido seducida, fecundada y posteriormente abandonada por el fecundador, y en esa tesitura, sin vías de

supervivencia para ella o la criatura, se comete el infanticidio. También hay Lloronas que actúan por despecho, Me-deas hispanas que, con el objetivo de herir al hombre que las ha abandonado, deciden acabar con la progenie, fruto palpable del amor ahora demolido.

En cualquier caso, las consecuencias siempre son las mismas: alma errante, castigo eterno, lágrimas infinitas que añaden más agua al agua.

Por la noche sueño con Australia. A pesar de haber hecho caso omiso a mis sueños de manera sistemática durante décadas, ahora me siento en la obligación de dejar constancia de este suceso onírico para su futuro análisis. Tampoco es que haya podido retener demasiado: el paisaje reseco de Australia, un olor a amenaza percibido de forma vaga. Avanza el día y el recuerdo inconsistente no me abandona, así que repaso lo escrito la víspera. Reviso tres o cuatro páginas y lo encuentro, esa palabra exótica: dingo. Pero ¿qué es un dingo exactamente? Un perro salvaje, originario del sureste asiático pero común en Australia. *Canis lupus dingo*. ¿Qué pinta un dingo en mi texto? Introduzco la palabra en el buscador y la respuesta no se hace esperar. Todo se remonta a una película que vi en mi infancia.

Es 17 de agosto de 1980 en las inmediaciones de Ayers Rock, hoy reconocido como el monte Uluru, tierra sagrada del Territorio del Norte, en el centro de Australia. Es aquí donde acampa la familia Chamberlain con sus tres retoños. Mientras preparan una barbacoa para cenar, dejan a la más pequeña de la familia, Azaria Chamberlain, de tan sólo nueve semanas de edad, durmiendo pacíficamente en la tienda

de campaña. En mitad de la cena, Lindy, la madre, cree percibir unos ladridos de perro. Nadie más parece escucharlos, pero su instinto le dice que algo va mal, así que se abalanza sobre la tienda de campaña esperándose lo peor y, en efecto, se encuentra con la tienda vacía: no hay ni rastro de la recién nacida. En medio del terror, la madre aún tiene tiempo de ver la silueta de un dingo que se pierde en la oscuridad. Fue la única testigo de aquello, el resto de la familia sólo oyó los gritos de la madre. De Azaria nunca más se supo.

El caso podría haberse resuelto como tantos otros desgraciados accidentes, quizá hasta imbricarse en la cultura popular y narrarse como una historia con moraleja para padres negligentes. Pero la cosa no acabó ahí. Tras muchas vueltas en la investigación y con un juicio paralelo del entramado mediático australiano operando a todo gas, al final Lindy fue condenada a cadena perpetua por el asesinato de su propia hija. ¿Qué pruebas había de tales hechos? No demasiadas. El cuerpo nunca apareció. Nada indicaba que hubiera una motivación en particular para cometer el asesinato. Unas tijeras supuestamente manchadas de sangre y convenientemente exhibidas ante la opinión pública resultaron estar cubiertas de simple pintura roja. Pero la actitud mostrada por la madre durante el juicio —fría y desapegada— resultó suficiente para que un jurado concienzudo decidiera mandarla a prisión de por vida.

Durante las primeras semanas de su encarcelamiento Lindy dio a luz a un cuarto bebé. Pasó tres años en prisión hasta que aparecieron nuevas pruebas que reabrieron el caso: restos de ropa de Azaria en una guarida de dingos. Debido a las dudas que esto generó, la madre fue puesta en libertad. De todas formas, el caso no se cerró definitivamente hasta 2012, año en que el certificado de defunción de Azaria refrendó que su muerte la había causado un din-

go. Lindy recibió una cuantiosa indemnización por parte del Gobierno australiano por la injusta condena.

No sé quién me dejó ver la película del caso Azaria. Supongo que sería mi padre, ya que solía pasar los fines de semana con él, viendo la televisión mientras él seesteaba a mi lado. Qué no descubriría en esas interminables tardes de sábado y domingo, cuántos monstruos no poblarían mis pesadillas a causa de esas películas: Fu Manchú, tiburones asesinos, marabuntas que rugen, Marisol y su tómbola... Por aquel entonces no sabía que Lindy Chamberlain existía de verdad y que su caso era, y es, el más famoso en la crónica negra australiana. Pero está claro que la historia había dejado un rastro en mí, pues aún lo sigo recordando vagamente; y la palabra dingo, alegre de por sí, todavía envenena mis sueños.

Uluru.

Dingo.

Uluru.

Dingo.

Dos palabras bonitas, saltarinas, llamativas, apropiadas para el título de una novela de éxito. Curiosidad tipográfica incluida.



Florencia del Campo

Buenos Aires, 1982

Desde el año 2013 vive en Madrid. Es Editora por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y cursó, además, estudios en Letras y Cine. Su primera novela publicada en España se titula *La huésped* (Base Editorial, 2016). Con ella, la autora resultó finalista del Premio Equis de Novela Corta 2014. Un año más tarde publicaba *Madre mía* (Caballo de Troya, 2017). En 2019 resultó ganadora del L Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro con *La versión extranjera* (Pretextos, 2019). Tiene, además, algunas novelas publicadas en Argentina bajo sellos independientes; y libros infantiles publicados en España.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

En verdad, empecé de muy pequeña escribiendo poemas. A los 10 años. Porque a los 9 algo de mi vida cambió y me produjo una profunda angustia. Luego fui creciendo hasta escribir profesionalmente. A los veinte y tantos fue cuando comencé a escribir de esta manera y a publicar en la Argentina.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

La familia, la mujer, la *extranjería* y, casi por encima de todas las anteriores, el lenguaje (las imposibilidades del lenguaje).

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Alejandra Pizarnik, Marguerite Duras, Albert Camus, Silvina Ocampo.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa la ruptura desde la forma. Me interesa la producción de sentido y de ideología desde lo formal. Me interesa que se lleve el lenguaje al límite. Que todo lo dicho esté dicho precisamente ahí donde no hay palabras, donde queda el vacío.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

No idealizo ningún tiempo pasado ni futuro. Estoy bien donde estoy y con las decisiones que tomé. Amo estar escribiendo desde España, mi otra nación, la que me dio la otra parte de “plaquetas” de mi sangre.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy trabajando en la idea de escribir un libro, probablemente de cuentos, que recorra la historia de mi familia paterna: desde mi abuelo, nacido en Valdeavellano de Tera, provincia de Soria, que emigra al Litoral de la Argentina, pasando por mi padre y hasta llegar a mí. Construir a partir de mis familiares y de mi biografía personajes que me permitan hacer un recorrido por todas las historias de *migrancia*, por todas las *extranjeridades*.

SINOPSIS

A un lado del océano, una madre con cáncer.

Al otro, una hija buscando su lugar, su identidad, su libertad imposible.

Madre mía es una autoficción sobre el dolor, sobre la pertenencia y sobre la familia. En esta novela, Florencia del Campo traza un recorrido descarnado y honesto a través de los elementos que delimitan las filias: la culpa, el amor, el reconocimiento, la obligación, la distancia, lo extranjero de nuestra propia condición familiar.

No hay pudor en esta historia, no hay respiro. La afilada voz literaria de la autora se mezcla en un arriesgado viaje con las múltiples voces de una conciencia sarcástica y necesaria y los diversos escenarios de las ciudades de acogida, y construye así un retrato implacable: por muy limpia que esté la herida, no se puede huir de la raíz.

MADRE MÍA

(fragmento de novela)

V

7 de octubre de 2012. Tía E.:

«Ayer no te conté porque era mucho, pero había hablado con tu mamá y me pidió, diciéndome que no la abandone en esto, que le consiga un médico que la pase para el otro mundo porque no aguanta más. No conozco a nadie, pero le dije que averiguaría. Mentira. Ni loca. Un día le dijo a S. que pensaba matarse con gas. [...] Estoy escuchando a Chávez, que ganó. Y tenía cáncer. Yo no creo que tu mamá se muera pronto.»

Diez días después: 17 de octubre de 2012. Cumpleaños de mi padre. Lo llamé desde París. Yo estaba sentada en un sillón naranja que se mecía. A mis espaldas quedaban el balcón y la lluvia. Siempre llueve sobre París, los balcones son un desperdicio, el sillón naranja se mecía. A mi izquierda, el baño y la cocina. A mi derecha había un francés. Me miró mientras duró la conversación y se fascinó de no comprender una sola palabra (*que aunque es palabra [...] un poco hay que adivinarlo*). Lo único que hice con él fue mirar cine, te hizo competencia, yo ya empezaba a reemplazarte. En París era de noche, en Argentina era de día. Era invierno en todas partes.

El sillón naranja se mecía. En esa ciudad estuve dispuesta a movimientos que no fueran avances. Sutiles salpicaduras de los dedos de mis pies contra el suelo, instante de aire y de nuevo suelo. Mecerse. Con mi padre no conversé nada narrable. El lenguaje también se mecía: palabra por la palabra, instante de silencio y de nuevo palabra. Instante de silencio. Y de nuevo suelo. Mecerse otra vez. A mi derecha, el francés que me miraba; a la izquierda, la casa nunca mía. A mis espaldas, era lluvia París en la ventana.

Cosas que hice en París: ir al Musée d'Orsay, ir al Louvre, ir al Palais de Tokyo, ir al Pompidou, ir a la Shakespeare and Company, ir a la Biblioteca Nacional. Al primero fui sola, al segundo fui con un chico cuyo nombre no recuerdo o tal vez nunca supe. Al Palais fui con mi amigo A. en varias ocasiones, una de ellas porque había una feria de editoriales independientes. Conseguí algunos catálogos y hablé con él de varios proyectos. Fuimos a tomar un café a una terraza de la zona y me dijo: «Es carísimo porque este barrio sería como el Recoleta de Buenos Aires». Al Pompidou fui con una de las peores resacas de mi vida y luego me volví con el italiano que se había encargado de emborracharme la noche anterior. En la librería me robé un libro de Paul Auster que más tarde le regalaría a R. en ese paréntesis que habíamos incrustado en nuestras vidas y que había hecho posible que él y yo nos conociéramos en Buenos Aires a pesar de no estar viviendo ninguno de los dos en esa nuestra ciudad natal. Pero a la Biblioteca Nacional fui todos los días a trabajar. Usaba para ello el carné del francés que me miraba mientras yo me mecía en el cine que era París en esa casa.

Después. La noche en que moriste en la cama ortopédica que se había ubicado en tu habitación, S. pidió comida por delivery: asado con papas fritas para mis dos hermanas y ella, empanadas para mí, que no quería comer carne.

¡Venga ya! ¿Vas a contar el festín que se montaron mientras yo agonizaba?

Tomamos cerveza.

Y sigue... Seguro que también fumaron.

Vos yacías sobre esa cama ortopédica de respaldo de metal enrejado, como una bolsa de agua. Tu cuerpo parecía una aguaviva, muerta, que fue arrastrada por la marea hasta la orilla. La mano izquierda se te caía, cada tanto te la acomodábamos sobre el pecho.

¿Como en el cuadro de El Greco que teníamos colgado en el comedor?

Tenías los dedos muy hinchados, daba impresión ver cómo la alianza de plata que llevaste siempre puesta te decoraba haciendo un torniquete.

Cuando vino la gente de Pami (la asistencia médica integral para jubilados) a retirar tu cuerpo, me pidieron que les prestara lavavajillas para quitarte el anillo. Fui a la cocina, lo agarré. Estaba junto a la pileta de lavar los platos, pertenecía a ese lado del mundo donde habían quedado las cosas simples después de aquella lámina de Madrid.

Anduve con el lavavajillas en la mano por el pasillo que conducía de la cocina a tu cuarto. En la entrada de tu dormitorio me esperaba el chico que me había hecho la petición, con la puerta entornada, para evitar que pudiera verte.

Pero espíe.

Te habían acostado sobre el suelo. Tenías una manta encima. Tomó el lavavajillas. Cerró la puerta tras de sí. Quedé mirando la puerta de madera. Ya no era metal. Una madera. Dividía. El mundo de las cosas simples y la gente viva. De un cuarto de muerte. El lavavajillas pasó. De una dimensión a otra. Puede ser que desde ese día. Yo haya empezado. A no estar. Del mismo lado. De la lámina. Que vos.

¿Cuál es tu dimensión ahora? Has dejado un hilo de baba invisible que contamina y contagia; babosa, tu arrastre es tu huella. Otra cosa era saltar tu marca. Pero ahora que ya se ha mezclado el dormitorio con la cocina, que se vive del mismo lado del que se comen los calamares, que comer los calamares es la vida misma y no hay más, no hay más menú que no sea así, ahora, ahora perdí de vista tu rastro para esquivarlo. Pero si te encuentro en una película me queda claro: no había lados, no había líneas. El tiempo fluía. El viento sonaba en la ventana que daba a un gran árbol, en el frente de nuestra, tu casa, que arrancaba las baldosas de la acera con su fuerza inevitable de raíz. La naturaleza y la vida hacían lo propio, siempre fue así. Y, en esos momentos, tal vez estuvimos en calma un rato, solo un rato, porque la vida en realidad está acá (imaginate mi mano acariciando una mesa), en esta superficie. Una no se sale de los bordes nunca, ni aunque le sucedan cosas expansivas. Algo esencial de lo que no se huye.

¿Tengo derecho a escribir esta historia?

Esta historia que se escribe, también, con la historia clínica que ya fue escrita.

Las historias de enfermedad siempre son un poco inventadas.

Hay un juego de ficción en la visita al médico y el relato que se le hace. Como si decir me duele acá pero ayer allá y hoy me encuentro un poco mejor pero ayer peor fuera azaroso, como si el lenguaje no alcanzara para narrar un cuerpo desbordado. En historias clínicas tan largas, en enfermedades tan mortales, es como si narrando nos calláramos, como si contar fuera tartamudear hasta la afonía.

¿O decir salva?

¡Pero qué digo! ¡Que me hunda lo que digo! Vos no ibas por el discurso, ibas de verdad con esperanzas, y a veces salías decepcionada.

Será porque vos eras la enferma, y no era tu tarea reflexionar sobre la palabra.

VI

19 de octubre de 2012. Marsella.

Fui hacia el sur, entre otras razones, para huir del frío y la lluvia. Resultó que había un temporal y el viento me rompió tres paraguas. Conocí a V. en esa ciudad. Me despertó dos sentimientos: el primero, que tal vez ya no quería moverme, que empezaba a desear una casa donde poder consumir películas y música sobre todo, y donde poder guardar mi ropa. Al ver a V. una tarde con una falda roja, parecida al atuendo de Caperucita, pensé que, probablemente, empezaba a necesitar eso: los pequeños símbolos que sobre un mueble o sobre el cuerpo, lo mismo da, hacen a una identidad o un lugar de pertenencia, y que sirven para salir a enfrentar la vida cotidiana, no el mundo. La vida cotidiana donde es necesario que el reflejo que nos devuelven las cosas no se cuestione. Un orden, cierta disciplina adquirida porque el caos ya fue recolectado.

El caos fue recolectado.

Esta idea del campamento base como sitio que necesito y anhelo al tiempo que le rehúyo y lo cancelo es la irresolución más actual de mi vida. Y, desde luego, la expresión de mi fase más neurótica.

El caos fue desparramado.

Segundo sentimiento: rechazo por un cierto modo de hablar muy precario que entretiene y distrae con latiguillos y demora la idea o la cuestión.

Rojo.

Ventajas de tener miopía: miré por la ventana. Pensé que era el atardecer pero era un edificio rojo que había enfrente.

No disponer de la vista.

Pasé todo el mes de octubre de 2012 en Francia. Conocí a F. gracias a A. Pude quedarme en casa de E., en París, una

temporada. Eso me alivió: París no es solo museos y cultura, cine y francés. También es lluvia, frío y vergüenza. Antes de F., pasé algunas tardes sentada en los lavaderos automáticos de ropa. Son locales sin empleados, funcionan con monedas. Al fondo estaban las lavadoras y a los costados, sillas para esperar a que acabara el lavado. Yo me sentaba a estar. Fue la época en la que conseguía camas donde pasar la noche pero no casas donde pasar la tarde. Si entraba alguien simulaba que esperaba. Que uno de los montones de ropa girando era mío. Afuera llovía todos los días y todos los días no podría haberme refugiado en un sitio que obligara a consumir. Fue la época en la que aún no había conseguido el carné para trabajar en la biblioteca. Una amiga de Buenos Aires me dijo que me imaginaba en los cafés parisinos escribiendo novelas: no, normalmente estoy en los lavaderos de ropa almorzando comida turca, le contesté en el email.

Me gustaba estar en casa de F. Hablaba muy poco y leía mucho, además creo que me admiraba. Me preguntaba por mi vida. Le regalé un libro sobre Portugal que luego he extrañado mucho y que en más de una ocasión me habría gustado consultar. Todas las veces fue un consuelo recordar que quien lo tenía ahora era F. y ninguna otra persona.

F. enfermó. No sabíamos lo que tenía. Creíamos que pasaría. Le compré manzanas.

Le pregunté cada día si estaba mejor y me dijo que sí. Pero un día vi que no se podía poner de pie para ir al baño.

No pasa nada, decía, que miráramos una película. Miramos varias.

Que leyéramos. Leímos horas las dos en la misma cama. Afuera llovía. Todo igual.

¿Nada, F.? ¿Segura?

Nada.

Pero no se podía poner de pie para ir al baño.

Fue a consultar a otro médico, uno de mucha confianza según su hermana.

Nada. No era nada. Esta pastilla cada ocho horas, tal dieta y este antifebril.

¿Nada?

Nada. Misma opinión que médico anterior: nada.

Pasaron días.

¿Seguro que estás mejor? Que sí, que sí, me respondió cada vez.

Que no pasaba nada.

Otra película, otro libro, la lluvia. París, nada.

F. a punto de morir. Yo viajando.

Siempre estás viajando mientras los demás se mueren.

La operaron de urgencia. La salvaron.

Cuando volví a verla, F. me dijo: «Es una experiencia interesante no poder disponer de tu cuerpo para nada».

Quedé tartamudeando de miedo.

Para nada.

La muerte de F. me habría parecido una de las cosas más injustas del mundo. No tenía ni treinta años. Yo tampoco, pero yo no estaba muriendo, viajaba.

Todo el tiempo, sin parar.

Presente. Llego a mi casa de Madrid. Hay una mujer, una especie de peluquera a domicilio, haciéndole el tinte a otra que vive conmigo. Recuerdo entonces cuando A. iba a tu casa a lavarte la cabeza. Era julio de 2012, estabas recién operada y la cicatriz te imprimía una vía de tren que te bordeaba las costillas derechas, yo llevaba siempre puesto un saco de lana que imitaba un patchwork, A. y vos me lo miraban y lo tocaban a ver cómo había sido tejido, todo tenía que ver con las manualidades o la estética, conversaciones de salón de belleza, la cosa simple. Las visitas de A. ese invierno por la tarde, junto con alguna que otra visita de

una enfermera por la mañana, pintaban una rutina mínima y necesaria para vos y para mí. Yo necesitaba que alguien te entretuviera, que las cosas pasaran también por otras personas. Luego, creo que era un viernes, salí al frío espantoso que hizo ese año para comprarte remedios en la farmacia que estaba al otro lado de la Plaza Irlanda. Mientras regresaba por encima de esas baldosas de la Avenida Gaona, toda mi vida pisadas, comprendí que ya no me hallaba, me sentí como un cuerpo evaporado; asumí que había cometido el acto de irme y que era irremediable aunque regresara.

No importa cuántas veces una se vaya, la que realmente cuenta es la primera.

Julio de 2013. Un año después del crudo invierno, de rayos de sol famélicos, de vías de piel, de cuerpos a vapor. Interés por la cuestión moral. Le consulté a mi amigo R. su opinión sobre si tenía que ir a verte o no antes de que murieras. Quería que me contestara desde un punto de vista que considerara, principalmente, los aspectos morales. Su respuesta fue contundente: adjetivó mi ausencia con el calificativo de «deliberada» y arriesgó que sin dudas me alejaría de mis hermanas; se refirió a mí como «nómada» y me dijo, incluyéndose, que ese tipo de personas «somos egoístas por necesidad»; consideró que era válido que yo defendiera mi independencia pero sospechó que podría sentirme muy mal a posteriori; me aconsejó que tomara la decisión que menos me lastimara aunque señaló que al tratarse de familia uno siempre sale raspado («hay que ver cuánto es lo menos posible», agregó); aseveró que la ética siempre está en nuestra vida privada, que eso es natural; me diferencié claramente algo: culpa de responsabilidad, dijo: «No eres culpable de nada [...] pero te sientes responsable por estar lejos». Agregó: «Yo te apoyo moralmente en todo lo que hagas. [...] Nunca te he querido más que ahora».

La pregunta que yo estaba haciendo era: ¿tenemos (hijos e hijas) la obligación (moral) de cuidar a nuestros padres cuando enferman o es algo que puede elegirse (según los sentimientos, la historia, las circunstancias...)?

Entonces comprendí que esta pregunta hecha por mí en ese momento no iba a poder desvincularse nunca de lo individual o de mi situación en concreto. Y más aún: que cualquiera fuera su respuesta, en realidad siempre iba a tener que ver un poco con los costes y las consecuencias.

Temí que no existiera una respuesta (porque tal vez siquiera una pregunta) capaz de despejar una situación puntual para hablar de esto.

Un mes después de la pregunta moral: 17 de agosto de 2013. Tomé un avión con destino a Buenos Aires que hizo escala en Múnich y en Frankfurt. Llegué el domingo 18 de agosto por la mañana. Por la tarde fui a verte, te encontré hecha una aguaviva. La alianza del dedo te hacía un torniquete. No me miraste ni me hablaste, ya no abrías los ojos, ya no estabas consciente. Te saludé y te dije que estaba, que había llegado. Nada. Silencio de marea muerta, madre mía, aguaviva, mamá muerta. Regresé a la casa de mi hermana M. para pasar la noche allí, al día siguiente iba a ser feriado y yo me ocuparía de cuidarte día y noche. Camino de tu casa a la de M. paseé por una feria que habían montado en Plaza Irlanda, el parque que estaba a medio camino entre una casa y la otra. Era de temática étnica, se podían probar comidas de diferentes países, también vendían souvenirs típicos o autóctonos. Me sentía en paz, liberada, con una decisión tomada, con algo haciéndose casi solo. De marea a estela. El lunes 19 fui por la mañana, te cuidé desde temprano, luego llegó S. y a la hora de la cena pedimos comida por delivery: asado, papas fritas y empanadas. Insólitamente hacía calor, sacamos la mesa al patio para cenar al aire libre, era un calor ficticio

en agosto, imposible, irreal. A las doce en punto, después de cenar, como si fuera un brindis, había que darte la medicina en boca con jeringa. Tenías problemas para tragar. Mi hermana M. y S. ya se habían ido. L. decidió ayudarme a darte los tres remedios. Inserté el primero. No te pasaba, tuvimos que masajearte la tráquea para que el líquido se deslizara, vos ya no podías hacer nada, L. intentaba levantarte un poco el torso para encontrarte una postura más erguida y que la verticalidad ayudara a que tragaras, yo masajear tu tráquea por momentos, eras muy pesada ese día, se nos hacía casi imposible moverte, no podíamos no darte la medicina para el dolor, habría sido terrible, sudamos, nos arremangamos, te empujamos desde la espalda y te tiramos de los brazos, pusimos almohadas detrás de tu cuerpo para sentarte, dimos vueltas a la manivela de la cama ortopédica muchas veces, comenzaste a hacer un ruido raro, a líquido en la garganta, temimos que no hubieras tragado nada, burbujearas dentro, a L. eso la angustiaba mucho porque tenía miedo de que sufieras dolores, yo empecé a pensar que ese sonido iba a tener que detenerse de algún modo, pasaron cerca de quince minutos, seguías haciendo el sonido cada vez más fuerte, nosotras estábamos agotadas, luchábamos con tu cuerpo, babosa, aguaviva, de pronto pensé en F., en la imposibilidad de disponer del cuerpo para nada, y comprendí perfectamente lo que estaba sucediendo. El ruido era ensordecedor. Visualicé, como en una fantasía, que solo iba a parar agujereándote la tráquea. Le clavé una mirada a mi hermana y le dije: llamá a una ambulancia, ¡ya!

Salió corriendo la de la habitación a buscar el teléfono. Yo fruncí los párpados y los labios y se me dibujaron tres asteriscos. Cuando volvió, me dijo que le habían contestado que enviarían una. Opinó que podían llegar a tardar más de una hora. La miré, ella me miró deseando que yo dijera algo,

pero no se atrevió a preguntarme nada. Flotaba una nube sin viento. De fondo, madre-trueno. La agarré de un brazo y le dije: esperemos afuera.



Jordi Nopca

Barcelona, 1983

Es escritor y periodista. Desde el año 2010 es redactor del diario *Ara* y coordinador del suplemento literario semanal *Ara Llegim*. Su última novela, *La teva ombra* (2019) –disponible en castellano en Destino con el título *En la sombra*– ha sido distinguida con el primer premio Proa, con una dotación económica de 40.000 euros. Anteriormente ha publicado el libro de relatos *Puja a casa*, traducido al castellano, neerlandés y próximamente al inglés y la novela *El talent* (2012). En 2013 recibió el Premio Memorial Pere Rodeja, otorgado por el Gremio de Libreros de Cataluña, por su labor en el campo de la divulgación literaria. Además de publicar regularmente en el diario *Ara*, ha escrito artículos también para *Time Out Barcelona*, *La Vanguardia*, *Avui*, *L’Avenç*, *F*, *Ínsula*, *Benzina* y *Mondosonoro*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé a escribir porque mis abuelos me compraron una pequeña libreta cuando tenía siete años. Los dibujos no eran suficientes para la historia que quería contar y, sin quererlo, empecé a complicarme la vida juntando letras y palabras.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Todo lo humano y buena parte del mundo animal. También la discontinuidad de la memoria. Añadiría, por último, la inestabilidad psicológica.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

J.D. Salinger, Mercè Rodoreda, Boris Vian, Franz Kafka, Samuel Beckett, Astrid Lindgren.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Todo lo que pueda resonar a las vanguardias de la primera mitad del siglo XX me interesa; también la exploración del inconsciente y el subconsciente, ya sea en prosa o en verso.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

Me conformo con esta época y con mi ciudad, Barcelona.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Acabo de publicar mi última novela, *La teva ombra*, y su traducción al castellano, *En la sombra*. Escribo con regularidad –aunque sin un método claro–, y tengo varios proyectos entre manos: me gustaría poder acabar la próxima novela a finales del 2020 para publicarla, con suerte, un año después, o quizá un poco más adelante.

SINOPSIS

En el verano de 2011, Pere, un joven de veinticinco años que vive en Barcelona con sus padres, se distrae escuchando música electrónica, trabajando en el proyecto de una página web de ocio y cultura y con los encuentros sexuales con Kate, una enigmática violinista inglesa. Pero no consigue sacarse de la cabeza a Laura, su exnovia. Mientras, su hermano mayor, Joan, maestro de primaria y lector voraz, lleva una vida secreta que lo afectará de lleno. Las vidas de los dos hermanos protagonistas transcurren en paralelo, a veces como dos ríos, a veces como dos coches en sentido contrario, y confluirán en varias ocasiones —y de manera inesperada— a lo largo de la novela.

Una ambiciosa novela sobre la identidad personal en nuestros días que combina de manera brillante el drama y la ironía.

EN LA SOMBRA

(fragmento de novela)

Laura pasó a recogerme en coche. Mis padres pensaron que había quedado con ese «grupo de amigos que también son compañeros de trabajo» —quizá era al revés, o ninguna de las dos cosas—: les conté que habíamos decidido vernos en un pueblo de la costa para cargar las pilas de cara al último empujón que tendríamos que dar en septiembre, antes de arrancar nuestra web. En lugar de eso, abrí la puerta de un Seat Ibiza rojo y me encontré con las piernas esbeltas de mi exnovia. Rápidamente desvié la mirada hacia su cara. Me estaba saludando con una sonrisa acogedora que no se desvaneció cuando me acerqué para darle dos besos.

—¿Cómo estás, demonio? —preguntó.

—Como una cabra.

—¿Y aparte de eso?

—Voy tirando y poco más.

Noté que llevaba un perfume distinto: la fragancia de un bosque tropical después de la lluvia. Esta complejidad denotaba aumento de poder adquisitivo. Cuando estábamos juntos, a Laura jamás se le habría ocurrido la opción de llevar *shorts*, ni siquiera en verano —era más de faldas y vestidos—; ese día, sin embargo, se había puesto unos, y le

quedaban muy bien: esta era la segunda diferencia respecto a la chica que conocía. Llevaba una camiseta negra, con el nombre de una marca estadounidense impreso en una manga. Debía de haberla estrenado hacía poco.

Durante el trayecto en coche apenas abrí la boca, paralizado por la crónica minuciosa de su aventura en Estados Unidos, que escuché con paciencia y envidia. Había ido para escribir un reportaje sobre la nueva escena literaria de Nueva York para el diario madrileño donde trabajaba. Pero había acabado encadenando una semana de trabajo con unas vacaciones que se habían alargado un mes.

—El primer día que me llamaste estaba a punto de entrevistar a una autora que acaba de publicar una novela sobre una familia que se gana la vida domando caimanes en un parque temático. Karen Russell. ¿Te suena?

—Ni remotamente.

Me dijo que había alquilado una furgoneta con un grupo de amigos sin precisar cómo se llamaban ni cuántos eran ni cómo los había conocido. Habían pasado por Atlantic City y por Washington, y cuando comprobaron que la capital del estado era una ciudad demasiado aburrida, subieron hasta Pittsburgh. Así acabaron cruzando Pensilvania hasta Ohio, y de allí siguieron hasta Indiana —me recomendó que si algún día iba por allí me pasase por Fort Wayne—; después de quedarse unos días en Chicago, en el norte de Illinois, subieron hasta Wisconsin. Desde allí saltaron a Minnesota para visitar Duluth, la ciudad donde nació Bob Dylan.

—Es pequeña pero tiene su rollo, sobre todo el frente marítimo.

Desde Minnesota cruzaron a Iowa, y en Misuri visitaron San Luis. Mientras cruzaban Kentucky coincidieron con un grupo de estudiantes argentinos que venían de Cleveland y que hicieron que les entrasen ganas de ir.

—Me habría quedado a vivir allí —me dijo—. Cleveland es una ciudad maravillosa.

Cruzamos Palamós en coche para llegar hasta la urbanización donde estaba la casa de los padres de Laura. Cuando vi la playa abarrotada de gente lamenté no haber llevado el bañador. Quizá el chapuzón habría ayudado a romper la distancia entre nosotros, pese a que no acababa de estar seguro de que fuese eso lo que necesitáramos.

La casa unifamiliar, herencia de la rama ampurdanesa de la familia de Laura, era tan acogedora y elegante como la recordaba. Poco después de sentarnos en el sofá de piel del comedor, me di cuenta de que la alfombra que tantas veces había acogido nuestros cuerpos ya no estaba. La chimenea me observaba con socarronería, comparándome con el resto de los amantes que debían de haberse tumbado en el mismo sitio que yo, recalentados por la temperatura hipnótica de las llamas. Me ausenté un momento para ir al baño, y de paso le eché un vistazo a la habitación de la tía abuela, que tantas veces habíamos profanado. Allí estaba aún la colcha antigua. Me habría tumbado un rato para comprobar que en el bordado seguía presente algún rastro del placer que habíamos vivido juntos, pero no me dejé vencer por la tentación.

En el salón, Laura me esperaba con un fajo de papeles sobre las piernas. Era su nueva novela, *Océano Atlántico*.

—No tiene nada que ver con lo que habías leído hasta ahora. Podríamos decir que he cambiado de estilo y de intereses.

—¿Qué quieres que haga con ella?

—Muy sencillo. Quiero que seas el primer lector del libro.

—¿Cómo?

—Yo tengo que vaciar la habitación. Ver qué parte de la ropa que tengo aquí me puedo llevar y escoger algunos libros y discos. Tengo para un buen rato.

—Ni que te marcharas para siempre.

—De eso ya hablaremos luego.

—Esas palabras han sonado fatal.

—Lee la novela, por favor.

Y dijo mi nombre.

Fue a través de la ficción como pude reconstruir la peripecia vital de Laura. En la primera parte del libro combinaba los meses de adaptación en el periódico de la protagonista, que se llamaba Sandra, con el recuerdo bilioso hacia mí. Me había bautizado con el nombre de Eduardo. Me situaba en un barrio acomodado madrileño, me dibujaba aún más alto y promiscuo. A la hora de imaginar el sexo con Kate, a quien se refería como Rachel, se quedaba corta. Hablaba de encuentros breves, lacónicos, en los que el personaje que me representaba era incapaz de alcanzar el orgasmo porque estaba lleno de remordimientos. «Era un ser reconcomido por un estruendoso sentimiento de culpa», escribía. Leí en diagonal los pasajes donde recordaba lo mal que lo había pasado después de enterarse de mis infidelidades constantes. Decía que el motivo principal por el que me había dejado no era que la hubiese engañado con otra, sino que conmigo se sentía estancada. «Eduardo es un charco de agua sucia»: con esta analogía tan poco pertinente definía a mi personaje.

La segunda parte se me hizo más difícil de leer. Un día cualquiera, después de salir de la redacción, Sandra iba a tomar una copa con Ignacio, uno de los subdirectores del periódico. El hombre, que rondaba los cuarenta, lograba llevársela a un hotelito del barrio de Malasaña. Poco después de enrollarse, todavía desnudos uno al lado del otro, él le informaba de que tenía que volver corriendo a casa, porque su hija padecía otitis y al día siguiente a primera hora de la mañana tenía que llevarla al médico.

Continuaron viéndose de manera furtiva durante unas cuantas semanas hasta la fiesta del décimo aniversario del periódico. Las sospechas de algunos compañeros de redacción quedaron confirmadas cuando los pillaron metiéndose mano, en la salida de la discoteca donde habían ido a parar, como si el mundo fuese a acabarse dos horas después. Sonaba un reguetón lúbrico de fondo que Laura consideraba necesario detallar: «Ah ah *whoa* dale mambo ah (entre tú y yo) / dale mambo (*daddy*) / son cosas que pasan en el barrio fino». Cuando terminé de leer este capítulo hice una pausa para ir al baño. De camino vi que en la mesa del comedor había un ejemplar de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger, una de las novelas que Joan me había recomendado mil veces que leyera y que aún tenía pendiente. Laura estaba en el piso de arriba, llenando las maletas con la parte de su pasado que no quería *dejar atrás* —ya comenzaba a expresarse como una de sus marionetas narrativas—. ¿Quizá se iba a vivir con el auténtico Ignacio, o había decidido cambiar de trabajo y de país, empezar de cero para huir de aquel segundo fracaso? Me habría encantado leer: «Ignacio también es un charco de agua sucia».

En el penúltimo capítulo, ella se iba a la cama con otro exnovio, pero de madrugada soñaba que este tal Marcos —un desliz circunstancial y prescindible— era un psicópata que la quería matar y huía de la habitación mientras él aún dormía. Pocas páginas después, Ignacio, que acababa de separarse de su mujer, se tomaba un año de excedencia en el trabajo y le proponía a Sandra instalarse juntos en Nueva York, donde seguirían haciendo colaboraciones para el periódico y para otros medios: un nuevo horizonte profesional se abría ante ellos. *Océano Atlántico* terminaba en el Empire State. En lo alto, con todo Manhattan desplegado a sus pies, Ignacio le pedía a la protagonista del libro que se casase con él, y recibía una respuesta afirmativa. *The end.*

Dado que ya estaba al corriente del último año de Laura, habría podido marcharme, pero esperé a que ella terminase de hacer las maletas. Me senté en el sofá, aturdido, con la mirada puesta en el lugar donde debería haber estado la alfombra, imaginando la posible flacidez corporal de un hombre que rondaba los cuarenta, hasta que ella me preguntó desde una distancia prudencial —por si acaso me tiraba encima de ella como una fiera resentida— si la novela me había gustado.

—Mira, no sabría decírtelo —solté, y enseguida maticé la postura—: No tengo la suficiente distancia con todo lo que cuentas. Y el Eduardo ese con el que me comparas me parece una caricatura grotesca de...

—Tú no tienes nada que ver con él.

—Ya. Y tú tampoco te vas a vivir a Nueva York, ¿verdad?

Esta réplica le dolió: Laura se mordió el labio y volvió a esconderse en la cocina. Fui detrás de ella, pero cuando volví a pasar por delante del libro de Salinger me detuve, hipnotizado por la cubierta. Antes me había parecido que debajo del nombre del autor y del título de la novela había alguna imagen. Ahora, esa fotografía o ilustración se había esfumado y solo quedaba una superficie de color carne que me daba la impresión de tener una textura blanda y tibia, aún viva. Laura asomó la cabeza y se quedó apoyada en el marco de la puerta, con medio cuerpo visible y el otro, fuera de mi campo visual. Puede que todavía tuviese alguna noticia más que darme. ¿Y si estaba embarazada? ¿Estaba planeando tener el bebé en Estados Unidos? ¿Americanizarlo desde el nacimiento, para que creciese fuerte, indestructible, siguiendo una dieta hiperproteica? Me hacía este tipo de preguntas estúpidas mientras la observaba.

—Llevo todo el día intentando pedirte perdón por haberme comportado contigo como un imbécil —murmuré—. Desde que te perdí, mi vida ha sido una puta mierda.

Laura me miraba como si se le acabase de clavar una piedra en el zapato.

—Eso es lo que quería decirte. Me equivoqué. Mucho. Entiendo que durante todo este último año no hayas querido saber nada de mí. Has sabido espabilarte y vuelves..., vuelves a tener pareja, o incluso marido, y me parece perfecto, pero no me hagas leer una maldita novela sobre lo bien que te va la vida. —Hice una pausa para tomar aire—. Es hora de que me vaya.

Me di la vuelta y salí del comedor, dando un sonoro portazo. A diferencia de lo que habría pasado en una telenovela, me encontré la verja del jardín cerrada con llave, y me quedé unos minutos en aquella tierra de nadie, rodeado de plantas que necesitaban atenciones inmediatas y mirando cómo pasaban los veleros y los glass boats llenos de turistas.

—Has cerrado con llave —tuve que decirle a Laura cuando apareció en el jardín con un cigarrillo colgando de los labios—. No sabía que fumaras.

—Solo cuando estoy muy nerviosa. Como ahora, ¿sabes?

Volvió a decir mi nombre y yo repliqué pronunciando el suyo en voz alta, como si fuese el eslogan de un partido político de extrema derecha:

—Laura.

—Qué quieres.

—¿Podrías abrirme la puerta del jardín? Quiero volver a Barcelona.

Mientras entraba en la casa a buscar las llaves, pensé en los cubitos de nieve carbónica de mi padre. Puede que mi cabeza aún no estuviese humeando, pero podía notar cómo se derretía, y no tenía nada que ver con el calor: hervía de vergüenza y de malestar y de asco y de resentimiento. Era puro dióxido de carbono.

—Quédate un rato. Ni siquiera hemos comido —dijo con la mirada clavada en las llaves, que sostenía en una mano, a modo de cuchara, como si pudiesen tener la tentación de huir—. No me gustaría que te marchases así.

—Hoy tenía que ser el mejor día de las vacaciones de mierda que estoy teniendo —mentí—. Hace tantos meses que tenía que haber hablado contigo que las palabras que pueda decirte ya no tienen ningún sentido.

Después de un breve silencio en el que le pedí un cigarrillo con un gesto y ella no solo me lo dio, sino que me lo encendió con un Zippo dorado, contradije mis últimas palabras arrancando un discurso inacabable, estructurado a partir del lamento. Hablé de la soledad que me había autoimpuesto desde el final de nuestra relación, del distanciamiento de mis amigos, de la mierda de proyecto de la web, e incluso dediqué unos segundos a la lesión a causa de la caída ridícula en la bañera. Ni Kate ni Holly ni los gusanos hicieron acto de presencia: aunque estaba desesperado, era consciente de que no debía decir nada de todo lo que *no existía*.

Después del monólogo me senté en una de las sillas sucias del jardín. Estaba demasiado exhausto para volver a Barcelona en un autobús con olor a *after sun*, agua salada, sudor agrio y efluvios de Paellador, por lo que acepté la invitación de Laura para ir a comer al puerto.

Sentados alrededor de una mesa minúscula, esperamos a que llegase el arroz con almejas, mejillones y rape mientras bebíamos vino blanco. Ambos estábamos decididos a emborracharnos para convertir las frases que salían entrecortadas de nuestro interior en una conversación mínimamente fluida. Cuando llegó la comida solo nos quedaba un cuarto de botella. Las almejas estaban deliciosas, y el sofrito —salado, consistente— ayudaba a devorar el arroz con mayor avidez, dijo Laura, antes de quejarse de que había pocos mejillo-

nes. Después de aquel comentario me imaginé a Ignacio, un hombre de mundo que debía de tener opiniones expertas acerca de cualquier plato que hubiese comido como mínimo una vez. Estaba tan perjudicado por la segunda botella de vino blanco que se me ocurrió un estómago hinchado que emitía veredictos abruptos abriendo y cerrando el cardias. Aseguraba que era una víscera con una larga experiencia, y a continuación proclamaba:

—El gusto debe ser radical.

El estómago habría continuado con el discurso de no ser porque Laura me devolvió a la realidad repitiendo mi nombre unas cuantas veces.

—¡Te estabas durmiendo! De repente has cerrado los ojos y ya no los has vuelto a abrir.

—La culpa es del sol —improvisé.

Poco después de liquidar la paella, Laura se levantó para ir al baño. Cuando me quedé solo me bebí el vino de la copa de un trago y la rellené.

—Me dijisteis que Laura contestaría al teléfono y teníais razón —dije, con la mirada fija en el cielo. La luz del sol era tan intensa que los ojos me hacían chiribitas, un poco más tostadas que los gusanos de nuestra cocina, pero perfectamente aptas para mantener un breve diálogo de tipo filosófico—. ¿Qué debo hacer ahora? ¿No queréis darme algún consejo para arreglar un poco este desastre?

Me concentré tanto como me fue posible para recibir el mensaje, pero no llegó.

—Más que reencontrarnos, parece que cada uno haya asistido al funeral del otro.

De soslayo vi que Laura se acercaba.

—¿Estabas hablando solo?

—Para nada —expliqué—. Tenía una conversación muy interesante.

—¿Te... encuentras bien?

—Olvídalo. No tiene importancia.

Con los ojos cerrados y los gusanos solares bailando bajo los párpados me lancé a una nueva lamentación sobre mi presente. Laura aguantó con estoicismo. Llegué al final del discursito cansado de mí mismo.

—Si tuviese valor, yo también me iría a Nueva York. Buscaría trabajo en un supermercado o en un bar y me dedicaría a pasear por la ciudad en mis ratos libres. Incluso podríamos quedar algún día, ¿no? Iríamos a comer una hamburguesa con patatas fritas. Me permitiría el uso indiscriminado de salsa picante.

—Un día podría llevarte a Chinatown. Creo que te gustaría. ¡Tienen platos rarísimos! Cangrejos que se comen enteros: con concha y todo, quiero decir. Sopa de nido de pájaro. Gelatina de tortuga... Hasta cocinan las medusas.

Más tarde, cuando volvíamos a Barcelona, me dediqué a imaginar la posibilidad de que Laura y yo nos convirtiéramos en amantes. Ella engañaría a Ignacio diciéndole que iba a clases de yoga, pero vendría a verme a la habitación ridícula de Harlem que yo habría alquilado, y después de unos cuantos encuentros breves y silenciosos, parecidos a los de la novela, nos dejaríamos llevar y probaríamos cosas nuevas, que en realidad no eran más que variaciones de lo que ya había puesto en práctica con Kate y Holly.

Todavía en el restaurante, en pleno delirio sobre una posible —e improbable— nueva etapa vital, me aproximé a Laura, decidido a darle un beso, pero ella me detuvo poniéndome un dedo en los labios. Cuando recuerdo la escena, la veo pronunciando a cámara lenta las mismas palabras que aquel primer gusano que levantó la cabeza cuando estaba a punto de aplastarlo con un trozo de papel de cocina.

Me había mirado fijamente antes de decir:
—No lo hagas.



**10
OF
30**

**New Spanish
Narrative
2020**



Date

June 2020

NIPO online

109-20-035-0

General Publications Catalogue

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Coordination

Directorate of Cultural and Scientific Relations

© From this edition: Spanish Agency for International Development Cooperation

© From the texts: their authors

© From the images: their owners

© From the photograph of Irene Vallejo, Santiago Basallo

© From the photograph of Aixa de la Cruz, Iván Repila

© From the photograph of Álex Chico, Javiera Gaete Fontirroig

© From the photograph of Juan Gómez Bárcena, Isabel Wagemann

© From the photograph of Jordi Nopca, Manolo García

© From the photograph of Florencia del Campo, Carol Caicedo

Translation

Katie Whittemore, except *The Dinner Guest* by Gabriela Ybarra, translated by Natasha Wimmer and published by Harvill Secker (2018)

Original design and layout

Lara Lanceta

© AECID, 2020

Spanish Agency for International Development Cooperation

Av. Reyes Católicos, 4

28040 Madrid, España

Tel. +34 91 583 81 00

www.aecid.es

10
OF
30

New Spanish
Narrative
2020

10 of 30 is a project sponsored by the Office of Cultural and Scientific Relations at the Spanish Agency for International Development Cooperation (AECID). The project aims to bring international exposure to Spanish writers between the ages of 30 and 40, a period when a writer's work often shows early maturity. Spanish readers have recognized the talent of these authors, and the quality of their work invites support for their translation into other languages.

The first edition of **10 of 30: New Spanish Narrative** was distributed in 2019. An additional ten authors have been selected for 2020, and the project will culminate in 2021 with a third edition: thirty writers, representative of their generation, who will form part of the programming Spain will bring to Frankfurt 2022 as the Guest of Honor. The three editions of **10 of 30** represent a key initiative whose purpose is to raise awareness about these young writers, and reach foreign editors who will have the opportunity to read their early work.

This year, the Office of Cultural and Scientific Relations brought together a jury of five authors: José Ovejero, Clara Obligado, Nuria Barrios, Marcos Giralt Torrente, and Javier Serena. The writers selected for 2020 are: Irene Vallejo, Florencia del Campo, Sabina Urraca, Álex Chico,

Juan Gómez Bárcena, Aixa de la Cruz, Cristian Crusat, Jordi Nopca, Katixa Agirre, and Gabriela Ybarra. Each have published at least one book of prose and were born between 1979-1988.

10 of 30: New Spanish Narrative includes an excerpt from each author's work, as well as a short interview, biography, and overview of their literary career. The publication of the excerpts in both English and Spanish was conceived as a means for sharing the writers' work: foreign literary agents and editors will receive a copy of this book via various Spanish cultural institutions and other public organizations abroad, as well as information about financial support available for translations.

Additionally, the ten writers selected for **10 of 30** will participate in literary activities and give workshops in AECID's cultural centers in Latin America, with the aim of facilitating knowledge and relationships among writers working in the same language from other countries in the Americas.

AECID looks forward to presenting these writers as part of Spain's participation as Guest of Honor at Frankfurt 2021. We believe **10 of 30** will prove to represent some of the most interesting voices to emerge in our country in recent years, and whose books merit reading in other languages as well.

Miguel Albero Suárez



**Irene
Vallejo**

Pg. 8



**Cristian
Crusat**

Pg. 22



**Gabriela
Ybarra**

Pg. 34



**Sabina
Urraca**

Pg. 48



**Juan Gómez
Bárcena**

Pg. 64



**Aixa
de la Cruz**

Pg. 80



**Álex
Chico**

Pg. 92



**Katixa
Agirre**

Pg. 104



**Florencia
del Campo**

Pg. 118



**Jordi
Nopca**

Pg. 132



Irene Vallejo

Zaragoza, 1979

One night, from the edge of my bed, my father told me about Ulysses meeting the Sirens, and that's where it all began. Drawn to the luminous Mediterranean world since childhood, I had the eccentric idea of studying Classical Languages. I earned my European Doctorate in 2007 from the Universities of Zaragoza and Florence, where I lived for a time caressing ancient manuscripts and perusing libraries hundreds of years old. That was the beginning of *El infinito en un junco / Infinite in a reed* (Siruela 2019), a literary essay that has received an unimaginable and warm reception from readers and critics, reaching twelve editions. The book won 'El Ojo Crítico' Prize for Narrative and the 'Las librerías recomiendan' Award, and has been sold to thirty countries, where it will soon be published. I'm a regular columnist for *El País* and *Heraldo de Aragón*, and some of my articles have appeared in foreign media such as *El Corriere della Sera*. Those press articles have been collected in *El pasado que te espera* (Anorak 2010), *Alguien habló de nosotros* (Contraseña 2017) and *El futuro recordado* (Contraseña 2020) and feature a hybrid of journalism, fiction, and philosophy. I have written two novels: *La luz sepultada* (Paréntesis 2011) and *El silbido del arquero* (Contraseña 2015). I work with the *Believe in art* project, which introduces art and literature in childrens' hospitals through murals, activities, and storytellers. I have also embarked on two children's books: *El inventor de viajes* (2014) and *La leyenda de las mareas mansas* (2015). Today, seated at the edge of another small bed, I tell mythical stories to a little child. And there, once again, is where it all begins.

When and why did you start writing?

My grandmother used to say to me: “Study, child, because you’re no good for anything else.” She was right, I write because I’m worse at everything else and nothing makes me as happy. The poison of words invaded me early on. My family still remembers that, as a child, I always begged the adults to “tell me a story.” Insatiable, I started to make up my own stories joyfully, instinctively, like just another game. Whenever I read a book, I didn’t dream of being the heroine: I wanted to be the author.

What themes are you concerned with?

I’m interested in the fears that bind us from inside ourselves, strangeness, loneliness, shock, the ancient, symbolic worlds that illuminate our present, foreignness and emigration in all their literary and symbolic senses.

Who are some of your favorite writers and influences?

My nightstand—perpetually under siege by stocks of books—is promiscuous, it blushes and transforms often. My most lasting loyalty has been to my Latin classics: Homer, Sappho, Herodotus, Euripides, Tucidides, Virgil, Ovid, Tacitus, Luciano. And Montaigne and Sterne.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

I’m interested in the freedom that the essay genre is finding to embrace all registers, through new ways of dialoguing with the past. I’m fascinated by borderline genres, texts that resist classification, migrant voices.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

I wouldn’t want to have been born at any point before anesthesia was invented. Given the challenges and the oblivion suffered by female writers for all of memory, I choose here and now. The books I write are children of this era, and to a certain point, antidotes to it.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I’m researching my next two books, an essay and a novel. Both take on, with different approaches and language, the same problems: memory, the personal experience during great historical change.

SYNOPSIS

This is a book about the history of books. A voyage through the life of this fascinating artifact invented so that words could travel in space and time. The story of how they were made, of all the types we have tested over the course of almost thirty centuries: books of smoke, stone, clay, reeds, silk, leather, trees, and the newest arrivals, plastic and light.

It is, moreover, a book of journeys. A route with stops at the battlefields of Alexander the Great and the Villa de los Papiros beneath the eruptions of Mount Vesuvius, at Cleopatra's palaces and the scene of Hypathia's crime, in the first known bookstores and the workshops of manuscript copyists, in the bonfires where forbidden codices burned, in the gulag, the library of Sarajevo and the underground maze in Oxford in the year 2000. A thread that ties the classics to the dizzying present, connecting them with current debate: Aristophanes and the trials against humorists, Sappho and the literary voice of women, Tito Livio and the fan phenomenon, Seneca and post-truth.

But above all, this is a marvelous, collective adventure starring thousands who, over the course of time, have made books possible, and protected them: oral narrators, scribes, illuminators, translators, traveling vendors, teachers, wisemen, spies, rebels, nuns, slaves, explorers. Readers in mountainous landscapes and beside the roaring sea, in the capitals where energy is concentrated and the furthest reaches where knowledge finds refuge in chaotic times. Regular people whose names seldom appear in history, those saviors of books are the real protagonists of this essay.

Excerpt from
EL INFINITO EN UN JUNCO /
INFINITY IN A REED

Mysterious groups of men rove the roads of Greece. The peasants watch them with mistrust from their fields or the entrances to their huts. Experience has taught them that only dangerous people travel: soldiers, mercenaries, slave traders. They frown and mutter until they see them sink back down over the horizon. They do not like armed strangers.

The men on horseback ride on, taking no notice of the villagers. For months they have climbed mountains, crossed ravines, passed through valleys, forded rivers, sailed from island to island. To complete their task, they must venture through the violent territories of a world almost perpetually at war. They are hunters in search of a very special kind of prey. Silent, cunning prey that leaves neither trace nor trail.

If these unsettling emissaries were to sit down in some port tavern to eat grilled octopus, talk, and get drunk with strangers (which they never do for the sake of prudence), they could tell great tales of travel. They have gone deep into lands wracked with the plague. They have passed through regions devastated by fire, they have witnessed the hot ash of destruction. They have had to drink filthy water that gave them monstrous diarrhea. Whenever it rains, the carts and mules get stuck in the puddles;

amid shouts and curses they have pulled them until they fell to their knees and kissed the mud. When night catches them far from shelter, only their capes protect them from the scorpions. They know the maddening storm of lice and the constant fear of highwaymen infesting the roads. Many times, while riding through immense solitude, their blood has run cold imagining a group of bandits awaiting them, holding their breath, hidden around some bend in the road, ready to fall upon them and murder them in cold blood, steal their bags and abandon their still-warm bodies in the brush.

It's logical for them to be afraid. The king of Egypt entrusted them with great sums of money before sending them across the sea to carry out his orders. In that time, just a few decades after Alexander's death, to travel with a large fortune was very risky, almost suicidal. And although thieves, contagious diseases, and shipwrecks threaten to make such an expensive mission fail, the pharaoh insists on sending his agents out from the land of the Nile in all directions, to cross borders and travel great distances. He passionately desires—impatiently and with a painful thirst for possession—the prey his secret hunters track for him, confronting unknown dangers.

The peasants that sit and gossip at the door to their huts, the mercenaries and bandits, would have opened their eyes wide in shock and their mouths agape with incredulity had they known what the foreign riders were pursuing.

Books. They were searching for books.

It was the best kept secret of the Egyptian court. The Lord of the Two Lands, one of the world's most powerful men at the time, would sacrifice life itself (other peoples' lives, naturally; it is always like that with kings) to acquire all the world's books for his Great Library of Alexandria. He was chasing the dream of an absolute and perfect library, the collection that would bring together all the works of all writers since the beginning of time.

I'm always scared of writing the first lines, of crossing the threshold of a new book. When I have been through all the libraries, when my notebooks are bursting with feverish notes, when I'm out of reasonable—or even crazy—excuses to justify waiting, I'll procrastinate a few days, during which time I realize what it means to be a coward. To put it simply, I don't feel capable. Everything should be there—the tone, the sense of humor, the poetry, the rhythm, the promises. The still unwritten chapters should already be perceptible, fighting to be born in the seedbeds of the words chosen to begin. But, how to go about it? I'm burdened by doubt. With each new book, I go back to square one with the same racing heart just as with all the other first times. To write is the attempt to discover what we would write if we wrote. That's how Marguerite Duras puts it, moving from the infinitive to the conditional and then to the subjunctive, as if she felt the ground cracking open under her feet. In the end, it isn't that different from all the other things we start doing before we know how to do them: speak a foreign language, drive, be a mother. Live.

After all the agony of doubt, after running out of postponements and alibis, I face the solitude of a blank page one hot July afternoon. I've decided to open my text with the image of mysterious hunters stalking their prey. I identify with them, I like their patience, their stoicism, their futile efforts, the slowness and the rush of the search. For years I have worked as a researcher, consulting sources, documenting evidence and trying to learn the historical material. But when the moment of truth arrives, the real, documented history I have discovered seems so astonishing that it invades my dreams and takes on, without me wanting it to, the shape of a story. I feel the urge to be inside the skin of the book hunters on the roads of a violent, convulsive, ancient Europe. And what if I start by telling of their journey? It could work, but how to keep the underlying skeleton of the facts distinct from the muscle and blood of the imagination?

I believe this starting point is just as fantastic a journey as the search for King Solomon's Mines or the Lost Ark. And yet, documents offer proof that all of this really existed in the megalomaniac mind of Egyptian kings. Perhaps back in the third century B.C.E., was the one and only occasion that the dream of gathering all the world's books—without exception—into a universal library could be realized. Today, it seems like the plot of a fascinating, abstract Borges story—or perhaps his insatiable erotic fantasy.

At the time of the great Alexandrian project, there was no such thing as the international book trade. Books could be bought in cities with a long cultural history, but not in young Alexandria. Sources tell us that the kings used the enormous advantage of absolute power to enrich their collection. What could not be bought was confiscated. If a few throats had to be slit or crops trampled in order to obtain a coveted book, they would give the order to do so, telling themselves that Egypt's splendor was far more important than trifling scruples.

Deceit, naturally, was part of their repertoire. Ptolemy III coveted the official versions of the works of Aeschylus, Sophocles, and Euripides that had been preserved in the archives in Athens since their premiere in the theater festivals. The pharaoh's emissaries requested to borrow the valuable papyrus scrolls to commission copies from their meticulous scribes. The Athenian city fathers demanded the exorbitant sum of fifteen silver talents as collateral, the equivalent of millions of dollars today. The Egyptians paid, expressed their gratitude with pompous bows; swore solemnly to return the loan before, say, twelve moons had passed; threatened themselves with curses if the books were not returned in perfect condition; and then, of course, kept the books and forfeited their deposit. The Athenian city fathers had no choice but to accept the affront. The once-proud capital of Pericles's day had become a provincial city in

a kingdom unable to compete with the power of Egypt, which dominated the grain trade, the petroleum of the time.

Alexandria was Egypt's principal port and new hub. Economic powers of such magnitude have never had trouble flouting the rules. Every single ship—regardless of where it sailed from—that docked at the city of the library was forced to submit to an immediate search. Customs officials confiscated any writing found on board, made copies on new papyrus sheets, returned the copies and kept the originals. These pillaged books wound up on the Library shelves with a brief note stating their origin (“ship’s inventory”).

When you are on top of the world, you can never ask too much. It was said that Ptolemy II sent messengers to the sovereigns and governors of every country on Earth. By sealed letter, he would ask them to take the trouble to send him, quite simply, everything for his collection: the works of their kingdom's poets and prose writers, orators and philosophers, physicians and oracles, historians and all the rest.

In addition—and this was my opening into this story—the kings sent emissaries to roam the dangerous roads and seas the known world over, with full purses and orders to purchase as many books as possible, and to locate the oldest copies, wherever they might be found. This hunger for books, and the price they were willing to pay for them, attracted rogues and forgers. They offered counterfeit scrolls of valuable texts, aging the papyrus, combining several works to pad the size of the scroll, and devising all sorts of clever manipulations. One sage with a sense of humor amused himself by coming up with phony texts, authentic fabrications designed to entice the Ptolemys in their greed. The titles were amusing, easily marketable today; for example: “What Thucydides Didn't Say.” If we were to substitute the names Kafka or Joyce for Thucydides, we might imagine the excitement this swindler would cause when he

appeared at the Library with the writer's fake memoirs and undisclosed secrets under his arm.

In spite of their caution against being duped, the Library's purchasers feared rejecting a book that might turn out to be valuable, risking the pharaoh's fury in doing so. The king often inspected his collection of scrolls, as proudly as if he were overseeing a military parade. He asked Demetrius of Phalerum, charged with organizing the books in the Library, how many texts they possessed at the time. Demetrius reported the number at present: "There are now more than twenty tens of thousands, oh King; and I shall endeavour to acquire forthwith what remains in order to complete five hundred thousand." The desire for books unleashed in Alexandria was beginning to manifest as an outbreak of impassioned insanity.

I was born in a country and a time when books are easily obtained. In my house, they surface all over the place. During intense periods of work, when I request dozens of them from the various libraries that tolerate my forays, I tend to let them stack into towers on chairs or even the floor. Open upside down, too, like pitched roofs in need of a house to shelter. Now, in order to prevent my two-year-old son from crumpling the pages, I pile them up on the back of the couch, and when I sit to relax, their corners poke the nape of my neck. Considering the price of rent where I live, it turns out my books are rather costly tenants. But I believe that all of them—from the enormous photography books to those old glue-bound paperbacks that invariably close up like mussel shells—make my home a cozier place.

The tale of the efforts, journeys, and hardships faced to fill the shelves of Alexandria's library could appear to be compelling simply for its exoticism. They are strange events—adventures, like the fantastic voyages to the Indies in search of spices. Books are so commonplace nowadays, stripped of an aura of technological innovation, that prophets predicting

their disappearance abound. Every once in a while, I read with dismay newspaper articles that proclaim that extinction is nigh for books, replaced by electronic devices, defeated by the huge range of leisure opportunities. The worst harbingers claim that we are on the edge of the end of an era, a veritable apocalypse of closed bookstores and empty libraries. They seem to insinuate that books are on the verge of turning into exhibits in museums of ethnology, alongside arrowheads from prehistoric spears. With these ideas rooted in my imagination, I look over my own unending rows of books and lines of vinyl records, wondering if a cherished old world is about to disappear.

Are we sure?

The book has withstood the test of time, proven it can go the distance. Every time we have woken from our dreams of revolution or the nightmares of our human catastrophes, books have still remained. As Umberto Eco said, the book belongs in the same category as the spoon, the hammer, the wheel, and scissors. Once invented, nothing could do better.

Of course, technology is dazzling and strong enough to overthrow ancient monarchies. And yet, we all yearn for things we have lost—photographs, files, old jobs, memories—for the speed with which they age and become obsolete. First went the songs from our cassette tapes, then the movies we recorded on VHS. We make sometimes frustrating efforts to collect what technology insists in putting out of style. When the DVD came on the scene, we told ourselves that our filing problems were solved for good, but they came back with new, even smaller disks, which invariably required us to purchase new devices. What is strange is that we can still read a manuscript that was painstakingly copied over ten centuries ago, but we can no longer watch a videotape or use a floppy disk from only a few years ago. Unless we keep all of our old computers and playing devices, like a museum of expiration, in our storage rooms.

We mustn't forget that for many centuries the book has been our ally in a war that doesn't appear in history books. The fight to preserve our valuable creations. Words, which are hardly a puff of air. The fictions we create to make sense of chaos and survive within it. Knowledge—true, false, always provisional—that we scratch into the hard stone of our ignorance.

That's why I decided to submerge myself in this exploration. In the beginning, there were questions, swarms of them: When did the birth of the book take place? What's the secret history of the attempts to reproduce or annihilate them? What was lost along the way? What was saved? Why have some of them become classics? How many casualties have resulted from the teeth of time, the nails of fire, the poison of water? Which books were burned in fury, which most passionately copied? Were they the same?

This story is an attempt to carry on the adventure of those book hunters. I would like to be, somehow, their unlikely travel companion, on the trail of lost manuscripts, unknown histories, and voices on the verge of being silenced. Perhaps those groups of explorers were nothing more than henchmen in the service of kings possessed by megalomaniacal obsession. Perhaps they didn't understand the transcendence of their task, which seemed absurd to them, and during the nights under the open sky, when they smothered the coals from their campfire, they muttered through gritted teeth that they were tired of risking their lives for a madman's dream. Surely, they would've preferred to be sent on a mission with more possibilities for advancement, such as stamping out a rebellion in the Nubian deserts or inspecting the cargo of barges on the Nile. But I suspect that in searching for traces of all books as if they were pieces of scattered treasure, they were laying—without knowing it—the foundation of our world.

You, reader, lived for a time in an oral world. From your earliest babbling until you learned to read, words only existed through the voice. You found the mute sketches of letters everywhere, but they were meaningless. Adults controlled the world, they could read and write. You didn't quite understand what this was nor did it matter much to you because speaking was enough. The first stories in your life entered through the shells of your ears, your eyes didn't know how to listen yet. Then came school: straight lines, circles, letters, syllables. The same step humanity took from orality to writing occurred—on a small scale—within you.

My mother sat on the edge of my bed and read to me every night. She was the rhapsodist, and I the rapt audience. The time, the place, the gestures and silences were always the same: our personal liturgy. As her eyes sought the passage she'd left off from the night before and went back a few sentences to take up the thread of the story, the soft breeze of the tale carried away all the day's worries and intuited fears of the night. Our reading time seemed like a small, temporary paradise to me. Later, I've come to realize that all paradises are like that, humble and transitory.

Her voice, I listened to her voice and to the sounds of the story that she brought to life in my imagination: the splash of water against a ship's hull, the soft crunch of snow, the clang of two swords, the whistle of an arrow, mysterious footsteps, a wolf's howl, whispers behind a closed door. We felt very close, my mother and I, closer than ever but split between two parallel dimensions, outside and in, with the clock ticking in my bedroom for half an hour and whole years passing in the story, alone and surrounded by many people at the same time, the characters' friends and spies.

Back then, I lost my baby teeth one by one. My favorite thing to do while she told me a story was to wiggle a loose tooth with my finger, to feel it coming away from its root, dance ever more freely, and when it finally came out with a few salty traces of blood, lay it in my hand to observe it; my childhood was breaking, it left holes in my body and white shards along the way, the time for listening to stories would soon end, although I didn't know it then.

And when we arrived at an especially exciting part—a chase, the murderer close by, the mark of betrayal—my mother would clear her throat, faking a tickle, and cough, the agreed-upon signal for the first interruption. I can't read anymore. Then it was my turn to beg and plead: no, no, don't stop here, read a little more. I'm tired. Please, please. We acted out our little routine and then she would continue. I knew she was teasing me, of course, but it always scared me. In the end, one of the pauses would be real, and she would close the book, give me a kiss, leave me alone in the dark and enter into the secret life the grown-ups lived at night, passionate, mysterious, longed for, that foreign land where children were forbidden. The closed book would remain on the nightstand, stubbornly quiet. I was banished from the camps in the Yukon, the banks of the Mississippi, the Château d'If, Admiral Benbow's Inn, the Mountain of Souls, the Misiones jungles, Lake Maracaibo, Benia Kirk's Odessa neighborhood, Ventimiglia, Nevsky Prospect Avenue, Sancho Panza's la Ínsula Barataria, Shelob's lair, the Baskerville moor, Nizhny Novgorod, the Castle of No-Return, Sherwood Forest, Frankenstein's fearsome Ingolstadt laboratory, Cosimo's arboreal kingdom, the planet of the baobabs, the mysterious home of Yvonne de Galais, Fagin's Lair, the island of Ithaca. It was no use opening the book, I only saw lines of insect legs that refused to speak a single word. Without my mother's voice, the magic didn't become real. Yes,

reading was a spell that made those strange black insects on the page speak from the books that, back then, I thought looked like giant paper ant colonies.



Cristian Crusat

Marbella, 1983

Cristian Crusat (1983) is the author of the short story collections *Solitario empeño* (Pre-Textos, 2015), *Breve teoría del viaje y el desierto* (Pre-Textos, 2011), *Tranquilos en tiempo de guerra* (Pre-Textos, 2010) y *Estatuas* (Pre-Textos, 2006). He's also written the essays *Vidas de vidas* (Páginas de Espuma, 2015) and *Sujeto elíptico* (Pre-Textos, 2019), which won the Premio Tigre Juan 2019, a book that crosses borders of geography and genre, blending fiction, essay, and travel writing in an exploration of the universe of Berber culture. Crusat's work was recognized with the 2013 European Union Prize for Literature and had been anthologized in volumes such as *Cuento Español actual: 1992-2012* (Cátedra, 2014). He has been translated into English, French, Italian, Dutch, Bulgarian, Macedonian, Turkish, Albanese, Hebrew, and Croatian. Crusat translated and edited the volume of articles and critical essays by Marcel Schwob, and has published articles, reviews, and translations in journals such as *Hispanic Research Journal*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Das Magazin*, and *Punto de partida*. Crusat earned his Doctorate in Humanities from the University of Amsterdam with a thesis in Comparative Literature. He has taught and conducted research at universities in Spain, France, the Netherlands, Morocco, and the United States. *Europa Automatiek* (2019) is his most recent book.

When and why did you start writing?

The truth is, a maniacal inertia compels me daily to continue something I started so long ago. As Georges Perec once said, the question is no longer “Why do I write?” but “Where was I? What was next?”

What themes are you concerned with?

Rootlessness, unease within the culture of globalization, foreignness, moves and trips, the narrow passage between the quotidien and the mythic, beaches, empty swimming pools.

Who are some of your favorite writers and influences?

Vila-Matas, Bolaño, Diógenes Laercio, Loriga, Baudelaire, De Quincey, Sebald, David Foster Wallace, Schwob, Tabucchi, Ford, Kiš, Ribeyro, and DeLillo.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

Among contemporary sensibilities, I'm drawn to those that approach rooted in an intimate rootlessness (Sergio Chejfec, Aleksandar Hemon, Jhumpa Lahiri, Francesc Serés, Dubravka Ugrešić, Teju Cole, Sherman Alexie), tell stories about collisions between history and individual memory (Stefan Hertmans, J. G. Ballard, J. M. Coetzee), reveal the other side of private masks (Peter Stamm), widen the battlefield of biography (Pierre Michon, Pascal Quignard), or conceive of their texts as an exploration writing and the challenges of articulating a world (Marcelo Cohen). These trends are also present in the work of some poets I consider fundamental in recent decades (Tomas Tranströmer, Tomás Segovia) and essayists that fluently incorporate thought into narrative (Eliot Weinberger, Ramón Andrés, Pietro Citati).

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

Grasmere in 1810. Paris in 1896. Mexico City in 1909.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I have an essay coming out this year. It's a dialect of allusions centered on W. G. Sebald's work, European nostalgia, the silence of Dutch suburbs, the Holocaust according to Larry David, and the basic principles of an ethic of the miniature.

SYNOPSIS

Amsterdam, the end of 2011. The aftershocks of the 2008 economic collapse are shaking Spain. Young people have been stripped of old ideas of the future and are subjected to new kinds of precariousness. Many leave for other countries in search of the dreams promised by the European ideal. Among them, a translator from Almería on the cusp of turning thirty. Seated in an armchair in his rented apartment in the center of Amsterdam, he follows Kim Jong-il's funeral on TV and plays episode after episode of *The Sopranos*. He's been wandering through different European countries for a few years, getting Masters degrees, forming part of the eternal lumpen-professorate; he came to Holland to teach Spanish in a local school. He earns little money, barely speaks Dutch, and is overqualified. He isolates himself, clings to his job, walks around the city. He is incapable of imagining his future and has lost his sense of belonging, of intimacy, of what home could be. But one morning, he will receive an unexpected visit that will unleash a crucial change in his life. The enigmatic figure of Tajana—daughter of Croatian refugees that fled the Balkan wars and settled in Amsterdam—will come to represent a new emotional key for him. And she will likewise She will personify the ghost of the nightmare of the Yugoslav Wars, a disturbing emblem of the conflicts that continually threaten the European project. With an immersive prose, gifted when it comes to detecting the subtlest tensions in the new social fabric of Spain and the rest of the continent, *Europa Automatiek* embarks on a lucid analysis of the contemporary sense that intimacy might be a trap, and of changes in both the public and private spheres. Always somewhere Hovering between fiction and the personal essay, Crusat illuminates the extraordinary areas of European thought to create a novel about intimate adventures which, at the same time, unsettle our beliefs about Europe and our lives in it.

Excerpt from
EUROPA AUTOMATIEK

After two years in Amsterdam, I'd learned to identify the days of the week based on the air traffic out of Schiphol and the muted vibrations of KLM engines. It was a strangely intimate language, classifiable only to a foreigner; that is, someone who doesn't understand. It drew me to the windows of my apartment like a fine, nearly invisible thread: a simple petit-bourgeois tic with unexpected symbolic weight. I didn't expect much from the city: traces of kerosene evaporating in the ether, a cat napping on a balcony across the street, brick walls crowned unexpectedly with passion flowers, two grams of White Widow. And the persistent aroma of food, fried and battered. I couldn't hope for much more, except maybe a minimum wage job, a chimera throughout Europe at that point. Any anonymous horoscope would have asserted that I found myself in a period of personal transition.

That morning, I observed a fair number of red and green navigation lights blink across the sky, as I sullenly watched the slow-moving Dutch clouds pass like infinitely delayed obligations, leaning on one of the cherry bookshelves my landlady could come for at any moment. I was still in my pajamas, half-asleep and wearing two thick socks on each

foot, one indolently layered over the other. A characteristic scene on a Saturday morning, a lead-grey Saturday morning.

Those were the last days of 2011. I was in danger of getting used to that apartment, where I had only lived a short time. The ancient thermostat squealed, my second year in Amsterdam was ending, and I split my time between the hidden corners and archways of the language school—formerly a Greek restaurant—where I taught Spanish and worked on translating a book of essays and articles by W. G. C. Bijvanck. My days passed slowly, but relentlessly; the cold, rain, and snow in merciless repetition. *Pitchfork's* album of the year was Bon Iver by *Bon Iver*. Everything seemed redundant.

I had started my aerial tally after a rather late breakfast. The TV was on low. On the screen, it was raining silently, just like it was raining out the plane windows. It rained every possible way in Amsterdam: vertically, continuously, in gusts, rising from the Earth's core. Even though I was willfully ignorant of what was happening in the world, I usually kept the TV on. I even turned it on while I worked (the habit of a lonely person, I suspect). I kept the TV on so that I could ignore it. The convulsive echoes of the outside world—on the news or in the sky—collided with my self-absorption as if in a solid anechoic chamber. I noted that a satirical T-shirt store had opened across the street, as well as a Vietnamese takeaway. I had a missed call from Ewa, which I didn't return. I weighed the possibility of watching *The Sopranos* for the fourth time, starting from the first episode: the ducks and all of that, etc. etc.

Routine is unresolved tension, fluctuating and fickle. Another crude way to pass the time, to uphold the status quo, our kingdom of the provisional.

But then the images on the screen caught my attention. Engrossed in the stream of electrons, I put down the *Sopranos*

DVD and settled into the armchair. I lit the end of a joint I'd left in the ashtray the night before. It was Saturday after all. The Dutch newscaster's voice was deep, nasal; a voice sprung from the deep Calvinist conviction that duty resides in all of us. That it involves us personally and determines our fate. A foul conviction, from my point of view back then.

I listened to the loathsome voice talk about Kim Jong-il, whose funeral was unfolding before me. I concentrated on the gigantic portrait of the North Korean leader, set atop a Lincoln limousine—the car so many political leaders parade, wave, and die in—advancing at a dream-like pace. His framed face—smiling, paternal, faintly scrutinizing—made its way through the fog, preceded by the headlights of the cars in the funeral procession rolling like silent, never-ending French New Wave film credits. The road, the car hoods, the tear-streaked cheeks of North Korean children, the scattered clouds . . . everything was covered in snow, enveloped in a blurred, alkaloid filter. The events seemed to unfold on one of Saturn's frozen rings, or in a valley of methane and ice on Pluto. The women and girls cried like women and girls; the men cried like resentful, sentimental fathers-in-law, frost on the tips of their hair, their gold-rimmed glasses, their narrow, opaque teeth. Girls in mourning moved through the crowd like the junkie who hocks anti-system newspapers outside Albert Heijn in Frederiksplein Square, where I shopped once a week. The girls crouched down low, ruminated for a few seconds, and suddenly changed direction, disoriented. They also reminded me of kids hunting for chocolate Easter eggs in the gardens of Amsterdam and the entire Noord-Holland region.

The year 2011 was turning out to be a bad one for dictators: Ben Ali had abandoned Tunisia and sought refuge in Saudi Arabia; Hosni Mubarak was overthrown in Egypt. Silvio Berlusconi had just resigned as the Italian Prime

Minister. I occasionally wasted time with short YouTube searches: “Bunga Bunga,” “Gaddafi dead,” “Gaddafi tunnel,” “Gaddafi last moments.” A black macaw from the Indonesian island of Sulawesi took a selfie and became a celebrity. The world broke apart in a blurred mosaic of ephemeral images every time one attempted to learn about the present. And in the meantime, the popular imagination gorged itself on human bodies with rabbit heads, kittens riding the backs of crocodiles or sleeping curled up in a bidet, Islamic terrorists buried at the bottom of some anonymous sea.

Maybe all fantasies eventually cede to new ways of desiring. In the meantime, the images that paraded before me, pixel after pixel, became the paradox of the diagnosis that is itself a symptom. It had only been two weeks since a thirty-three year old man committed a massacre in Liege, throwing hand grenades and firing his assault weapon before finally killing himself in a central square of the Belgian city.

I stood up to get the coffee mug I’d left in the microwave. I turned up the volume on the TV. I practically ran to the kitchen, unwilling to miss a single detail of Kim Jong-il’s funeral. I was in an unexpectedly good mood. Leaning over the kitchen sink, I peered through the foggy window at what was visible outside, an attempt to persuade myself that there was no reason to be anywhere else or face the day in any other way from sitting, spellbound, before a simulacrum of obsequies for an Asian dictator.

The previous days’ snowfall had turned to mud that lined both sides of my street, white-laced mud that resembled crème toasted by a cooking torch. The low Amsterdam sky idly encapsulated the city’s inhabitants, inhabitants who need their Protestant work ethic to surmount the weather. I decided to put off my morning chores, returning instead to sit in front of the TV a while longer, in my pajamas.

There was nothing spontaneous or disorderly about the funeral being broadcast from Pyongyang. “Organization” and “death”: two concepts that should have said it all about a time period that was dragging on too long (or, more aptly, subtly transforming into something simultaneously more pleasant and much worse). Maybe the snow was fake, part of the staging. The crowd was seized by self-flagellation as an alternative to the masquerade. The funeral goers were clearly sexually aroused. But I honestly felt moved, or maybe I was under the same spell as the attendees . . . Our civilization was apparently reaffirmed in the fervent romantic axiom that what hasn’t happened will never grow old. Particles accelerated in Geneva; bees were being decimated; Ping-Pong balls shot from the vaginas of Thai prostitutes; it was crumbling, crumbling fast.

I was calculating the size of the retinue as it appeared in an aerial shot courtesy of North Korean television when the doorbell rang.

Once, twice.

I sat up, turned down the volume, and waited in silence as I considered what to do.

One ring, two.

It was unfortunate that I couldn’t record the end of the funeral, like in the old days of VHS tapes with stickers on the spines. “Kim Jong-il Funeral. TOP,” I would have written. The doorbell was still ringing, so I stood up, stubbed out the joint, and opened the window to air out the living room and wake myself up. I looked out the window and saw two girls in their early twenties standing three feet from the door. When I called down to ask what they were selling, they looked at each other in surprise, like a pair of recently-separated Siamese twins.

“Where’s Emmy?” one of the girls asked.

Caught off-guard, I told them I had no idea who they were talking about.

“Are you related to Emmy, the owner?” The same girl continued her interrogation.

I didn’t know where my landlady was. That was the absolute truth. And besides, her name wasn’t Emmy.

I realized that the girls were sisters. They spoke Dutch with an unusual accent. The one firing off questions was undoubtedly the older sister. She was long and slender, with plenty of resolve. Like many young Dutch women (though she clearly wasn’t one), she wore her hair pulled back into a stiff blond ponytail and was dressed for hiking or mountain climbing, ready for the next downpour or sudden freeze. And like any native of Amsterdam, she was able to launch an invisible probe into the soul of whomever she spoke to. Faced with her inquisition, my scant replies seemed to come from the swampy depths of a blocked well. Everything about her was impenetrable, aseptic, rigid. Including her rudeness.

She asked if they could come in.

“Your Dutch is pretty good,” she said as she walked through the door, apparently uninterested in my nationality.

I stepped aside for the younger sister, who smelled faintly of an unaired room.

“I’m a translator, so I don’t really have a choice,” I said, to no one in particular.

Well, I also gave classes. Not the private lessons I used to teach—twenty euros an hour, six or seven a week—back in my other apartment, an extremely small flat on Indische Buurt and the second place I lived in Amsterdam. That was behind me now. I had taken on a few classes in the language school, but only because they were a complement to my translation work and gave my life structure. People to talk to.

It wasn’t that unusual that I had let a pair of strangers into my house—I’ve never learned to manage the sort of conversations that happen in doorways. The girls were a

pleasant, unforeseen change in the miasma of the morning, a small step up from counting airplanes while the North Koreans wilted under the death of their supreme leader.

As it turned out, the sisters had grown up in that apartment years before. They hadn't actually lived there very long, the one who spoke told me. But it was a really intense time.

The other girl nodded.

"What do you think? Has it changed much?" I asked as I swung the open casement window back and forth, airing out the smoke and my unexpected distress over Kim Jong-il. I couldn't even remember the last time I'd had visitors. I felt momentarily exuberant, full of curiosity, as if I owned the apartment and was starting negotiations with potential buyers (or perhaps the reason was simpler, more pathetic: I needed anonymous approval for my so-called lifestyle). But the silent sister put her hand to her mouth and cleared her throat disapprovingly. I found that pretty annoying, and decided not to offer them coffee. They didn't say anything to each other, either.

Life in Amsterdam had been meandering along incredibly slowly, and suddenly, it seemed to be off like a shot.

"Feel free to take a look around. I assume that's why you came, right?"

Stung by their criticism and invasion of my personal space, my brief bubble of euphoria popped. I sank down in the armchair and relit what was left of the joint. The North Korean retinue continued marching amid cheers, bows and—I imagine—hidden instructions from the directors and managers of the performance. Dully, I observed the older sister at the foot of the stairs, who made a wordless request go up to the second floor. Her insistence was unpleasant. She was tougher, more stubborn, than nails.

"I just rent this one floor, but I guess it's fine if you want to take a look."

I didn't usually go upstairs, the attic space my landlady kept available for her own use when she came to Amsterdam, which hadn't happened yet. I aired it out once a week and made sure everything was in order.

I followed the girls upstairs, keeping a watchful eye.

They came back down quickly, probably uncomfortable with my intrusive presence. They strolled around my things in silence, creeping softly, muffling their steps as if they were in a museum. The parquet absorbed their footfalls like damp earth. I watched them inspect the moldings and light switches, turn on the faucet, linger before the ancient thermostat and the bindings of my Bijvanck books. The silent girl, the younger one, stopped at the little corner where I usually worked.

"What did you use that space for?" I buried the roach in the ashtray and exhaled spitefully in her direction.

She turned, arms crossed, and gave me a look something between offended and proud. In contrast with her sister, she was dressed like a secretary. Her name was Tajana, although at the time I heard "Tatiana." She told me that it had been a sort of laundry room. She pointed to a pair of hooks at the height of the door lintel and covered with white paint. It was where her mother tied a line to hang up the washing.

"I don't know who Emmy is, but I can ask my landlady the next time I see her. Emmy was probably the person she bought the house from."

On the other side of the apartment, I heard the toilet flush.

"Incredible," the older sister was saying. "It's the same flush."

I saw her leave the bathroom, the water rumbling and spouting roughly in the tank. Near to where she stood, I got a whiff of something untoward.

It was true.

I was shocked.

She had relieved herself in my house.

“Damn, was that really necessary?” I asked in disgust. I went to the armchair and shut the windows against the cold. “Your nostalgia must run pretty deep.”

She said nothing and looked over at her sister, still lost in the memory of the old clothesline. The two girls peered out the window beside my desk, their scents commingling, creating space for themselves among my belongings. A sort of space-scent dome was growing around the objects that represented me, an intermittent annexation that left me confused, disarmed, dispossessed. I had tried to make them uncomfortable, but was now uneasy myself. I decided to offer them coffee and bring the situation to a civilized close. It’s Saturday, I thought.

“Sounds good. Looks like you haven’t eaten yet,” the older girl said, pointing to my pajamas and slippers as she hung her mountaineering backpack on the back of a chair. She went over to the TV. “Hey, who died?”

I replied that I had, in fact, just made myself coffee when they arrived. I turned down the volume and recounted what I had seen of the funeral.

“I’ll get some croissants,” she said. “We’ll have breakfast.”

She made no reference to my news about North Korea.

The girl dug around in the backpack’s various pockets, pulled out a change purse, and announced that she’d be back in five minutes. Her sister and I listened to her steps down the stairs and the squeak of the front door as it opened and shut behind her. I went to put on the coffee pot. I heard a text ding on my phone in the living room. Probably Ewa.

I found two clean mugs. The sugar bowl. I sighed. Seconds later, the silent Tajana came in and asked if she could go into the bathroom.

“It really is nostalgia,” she said. I caught her peculiar scent of withering flowers. “That’s all. I promise.”



Gabriela Ybarra

Bilbao, 1983

Gabriela Ybarra has a degree in Business Administration and works as a marketing consultant. Her debut novel, *The Dinner Guest*, won the Premio Euskadi de Literatura in 2016 and, in 2018, the English translation (by Natasha Wimmer) was the Man Booker International. *The Dinner Guest* has also been translated into Italian. Ybarra has also written texts and short stories for the Spanish press, such as *El País*, *ABC*, and *El Mundo*, for literary magazines such as *Eñe* and *Letras Libres*, and international publications like *The Big Issue* and *The Freedom Papers*, as well as for the books *Lo infraordinario* (griStormenta, 2018) and *El gran libro de los gatos* (Blackie Books, 2019).

When and why did you start writing?

I started writing at the same time that I learned how to read, around the age of six. During my childhood, when my friends came over to play, we often made up stories and performed them for my mother. I wrote my first stories on my bedroom floor, dressed up as my characters.

What themes are you concerned with?

I'm interested in analyzing how the family and the spaces we inhabit influence who we are; and how violence and terrorism have an impact on daily life. Lately, I've also been reflecting a lot on my childhood, especially what it means to live, lose, and remember it. Being with my two-year-old son allows me to recoup the slow time of children.

Who are some of your favorite writers and influences?

Elvira Navarro, Joan Didion, Philip Roth, Anne Carson, W.G. Sebald, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Roald Dahl, Natalia Ginzburg, Virginia Woolf, Georges Perec, Judith Kerr . . .

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

I'm interested in hybrid books, books that blend various literary genres and include elements from other disciplines, such as philosophy or the visual arts. Otherwise, I don't follow trends all that closely.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

I'm comfortable living in Madrid in the twenty-first century, but I wouldn't mind having a time machine and spending my vacations in other epochs. I'm sure looking back at the past and toward the future would help me better understand our time.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I'm writing a fictional novel that begins from a personal experience: my family's move from Bilbao to Madrid in 1995, when I was twelve. This event is allowing me to explore a lot of the things I'm interested in as a writer: Basque terrorism, the family, paradises lost . . .

SYNOPSIS

In 1977, three terrorists dressed as nurses broke into Gabriela Ybarra's grandfather's home, and carried him off at gunpoint. This was the last time his family saw Javier Ybarra alive. Ybarra first heard the story when she was eight, but it was only after her mother's death, years later, that she felt the need to go deeper and discover more about her family's past.

The Dinner Guest is a prize-winning debut novel that connects two life-changing events—the very public death of Ybarra's grandfather, and the more private pain as her mother dies from cancer and Gabriela cares for her.

Excerpt from
EL COMENSAL / THE DINNER GUEST

Translated by Natasha Wimmer

I

The story goes that in my family there's an extra dinner guest at every meal. He's invisible, but always there. He has a plate, glass, knife and fork. Every so often he appears, casts his shadow over the table and erases one of those present.

The first to vanish was my grandfather.

The morning of 20 May, 1977, Marcelina put a kettle on the stove. While she was waiting for it to come to the boil, she took a feather duster and began to dust the china. Upstairs, my grandfather was getting into the shower, and at the end of the hallway, where the doors made a U, the three siblings who still lived at home were in bed. My father didn't live there anymore, but on his way elsewhere from New York he had decided to come to Neguri to spend a few days with the family.

When the bell rang, Marcelina was far from the door. As she ran the feather duster over a Chinese vase she heard someone calling from the street: 'There's been an accident, open up!' and she ran to the kitchen. She glanced for a second at the kettle, which had begun to whistle, and slid the bolt

without looking through the peephole. On the doorstep, four hooded attendants opened their coats to reveal machine guns.

‘Where is Don Javier?’ asked one. He pointed a gun at the girl, obliging her to show them the way to my grandfather. Two men and a woman went up the stairs. The third man stayed below, watching the front door and rifling through papers.

My father woke when he felt something cold graze his leg. He opened his eyes and saw a man raising the sheet with the barrel of a gun. From across the room, a woman repeated that he should relax, no one was going to hurt him. Then she moved slowly towards the bed, took his wrists and handcuffed them to the headboard. The man and the woman left the room, leaving my father alone, manacled, his torso bare and his face turned upward.

Thirty seconds went by, a minute, maybe longer. After a while, the hooded figures came back into the room. But this time they weren’t alone; with them were two of my father’s brothers and his youngest sister.

My grandfather was still in the shower when he heard someone shouting and banging on the door. He turned off the water, and when the noise didn’t stop, he wrapped himself in a towel and poked his head out the door to see what was going on. A masked man had Marcelina under his arm; with his other hand he held the machine gun pointing through the open door. The man came into the bathroom and sat on the toilet. He grabbed the maid by the skirt and forced her to kneel in a puddle on the floor. Just inches away, my grandfather tried to comb his hair, his eyes on the gun reflected in the mirror. He put on hair cream, but his fingers were shaking and he couldn’t make a straight parting. When he was done he came out of the bathroom and collected a

rosary, his glasses, an inhaler and his missal. He knotted his tie, and with the machine gun at his back he walked to the bedroom where his children were.

The four of them were waiting on the bed, watching the woman who had Marcelina by the wrists. In the silence, the whistle of the kettle could be heard.

When she was done securing the maid, the woman went down to the kitchen, set the kettle on the counter and turned off the stove. Meanwhile, on the floor above, her companions shifted the captives. First they made them move to the ends of the bed, leaving a space. Then they pulled off my grandfather's tie and sat him in the middle.

The biggest man took a camera out of the black leather bag at his waist and pulled the ski mask out of the way to look through the viewfinder, but neither my father nor his siblings nor my grandfather looked at him. The hooded man snapped his fingers a few times to get their attention, and when he finally succeeded he pressed the shutter three times.

A point that has yet to be cleared up is the whereabouts of the photographs that the kidnappers took of the family, and the three snapshots of Ybarra that they removed from the house. "I can confirm that we haven't received any of the three pictures of my father as evidence," stated one of the children. "We don't know what might have happened to them, or to the photographs that were taken of the family with my father moments before he was carried off. The photographs are of those of us who were at home at the time, together with him, saying our goodbyes."

El País, Friday, 24 June, 1977

Mount Serantes was covered by a dense, heavy fog that broke up into heavy rain. Torrents poured down the mountainside into the Nervión estuary, which filled up gradually, like a bathtub. Its banks didn't overflow, but the banks of the Gobela, a river very near my grandfather's house, did. On Avenida de los Chopos the water spilled into the street, covered the pavements and surged into garages. Some cars' headlights came on by themselves. From inside the house the sound of the rain was loud, like someone throwing bread crusts at the windows. Outside, a number of roads were cut off: Bilbao-Santander near Retuerto, Neguri-Bilbao along the valley of Asúa, and Neguri-Algorta.

Beginning at 8.15 in the morning, cars piled up on the roads into Bilbao, in an 18-kilometre traffic jam that reached as far as Getxo. All over Vizcaya, the rain, the cars and the slap of wipers on windscreens could be heard. My grandfather was shut in the trunk of a SEAT 124D sedan making a slow getaway. In the front were two of the kidnappers, with the radio on. No one knew anything yet. 'Y te amaré', by Ana y Johnny, could still be heard between traffic and news breaks.

The articles from the days that followed the kidnapping are sketchy and brief. The first in-depth report I find was published on 25 May, 1977, in *Blanco y Negro*, a supplement of the newspaper

ABC. It's titled 'The Worst They Can Do Is Shoot Me'. A few lines below, a column heading reads: 'Handcuffs French-Made'.

When my father trod in the puddles in the garden, he hadn't yet managed to get the handcuffs off. Upon reaching the gate, he pushed it open with his shoulder and stepped out. Water was rushing over the paving stones. My father scrutinized the street, the lamp post, the bushes, and the soaked hair of a woman loaded with shopping bags who stopped to his left. The woman put the bags on the ground to cover her head and said hello. He answered politely but briefly and walked on, getting wet, until he stopped in front of a house with stone walls, and hedges whipping between the rails of the fence. He rang the bell. He said: 'Hello, I live next door. Can I use the phone?' There was a buzz, the door quivered, and a maid with her hair in a bun asked him to come in. She led him into the house, stopped in front of a bone-coloured telephone on the wall and handed him the receiver. When she saw the handcuffs her mouth went a funny shape and she crossed herself. My father, dripping, dialled the police quickly without looking at her. He gave his first name, his last name, his location and a summary of what had happened that morning. Then he was silent, listening to the officer. The maid's eyes popped, as round as her bun. My father, though, looked calm.

Before leaving, the intruders warned my father and his siblings that they couldn't report the kidnapping until midday. At a quarter to twelve, two of the brothers managed to pull free of the bed frame. At twelve thirty the police arrived, followed fifteen minutes later by the press.

The officers freed the women first. Last was my youngest uncle, who, once he was released, ran down to the garden to shout my grandfather's name among the hydrangeas. My father spoke to the reporters on the porch. They stuck their tape recorders under his chin and he said, 'Everyone behaved impeccably. We were calm the entire time.'

As the lunch hour neared, more policemen and reporters came. The rest of the siblings and some cousins arrived too. The oldest brother gazed down the road. Meanwhile, the youngest was still in the garden looking for my grandfather in the hydrangeas.

The oldest had blue eyes and was wearing a green anorak and jeans. The second, dark and thin, was wearing a dark checked shirt. The woman, slim, was wearing an orange raincoat. The fourth, of medium height, never took off his white coat. The four assailants ranged in age from twenty to twenty-five.

Blanco y Negro, Wednesday, May 25, 1977



II

The wind came in the back door, circling the burners of the stove and knocking at the windows. The air on one side of the glass thumped against the air on the other side. The guests had gone and everyone who was left gathered in the living room, taking stock of the situation. On the floor, books and family photographs were still scattered; a bronze frame lay empty, and the wind cavorted at will, ruffling the fringe of the rug and making little tornados over the sofa.

The sawn-off handcuffs were sitting on the chest of drawers in the hall. Next to them were four lengths of rope, and the scraps of cotton with which the kidnappers had wrapped the women's wrists so as not to hurt them. The strips of tape for their mouths and the cloths used to cover their faces were in the bin in the kitchen. None of the siblings wanted to sleep alone in their rooms. They chose to lie down together, sprawled on the sofa.

Since the police had left, no one had returned to the back room. It upset my father and his siblings to remember the brass bars of the bed to which they had been bound. They were also haunted by the voices of the kidnappers, echoing soft and polite in their heads, the musical, bell-like Don Javier with which their captors had addressed my grandfather, never lowering their machine guns.

The siblings spent the day after the kidnapping in the living room of the house where the crime had been committed. The oldest brother stroked his chin. The youngest played at putting on and taking off his shoes with a nudge of the

finger. On the table by the door there was a telephone that rang incessantly. A sibling exclaimed and took the receiver off the hook, leaving it on the tabletop. The noise ceased. Those present gathered around the sofa for protection from the silence.

Time passed, night fell and still there was no information about my grandfather. My father and his siblings paced the room. They moved to and from the sofa, clustered around it, leaned on it, stood. On the coffee table the radio was on, waiting for the news. The announcer began to speak precisely at ten, but there was no update on the kidnapping or my grandfather.

Outside the house nothing seemed to be happening, but a closer look would have revealed two Guardia Civil officers sitting in jeeps parked by the gate. The headlights and engines of the jeeps were turned off, but every half hour the drivers started their engines and cruised the streets around the house: down Avenida de los Chopos and Carretera de la Avanzada, along the Gobela river, and past the church of El Carmen. At four in the morning the streets were empty and no light showed in the windows of the house. Inside, no one was asleep; the siblings lay there awake in the dark, listening to one another's breathing.

My father got up from the sofa, opened the balcony door and went out to smoke a cigarette. It had stopped raining, but there were still drops of water on the railings. Inside the house, the memory of my grandfather was suffocating; recurring images of the kidnapping. But outside there was a breeze and he could think about the leaks at his apartment

in Harlem, or about a bombed-out building he had visited in the Bronx. He extinguished his cigarette in the plumpest drop of water on the ledge and left the stub in a flower pot. He remembered he had to pick up some rolls of film from a lab in the centre of Bilbao. Then he looked out at the garden and thought about all the things he wanted to do when the kidnapping was over. He lit another cigarette and smoked it with his gaze on the branches of a chestnut tree.

At eleven thirty in the morning on Sunday, 22 May, an anonymous voice, feminine and fragile as a baby bird, called the Radio Popular broadcasting station: 'We've got Javier Ybarra,' it said, stumbling over the words. In the background, cars and the shouts of children could be heard. 'Check the mailbox in front of Number 37, Calle Urbietta in San Sebastián,' the voice said before hanging up.

The postman didn't like this particular mailbox, because every time he opened it, the rusty hinges squealed like a rodent. The mailbox was old. The rain had made channels between the bald patches where the paint was worn off, and now an enormous stain covered its domed top.

The document turned up in the spot indicated, in parts. First one typed sheet, then another, and finally the third. They hadn't been stapled or clipped together. The statement was unusually long, and written in a way that made it seem fake: there was no clear acknowledgement of the kidnapping or conditions for return. The postman, accompanied by a policeman, found only typewritten musings that left no opening for negotiation.

Meanwhile, my father and his siblings were still shut up in the house on Avenida de los Chopos, waiting for news, receiving the press and trying to communicate with the kidnapers. Around three in the morning, the oldest came into the living room, arm in arm with his wife. No one was

sleeping. 'They want a billion pesetas,' he said, and tossed a bundle of bills on the table. The siblings spent all night counting money. The sum the kidnappers were demanding was impossible. When morning came, the older siblings made the rounds of the banks to see about a loan. The rest stayed home, pacing the living room and talking to reporters: 'It's a lie that they're asking for a billion pesetas,' said one of my uncles to the press. 'How did your father react last Friday?' asked one reporter. 'He showed no qualms about being kidnapped, not for a second. He got dressed, collected his hat and some books, and tried to reassure us,' said my father.



Sabina Urraca

San Sebastián, 1984

Sabina Urraca is Basque by birth, was raised in Tenerife, and has lived in Madrid for over fifteen years. She has been an insurance salesperson, a waitress, a scriptwriter, reporter, TV and advertising creative, presenter, and marijuana cutter. She has written for media publications such as *El Paía*, *Eldiario.es*, *Vice*, and *Cinemanía*. She is the author of the novel *Las niñas prodigio* (Fulgencio Pimentel), winner of the Premio Javier Morote, awarded from the Spanish Federation of Bookseller Guilds and Associations, and selected for New Spanish Books. Her work is featured in the anthologies *La errabunda: Primer tratado ibérico de deambulología heterodoxa* (Lindo&Espinosa) and *Tranquilas: Historias para ir solas por la noche* (Lumen). In 2017, Urraca delivered a TED talk called *Escaping the Girl Prodigy*. Currently, she teaches writing at the Escuela Fuentetaja and is the 2020 resident editor at Editorial Barrett. In 2020 she received a writing fellowship from the University of Iowa.

When and why did you start writing?

I grew up surrounded by great fabulists, so I remember making up stories before I knew how to write.

What themes are you concerned with?

I'm interested in describing things that I believe can only be explained and understood through literature. At the same time, I feel something—something I can only define as anxiousness—that makes me want to transmit all the literary moments that present themselves to me throughout the day.

Who are some of your favorite writers and influences?

Natalia Ginzburg, Raymond Carver, Valérie Mréjen, Nabokov, Charlotte Roche, Salinger, A. M. Homes. And comic book writers and graphic novelists like Bechdel, Chester Brown, Daniel Clowes, Julie Doucet, Tamburini, and Liberatore. Not to mention social media, an inexhaustible source of unconscious literature.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

I'm interested in the recognition that we are in played-out times, absurd and full of despair. I really appreciate the literature that takes material from that place and gobbles it up shamelessly. I'm also interested in extreme self-awareness, self criticism, and ironic distance from oneself. I obsessively read Lydia Davis, Mariana Enriquez, Fabián Casas. And others nearer to me, like María Fernanda Ampuero, Jorge de Cascante, Elisa Victoria, and Mercedes Cebrián.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

Any in which more writers were needed. I write out of my own necessity, in order not to explode, not because I believe that what I write is necessary.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I'm writing a novel that takes place during the fifteen days a bitch is in heat and rests on the question of whether or not we, as humans, would be capable of crossing eight lanes of moving traffic, at the risk of being hit by a car and dying, abducted by love and sex. Obviously, the answer is yes. The question is how and why.

SYNOPSIS

Wracked by the stigma of an *amor fou* for an older, alcoholic man, *Las niñas prodigio* is a partly autobiographical novel, and also a tragicomedy in multiple acts and a tale tinged with gothic horror. Above all, it is a contemporary story of identity that departs from an imperfect present and retraces all the ages of a woman's past. The narrator—pansexual, cutting, emotionally voracious—begins her own particular journey toward perfection through a gallery of ghosts, both real and imagined, that will shape popular culture and her own childhood.

Excerpt from
LAS NIÑAS PRODIGIO / GIRL PRODIGIES

Little Knives

“Who’s the oldest?”

“They’re twins.”

“Would you little girls like some candy?”

“They don’t like it.”

Their mother didn’t let them have sweets. The pediatrician told her that sugar could make them even wilder. Occasionally, she let them have a little bit of a Dan-up yogurt drink; otherwise, it was plain yogurt, no chocolate milk.

“He’s looking at me.”

“No, he’s looking at me.”

Paula and Raisa stood in front of the Michael Jackson poster, vying for his attention.

“No way! He’s looking at me! At me!”

Actually, Michael was looking at me, arms crossed in the leather jacket, those kiss-curls. Any girl would naturally want to come between us.

I didn’t take sides. All by themselves, they would provoke the explosion I so loved to watch.

Sometimes Paula and Raisa would chase each other around the house with knives. Their mother would lay her head on the table and cry. She kept a handkerchief tucked in her sleeve and used it to mop the bitter tears of having raised two daughters who wanted to kill one another. She would look at me and whisper, as if in prayer:

Blessed Christ!

What I've done wrong . . .

Little Lord Jesus, come take me . . .

Then she'd go back to folding the cloth napkins she used for the family's Sunday lunch, face hidden in her hankie, tearful little spasms running down her back.

I would just eat my afternoon snack, not knowing how to respond. In the cupboard, there was a container of Cola Cao all for me.

"You're a calm child, can't you teach these savages to respect each other?"

What could I say? By that point, she should have known that if I kept coming back every Thursday after guitar lessons, it was because I enjoyed the spectacle.

Those fights were the most beautiful performances I had ever seen. Fibrous animals, rolling on the floor and twisting each other's arms. It was like one of those documentaries that show lions fighting in slow motion. You can almost see what their insides are like; with every movement, the body contorts in such a way that we can imagine the shape of bone and muscle. In Paula's fights with her sister, they were crocodiles baring their teeth, a boa constrictor swallowing a tapir whole, a stampede of buffalo shaking my dumb, only-child body.

Above all, the twins' thrashings were a live enactment of a myth or fable in which the individual bests him- or herself.

The will to dominate, surpass, break oneself.

And when their arms, legs, and teeth weren't enough, Paula would say:

“We're getting out the knives.”

My heart would seize with fear and pleasure. I looked at the mother, who paused her knitting and sobbed a soft no, wracked by a new wave of tears. She stood up in alarm, sat back down, crossed herself.

“Blessed Christ!”

“What have we done?”

The father was an amateur radio hobbyist. He spent hours in the back room at the end of the hallway. You could make out the snorting of machines, crackling, whispered words from behind the door. Never any laughter or audible conversations.

As his home came down around him amid shouts, punches, and knife thrusts in the air, he went on communicating with whomever it was he communicated. Amateur radio people always freaked me out. They were distant uncles, the fathers of friends, brownish, amorphous presences in a shed at the back of the garden. Who did they talk to? Nobody knew. With other people who had also built their own radios and were transmitting the same brownish disquiet from the darkness of a similar ramshackle room.

Once I knew all about the thing with the penis and the vagina and the seed in the form of a big white spray, it amazed me that such a grey and silent man had been able to produce enough fluid to conceive, in one go, two creatures with as much intensity as Paula and Raisa. And even though their mother sobbed and wailed in anguish, in truth she was a dragon guarding her lair. Her daughters would never really breach that territory. All she wanted was to be left in peace.

There was a photograph of her in the living room: young, trapped in a monstrous pregnancy, her head like a miniature meatball. But there was a spark in her eye, burning somewhere far from the creatures deforming her body. It wasn't that she had untamed thoughts, exactly, or yearned for freedom. She simply would have been happier to crochet with the TV on, wiping down the leaves of her plants with a damp cloth. Alone in her living room, no obligation to pretend she was worried. My inkling was confirmed when, as Raisa and Paula ripped out chunks of each other's hair, she sighed and her eyes shone with one powerful desire:

“I should have been old maid.”

I don't think either of us believed that Paula and Raisa's fights really represented a danger: they fought so well and so often, they knew every sharp corner, every piece of furniture in that house, down to the last detail. Theirs was a complicated, choreographed routine of hate in which each punch was perfectly planned and no neck ever smacked down on the edge of any table. Only occasionally would blood trickle from a nose or knuckles scrape on the stucco walls. One of them would end up crying, huddled on the floor, very still. The other would approach and poke her sister gently with a toe.

“Hey. Get up, you twat.”

She would wait a few seconds, breathing heavily, all her senses on alert. Suddenly, the surprise of the blood would vanish and another explosion would detonate. The windmill of kicks and furious spitting resumed and the mother cried as she scrubbed pots and pans.

They would finally end it together, damp and exhausted, in front of *Dragon Ball Z*. They both liked to sing along to the theme song at the start of the show. They sang over the lyrics, competing to be the first one to sing the next line.

Their mother would come in with a big bottle of milk and leave it on the rug. We watched cartoons and took turns drinking out of the bottle. Mixed with the milk, I could sense an aftertaste of sweat and violence that would never be mine.

Then, all of a sudden, one little shove, the bottle poorly passed, and their hate was resuscitated. Paula looked at her sister and got up. As she walked to the kitchen we heard her say:

“I’m getting the knives . . .”

Their mother rushed toward the balcony.

“I’ll kill myself! Kill myself! I can’t live like this! I’ll kill myself!”

She moaned but continued dusting the leaves on her plants. She opened a window and looked at the sky as she dusted the geraniums with dry leaves. She stuck out her hand to see if it was raining and adjusted a twisted clothespin.

Little Lord Jesus, come and take me.

Sometimes they used me as a shield. Being part of the fight made me shudder with pleasure. They tossed my body around. They rarely hurt me, but when it happened, they would spend hours spoiling me. They made me a bed of pillows, fixed me a tall glass of Cola Cao and helped me drink it; my hands didn’t touch the glass at any point.

I went home with chocolate milk stains down my neck and shirt. I practiced throwing punches at my own shadow, throwing myself to the floor to wrestle it down.

Other times, they would start fighting and forget halfway through why they’d started to argue in the first place. In these cases, one of the sisters would play the one card that never failed to stoke the fire.

“Mamá, tell her who’s the oldest.”

Their mother shrugged.

“I don’t know! They gave me so many meds . . . I was completely out of it . . .”

But they would keep begging her to try and remember, to say who was the oldest, and therefore the best, the one who was right.

In the shower, they studied their brown bodies, their dark hair and eyes, lightly scratched, searching for the mark that would reveal the rightful owner of firstborn status.

The day that they lost the same tooth just an hour apart, my fascination took them out of their struggle for primogeniture. The two teeth wrapped in tin foil were my gift that day, and for a long time I carried them around in my pocket. Sometimes, when I felt like I needed a bit of murderous energy, I would stick my hand in my pocket and squeeze the little wad.

We were out on the balcony that afternoon, comparing the lifelines on their palms to see whose was longest. Who had been born first, in other words. Suddenly, as if motivated by a renewed hate, Raisa shoved Paula hard. Her teeth smacked against the railing.

The metal boomed and vibrated. Paula stood up heavily. She was very pale. She brought her hand to her mouth. A little stream of blood trickled down her wrist. She walked slowly toward the front door. In the doorway, she opened her bloodstained mouth and said, shaking:

“Well. We’ll see who’s the oldest. I’m going to the hospital to ask.”

She slammed the door shut. Raisa shrugged and took out Hungry Hungry Hippos.

We heard the shouts after a decent amount of time had passed. They were so deep and strange that I thought they

must have been coming from a drunk in the street, or a dying dog.

Their mother complained from the kitchen.

“What’s happened now? Between the two of you, you’re going to kill me! I should have stayed single . . .”

We were halfway through our game and Raisa was turning increasingly pale. Just as she was about to beat me, both of us pressing madly on the lever to open our hippo’s snout, Raisa jumped to her feet and went running toward the front door. I followed. The door was open and the shouts were echoing in the stairwell. I saw Raisa climbing the stairs, her sister in her arms. Paula’s body looked limp and broken, but shrieks of pain were emanating from her mouth, from which a thin red thread still streamed.

Raisa’s clothes were stained in blood. Her face was deadpan, but she was crying.

The whole time Paula was in the hospital, Raisa didn’t show up at school either. We wrote them letters that our teacher corrected, leaving a trail of red ink.

I went to see them the following Thursday, after guitar. They were on the couch, watching TV. Paula couldn’t speak. She wore a splint, and metal wires came out of her mouth and attached to a structure that immobilized her neck. The lower half of her face was swollen, bruised in places. Beside the couch was an IV drip that ended in a line inserted in her arm.

I sat on the corner of the couch and watched them. Neither one took their eyes from the screen.

Their mother appeared with a tray. Cookies, two chocolate milks, and a little box of pills. Paula, who couldn’t eat, looked at the tray out of the corner of her eye and parted her lips with difficulty. Her mother very carefully gave her a pill and a bit of water, just like when the twins had made up for hurting

me by feeding me my afternoon snack. Then Raisa opened her mouth, and her mother gave her a pill, too. She washed it down with Cola Cao and settled back against her sister as if she were worn out. The little curtain at the start of the manga show Ranma appeared on screen. First Raisa, then Paula, began to follow the tune, softly:

La vida es dura

Hay que pelear

No es fácil

ni para Ranma

Paula could barely sputter. Raisa started to stroke her hair, distractedly, eyes trained on the screen. Paula rested her head on her sister's chest, as if in the grip of extreme weakness.

They were asleep when I left, cuddled up against each other, almost symmetrical. They looked like the same person before and after an accident.

When I stepped into my building, I saw Henri's trampled jacket hanging on the railing in the foyer. It was possible someone had found it lying in the stairwell.

I knew that he would be on his couch, half-unconscious from booze. I grabbed the jacket and started to fold it. My hands lost their strength and the jacket fell to the floor.

Once inside my apartment, I locked myself in the bathroom. I took out the ball of tin foil and opened it. The twins' teeth looked more yellow than the last time I'd looked at them. I took them out of the foil, put them on my tongue, and drank straight from the tap. I felt how they scratched my throat.

I looked at myself in the mirror. I saw the soft face of a girl without knives, punches, or betrayal. Or a broken palate. My own hand came at me fast, with unusual force. It

was a sharp slap and I was almost surprised, despite the fact that I'd ordered myself to do it. I liked the shine in my eyes, my cheeks bright with color. My eyes watered but, still, I repeated the move one more time.

At the start of the next school year, my mother told me that the twins had moved to another island, to live with their grandmother. Their mother had sent them to a private school and was now living alone, except for the burbling of the modulated frequencies emanating from the end of the hall.

During Easter break, I started exchanging letters through *El Pequeño País* with a boy from a village in Galicia.

On the back of a passport photo he had sent me, I read: This picture is from a while ago. I don't have as many pimples now.

And the P.S.: I love writing to you. You're the only girl I know who isn't from my family.

Karl, Marino, a Bitch

My house is located where two hills that form a valley converge. Thick vegetation conceals the structure right up to the last moment, when you almost run into it. A farmhouse, deliciously camouflaged by years of neglect.

Ivy covers the stone façade, the plants bordering the path point and jab, get in your eyes, unused to something in the way of their growth.

Once I saw in some documentary—I can't remember which—that the reason we feel panic when faced with a tiger, but not with a vine, is a simple question of speed. A tiger is faster than you are, it can leap upon you, kill you in no time. A plant could do it, too, if it weren't for its slowness. Surely it would want to. To demonstrate, the filmmaker

included a fixed, time-lapse shot of a jungle, an uninterrupted recording over several months. The plants suppressed each other, crushing the weakest specimens to the ground, burying them, strangling the stems within their reach, as they fought desperately to climb the highest, in search of light.

It follows that the peaceful greenery I am contemplating from my window is actually an excruciating, slow war. When the sun goes down, when there is no sound to be heard, I imagine that silence is the roar of battle.

From this same window, I can also watch the neighbor's dogs. Karl is Dutch, about sixty. He's lived here in his crumbling house for thirty years, yet he only speaks a few words of broken Spanish, interspersed with onomatopoeias of his own invention. We almost never see each other. Every once in a while I bring him a pot of what I've cooked and he, in turn, provides me with long chats full of noises and sound effects, it sounds like kids playing make-believe war.

Karl owns several dogs, but two clearly stand out. One is called Tina, after the great love who abandoned him and left him alone in these mountains; the other doesn't have a name. Tina is big with black, shiny fur. Sometimes I see her roving, dark form at night, her eyes shining very close together, and for a moment I mistake her for a wild boar.

The nameless one is a non-descript bitch with jutting canines and perpetually offended eyes. She has a big dog's head that contrasts with her small body. She eats like a bird of prey, opportunistically, behind the other dogs' backs, as if instead of a dog she was an old woman with Diogenes syndrome.

Sometimes, when the rest of the dogs are barking at a stranger coming up the path, the nameless bitch goes ahead, turns back to face her companions, and growls, as if she were defending the unknown walker. But I know she only does it for a chance to stand up to the others, to be contrary.

Thanks to my observations, I'm sometimes able to predict her behavior. I see her in a particular situation and I ask myself, what would I do?

Tonight, she's eating out of a rusty can. Every time she pulls her snout away, I see how the oxidized edges have cut her face. I leave the house and approach her. The can is almost empty, there's only a bit of meat at the bottom, but she keeps burrowing her nose inside, attempting to get the last morsel, hurting herself more and more in the process. I don't speak to her. She's whining in pain, but every time she lifts her head I ask myself what I would do in her place. I tell myself that I, too, would go back for more meat, regardless of how much my snout bled.

The ten or so houses in the valley are inhabited by people who have renounced some things and taken others, people who sometimes feel alone, misunderstood by the rest of the world, but hold firm to their positions.

Everyone knows everything about everybody. As you speak with them, an intricate web starts forming, one in which anything could happen: the crazy lady was married to the rich guy, the twenty-something kid has four children in other countries, the youngest of the family of Buddhists has turned out to be a bodybuilder.

There is a clear separation between the upper part of the valley and the lowest area, closest to the ravine. The upper valley adheres to a certain order, a kind of happy-family canonic law with a tranquil, organized system. The lower zone that looks over the precipice is wild and inhabited by lost children who have become adults.

To cross the border between the parts of the valley, you must travel through the "enchanted forest." It's the ravine, coursing with a river of icy water. The native trees that survived the fire of '86 grow alongside creeping plants and bushes introduced by

the people who live there, giving the forest the appearance of an immense and abandoned jungle garden.

I live between these two parts, just before the enchanted forest. Sometimes I take a cold bath, put on clean clothes, and sit to write in front of the window with a clear head. Other times, I get drunk at somebody's birthday party. I usually drink wine that I bring myself, while the others, most of them abstemious, smoke joints and take speed. I've woken at dawn in the ravine, half dead, more than once. I make my way home, puking on every other tree, crawling on all fours up the slight incline. My house is beautiful and filled with light, full of overlaid rugs, with its ceiling of beams and reeds, like in a storybook. It contains three chests, six windows, and two ghosts.

Near the middle of the valley, there is a big, ramshackle house, abandoned beneath two palm trees. It doesn't appear to have been destroyed by the pacific decline with which nature goes about consuming objects, but as if by a sudden force. It's Marino's house.

Marino doesn't live here anymore. I've been told a lot about him, but I only saw him once, in the village tavern. I'd guess he was about sixty. He looked like a wiry scoundrel, in his jeans and black T-shirt with a tiny hole worn through at the chest. A gold safety pin struggled to close the tear. We had something like a short conversation. In a rough voice, he bid me farewell:

"May you be very happy and have sons with beards."

The land on which the house sat had belonged to his wife. When they separated, she moved to the village and he stayed on, building that imposing shack with his own two hands, day by day. Wooden arches, a porch, rooms with two floors, a tiled pool. He lived in solitude, building the house, tattered and taciturn. He hardly ate. A piece of ham, sometimes; a few

figs from a nearby tree. He slept outside next to the orchard, in a sleeping bag, so the wild boars wouldn't rip up what he had planted. If you heard a rough, insistent scraping in the middle of the night, it was Marino, who couldn't sleep and was sanding the porch railing.

At some point, his ex-wife filed a police report to get him off the property. The cops who came around to evict him got covered in mud and caught in thorns as they made their way down the trail to the house. When the police came to accuse me of having eaten a baby, there was a moment when I looked at them and wondered if the same thugs would always be sent to our valley to get lost on the goat paths, terrified of us—the people who live in homes that look like monstrous dumps.

Marino asked for time to pack up and leave. They gave him two days. All he had was a backpack with a pair of pants and a packet of Príncipe cookies.

The night before he left, he took a hammer to the house and destroyed it all. The whole valley echoed with the sound of the blows.

Some things are hard for me to write. It's almost like wrecking, in one night, the house you've been building for years. You suddenly realize that the house you're working on is only worth something if you break it and leave the pieces exposed, wreckage for all to see.

Legal documents say the house belongs to the ex-wife. Everyone calls it "Marino's house."

The first time I entered the ruins, I thought of a natural catastrophe. In vandalism, in dinosaurs.

On the lower part of the wall, written in pencil, in very small handwriting, I read: *Life ruins everything but that's the way it is and you have to accept it.*



Juan Gómez Bárcena

Santander, 1984

Juan Gómez Bárcena holds a degree in Literary Theory and Comparative Literature, History and Philosophy. *Los que duermen* (Sexto Piso, 2019) was chosen by *El Cultural* as one of the best first works of the year. In 2014 he published *El cielo de Lima* (Salto de Página, 2014), which received the 2014 Premio Ojo Crítico de Narrativa. His last novel, *Kanada* (Sexto Piso, 2017), was awarded with the Premio de las Letras Ciudad de Santander; the 2017 Premio Cálamo "Otra Mirada", and was a finalist for the 2017 Premio Tigre Juan.

When and why did you start writing?

It was 1991; I was six years old and the newspaper *Diario 16* started a series of collectibles called “Chronicle of Humanity.” Since my parents didn’t want to buy it, I decided to write those chronicles myself, scribbling with more imagination than rigor in nine school notebooks. My parents didn’t buy me “Chronicle of Humanity,” but they did have the foresight to save those nine notebooks. They still have them today.

What themes are you concerned with?

Time is the essential theme in my work. But if we must believe Rulfo’s affirmation that there are only three themes in literature—love, life, and death—I suppose that this means that, in the end, my real theme is death.

Who are some of your favorite writers and influences?

Jorge Luis Borges has had the most influence on my work, although other writers have also been important, such as Cortázar, Rulfo, Bolaño, Salinger, Cheever, and John Fante.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

I think among my generation of writers there are at least three notable trends, which aren’t necessarily exclusive: autofictional texts that generally revolve around the question of identity, texts which belong to what Javier Calvo called “new strange literature,” and texts that reflect on political and social questions. If I had to situate myself in any of the three, I’d place myself in this last category.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

I’m afraid that if I were given the privilege of changing country and century on a whim, I would also give in to the temptation of changing my profession.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

For years now, I have been researching the parish and legal books and notary files from the tiny Cantabrian village Toñanes, and reconstructing the lives of its inhabitants over the last four hundred years. My future novel starts from these efforts at documentation, and will go in some direction that I can’t quite define yet.

SYNOPSIS

The conquest of Mexico has ended, and Juan de Toñanes is just like the other gloriless soldiers without glory wandering like beggars through the land they helped subdue. When he receives one last mission, to hunt down a renegade Indian known as the Father who is preaching a dangerous heresy, Juan knows this may be his last chance to carve out the future he's always dreamed of. Deep in the unexplored territories of the North, he comes to believe that the man he pursues may be a prophet destined to transform his own time, and perhaps the future.

Ni siquiera los muertos is the story of a chase that transcends territories and centuries; a path pointing northward, always northward, that is to say, always towards the future, on a hallucinating journey from sixteenth 16th-century New Spain to today's Trump border wall. Conquistadors of old on horseback and migrants riding the roofs of the Beast, rebellious Indians and peasants waiting patiently for a better world, Mexican revolutionaries who take up their rifles and women murdered in the desert of Ciudad Juárez, all pass through this story, sharing the same landscape and the same hope: hope for the arrival of the Father who will bring justice to the oppressed.

Excerpt from
**NI SIQUIERA LOS MUERTOS /
NOT EVEN THE DEAD**

The first name put forward is that of *capitán* Diego de Villegas, a man with proven experience in such compromising situations, but Captain Villegas is dead. Someone suggests a certain Suárez from Plasencia, known for his more than fifteen exemplary expeditions, but it turns out Suárez is dead, too. No one mentions Nicolás de Obregón, given that P'urhepecha savages shot him through with arrows, nor Antonio de Oña, who committed innumerable atrocities against the pagan Indians, to later be ordained as a priest to protect said pagans. A measure of enthusiasm momentarily surfaces around the name Pedro Gómez de Carandía, but someone remembers that Pedro finally received *la encomienda* the previous year, sheathing his sword and taking up the whip. Pablo de Herrera is imprisoned by order of the governor, the result of certain tithes never having been paid, or paid twice, depending on the version; Luis Velasco went mad dreaming about the gold of the Seven Cities. Without Indians to kill, Domingo de Cóbreces returned to his previous occupation as a pig-herd. Alonso Bernardo de Quirós did everything he could to obtain the viceroy's favor on the battlefields of New Galicia, la Gran Chichimeca, and la Florida, and then turned up hanged in his own house, clutching

a final letter addressed to the viceroy in his right hand. No one doubts either the perseverance or skill of Diego Ruiloba, but neither do they doubt the tepidness of his faith, reason enough to discard him from the command of this sensitive situation. To arrive at the right name, they'll have to dig deep down in the pile of scrolls, grapple with an abundance of human weakness and failures, pass from captains to cavalry sergeants and from cavalry sergeants to simple soldiers of fortune; a path paved with men who were too old or who had returned to Castilla, mutilated men, rebellious men, men tried by the Holy Office of the Inquisition, men disfigured by syphilis, dead men. Until suddenly—perhaps to save himself the effort of dusting off more dockets and files—one of the clerks thinks to suggest the name of a certain Juan de Toñanes, former soldier of His Majesty the King, former treasure hunter, former almost everything. The clerk has never met him personally, but Juan de Toñanes is said to have evaded poverty by pursuing fugitive Indians escaped from the *encomiendas* of Puebla. A humble man, unworthy, perhaps, of the enterprise at hand, but with a reputation as a competent man and good Christian, endowed with an almost miraculous ability to always return with the Indian in question, shackled and in one piece. *God strike me down*, the clerk continues, *if this occupation isn't the selfsame enterprise Your Excellencies need someone for; a mission that, excepting of the obvious differences, consists precisely in locating a specific Indian and bringing him back, dead or alive.* The clerk falls silent, and the viceroy, who has also begun to lose his patience with the search, orders the clerk to review his papers for news of this Juan de Toñanes person. He finds nothing more than a thin, moldy file, from which they can deduce that, in his soldiering days, Juan was neither the best or the worst of the bunch; that he bled in many small skirmishes without distinguishing himself in any of them, neither for cowardice or bravery; that for years

he sent letters to the viceroy requesting—unsuccessfully—to be granted an *encomienda*; that later he begged—dripping in deference—for a sergeant’s appointment in the expedition from Coronado to la Quivira; that lastly, he had appealed—receiving no response—for a post in Castilla far below his merits. To all appearances, Juan de Toñanes was a common man, but of the most uncommon kind, given that in all these years he had managed not to defend heresies, engage in duels, take part in brawls or scandals, curse God or His Majesty the King, stain the reputations of maidens, or find himself deserving of prison or ignominy. Before the clerk had even finished reading the record of service in his hand, the viceroy had already decided to suspend the search and summon this Juan de Toñanes of unknown talent and skill, but of whom, like any Spanish soldier, a certain facility with the sword and at least a moderate taste for adventure could be expected.

Two raps of the doorknocker wake the dog and the dog’s barks wake the woman dozing beside the hearth. In one corner of the tavern, four men linger still, unsteady from drink. They exchange cards in silence by the light of a single candle, indifferent to the knocks at the door and the hammering of the rain on the roof and the sound of the five leaks that drip intermittently from the ceiling into five tin cauldrons. One of the cauldrons is already overflowing, leaving a puddle the dirt floor doesn’t manage to absorb. It should have been emptied hours ago, the woman might have time to think as she lights the oil lamp and goes to answer to the door.

Two men wait in the hall, sheltered under their capes and sombreros. As soon as the woman has turned the key in the lock, they burst into the tavern, stomping their soaking wet boots on the threshold. One of them curses under his breath; it is unclear if he directs his profanity at the storm, at the night that has caught them unawares in this remote corner of the

world, or at the dark-complexioned woman who helps them shrug off their wet over-clothes. Their capes appear waxed by the rain and when they remove their hats the last drops spill onto the floor. Only once she has hung their hats and ponchos does the woman have a chance to observe the men by the lamplight. She sees their eyes and pale skin and coppery beards, she sees the fine shirts they wear, the belts made of thin leather straps, and she sees, above all, their very white hands, clean and surely soft, hands made for the brush of scrolls or silk and never, ever, for working the land. The strangers do not return the woman's gaze, they don't take any notice of her, or if they do, they avoid her just as they avoid the attentions of the dog sniffing their riding pants and leather boots.

At the back of the tavern, the four men lift their eyes from their cards and jugs of pulque. The whiteness of the newcomers' skin is so extraordinary that the men swivel their heads, called to attention by the sudden surprise. They are, without a doubt, Spaniards, men of the court perchance, the viceroy's clerks or bureaucrats, and once free of their capes and hats they stroll through the tavern slowly and with aplomb.

The strangers finally select a table, most likely the cleanest in the tavern, but still the woman rushes to scrub at it with a damp rag. Meanwhile, she recites the lists of dishes with which it would be a pleasure to serve *vuesas mercedes*, your noble sirs. The house-baked bread your Excellencies must try. The two well-ventilated rooms available in which, should your Graces so desire, they can spend the night. She refers to them in this way, indiscriminately, *vuesas mercedes*, your Excellencies, your Graces, trusting that one of the forms of the address will be appropriate for the strangers' status. But the strangers don't want food or lodgings. Just drink. Just two cups of wine. The woman stutters, informing them that, unfortunately, they have no wine left. They ask for *aguardiente*, and there is no

aguardiente, either. One of the men turns and points to the men playing cards:

“What are they drinking?”

“Pulque, your Excellency . . . this humble tavern only serves pulque, your Grace . . . a drink unworthy of your noble palate, sir . . .”

“Pulque, then,” the other pronounces.

As they wait, the strangers return to their judgment of their surroundings. They look at the woman, obviously an Indian, as she enters the galley kitchen to fill their bowls of pulque. They look at the card players at the next table, undoubtedly Indians as well. They observe their callused, dirty hands, their brown skin, their worn clothes, until the Indians in question—unable to withstand the strangers’ gaze another instant—return, hang-dog, to their game. The players seem confused; they have forgotten whose stake it was. The strangers are satisfied by their discomfort. They look then at the cauldrons strewn randomly on the floor. The hearth. The poorly patched ceiling from which hangs a string of chile peppers and two rather scrawny, unplucked turkeys. A barrel sawn in half to make a seat and a door off its hinges to serve as a table. The row of dirty pulque bowls on the tabletop and the simple wooden cross on the opposite wall, hung out of conviction or fear, who knows which, like the hams hung by Jews in their shop windows in Castilla. In some places, the floor is adorned with a patchwork of round fieldstone, which become ever more scarce as one advances toward the back of the tavern, giving way to a simple floor of packed earth, as if someone had once attempted to improve the place but eventually ran out of either gold or hope. On its mat by the fireplace, the dog sighs sorrowfully, deep in slumber, subjected, surely, to nightmares.

The woman returns with two jugs of pulque and a plate of fried tortillas no one has asked for. On the rim of one of the jugs,

white marks from of a pair of lips are clearly visible. The men stare at the stain, as if willing it to be erased.

Before she leaves them, the woman bends to perform a complicated curtsy, but one of the men grabs her wrist. There is no violence in his gesture. Just unobjectionable authority, to which she submits with resignation.

“We’re also looking for a man,” he says, and the woman prepares herself to listen.

They seek the owner of the tavern, and at the foot of the stairs leading to the bedrooms, he finally appears. The strangers observe his approach and don’t move an inch. They do not stand to receive him. They do not extend their hand in greeting. They don’t do, or say, anything. They remain in their chairs, and from their positions judge the man that makes his way toward them, swaying, barely managing to avoid the cauldrons into which the raindrops splash. He looks to be forty or forty-five years old and still has all, or almost all, of his teeth. They look at his messy hair and untidy beard. The blurry eyes. The poorly-buttoned shirt. He is, perhaps, a man just out of bed, spurred to action by the woman’s call, someone who has reached the age when it is customary practice to turn in early. He is, perhaps, simply a drunk. They prefer to believe the second option: alcohol has always been an excellent companion for difficult enterprises. At least for a certain class of enterprise and certain class of men.

An empty chair sits at the table. Wordlessly, one of the men points. It’s the same imperious hand that held the woman’s wrist; now it pulls the recent arrival over to the chair without the need to touch him.

“You are Juan de Toñanes.”

It doesn’t sound like a question but a statement, and it takes the tavern owner a moment to answer. He is able to think many things in that span of time. He looks at the

untouched tortillas and the *jícaras* of pulque, filled to the brim, and the two strangers who have not deigned to take a single bite or sip. The one who spoke holds his gaze, as if he expects to read a reply in his eyes. The second stranger doesn't even bother to look up. He has taken a small knife from his belt, a gold-handled dagger that wasn't made to wage war but rather to open wax seals or slit the pages of uncut books. He dedicates himself to shaping his fingernails, which are otherwise trimmed and pristine. .

"Yes, I am Juan de Toñanes," Juan de Toñanes replies.

And then, attempting nonchalance:

"What I am accused of?"

"What's that you say?"

"Isn't that why *vuesas mercedes* are here? To apprehend me?"

The stranger lets out a long laugh. He laughs so long that his companion has time to finish his left hand and begin on the right. No, not at all: the higher ups are very satisfied with Juan. If only he could have been in the palace to hear the clerks and the governor and even the viceroy himself speak of his feats. That is precisely why they have come: to thank him for the service he has rendered to the Crown, a service noted and recognized by all. And to take advantage of his generosity, perhaps, and request his assistance once more. That is why they have come so far. And he shouldn't have any illusions that finding him had been an easy task, no. If he knew how many dusty roads, how many towns both large and small, how many leagues they had to deviate from the Royal Road until they found this godforsaken tavern.

"My assistance?" Juan asks, as if it was impossible to believe that his coarse, scar-hardened hands could be of use to anyone. "I regret to tell you, noble sirs, that it has been a long time since I set out on adventures and campaigns."

The man laughs again. He points to the untouched pulque.
“Well, we certainly haven’t come for your wine.”

He waves his hand in a vague gesture that encompasses the whole of the tavern. The woman, busying herself in the little kitchen, and the four card players, who still appear to be playing although they haven’t taken their eyes off the strangers.

“This can be different. The Spanish, as you know, don’t go where there is wine, but where there is gold to purchase it.”

As he speaks, the stranger unhooks from his belt a wineskin glistening with raindrops. He hands it to Juan companionably. Juan holds it for a moment, unsure whether to raise it to his lips or return it to the stranger.

“Come, drink. You’re Spanish yourself. You know how to appreciate good wine.”

At last Juan takes a long, thorough swig. The wine is delicious: it bears no the hint of the stunted vineyards of América, but the rich taste of the faraway wineries of Castilla. When he finishes, Juan wipes his beard with his sleeve and offers the wineskin to the second stranger, perhaps because he thinks the man must be thirsty, or to save him from his abstraction. The stranger doesn’t appear to register the offer. He continues to fiddle with the little dagger, removed from all that is being said or done at that table.

“Well then, what would the viceroy have me do?” Juan dares to say, emboldened by the wine.

The man starts. The dagger stops moving for an instant, as if someone had said or done something inappropriate. The other speaks first, attempting to expunge Juan’s words. Who said such a thing? Has he, or his companion, perchance, made any reference to the viceroy himself asking for something, needing something? Is he insinuating that the viceroy is a beggar who requests charity from his subjects? The viceroy, Juan must know, asks nothing of him. Nothing at all. They

are simply relaying an invitation. A mission, he could call it, if it weren't for the fact that the mission will never appear in any records, or in anybody's memory, nor is anyone ordering or financing it. It is not actually a mission: that must be made clear. But on the other hand, if he completes it, the viceroy will heap riches upon him. One could say that it *is* a mission if completed, and that it *isn't* one if—God forbid—it should fail. But even if successful, it couldn't be called a mission in the strict sense of the word, because completed missions are boasted of in taverns and in ports and in palace corridors and fortresses, and Juan could never speak of these affairs, no matter the number and class of men who inquired. Not even in the confessional. Because if God already knows everything we do, why bother repeating it, and if He doesn't know, what are we referring to as God? Doesn't he agree?

Juan nods. Yes, he says, he agrees, unsure why he is nodding or with what he agrees. His answer seems to satisfy the strangers. The first continues to speak, more calmly now, and the other returns to tending his nails. The blade shines between his fingers in the firelight, as if he were holding a tiny sun. Anyway, his companion is saying, with these questions clarified and the issue perfectly understood, we can, for the sake of simplification and instruction, call the mission a mission. And we can even say that it is the viceroy who is ordering it, although that would be an exaggeration, almost a lie, really. And what the viceroy wants, if the viceroy were to want something, is very simple, he says, laughing again. It is so uncomplicated for a man with your experience that it almost makes one, well, laugh. You just have to find a particular Indian, somewhere in the Gran Chichimeca. Find him and end his rule, he explains, because it has to be admitted that the Indian has recently gained a measure of prestige among the savages. You know that's what the Gran Chichimeca is,

a savage place, and as enormous as its name suggests. You know that it's a wild territory, capable of causing the swords of less worthy, less valiant men to tremble: a place even feared by the Aztecs, so bloodthirsty themselves. It wouldn't escape the notice of a knowledgeable man like Juan that in Náhuatl the word *chichimeca* means "dirty and uncivilized dog," he explains. But he also must know that someone who, as a boy, took part in the siege of México-Tenochtitlan; someone who pledged his sword to Cristóbal de Olid in the Hibueras and to Nuño de Guzmán in the conquest of New Galicia; someone who made such good slaves of so many on the fields of battle, isn't afraid of the Gran Chichimeca, or anything else.

Juan doesn't respond at first. He listens in silence and with a certain distance, as if the events being related weren't from his very own life, as if they belonged to another man's past. In some ways, this is the truth: everything the stranger has recounted seems to have happened to another person. It is difficult to see a soldier in Juan, imagine him with a helmet and musket, with his own horse and own spoils of war. One couldn't be faulted for imagining that he had been there forever, serving bowls of pulque and corn tortillas in a tavern rotting slowly at the edge of the world.

"The Indian . . . is he *chichimeca*?" Juan asks, attempting a soldierly tone.

"No. He's from this area. Tlaxcalteca, I believe."

Juan shakes his head. He reaches to tear off a piece of cold tortilla and put it in his mouth, as if the mention of war has brought back his appetite, or courage.

"Then your work is done."

"What do you mean?"

"There is only one thing the *chichimeca* hate more than a Christian, and that's the *tlaxcaltec*. You can presume your Indian is dead."

The second stranger looks up suddenly from his hands and dagger. His eyes are blue and they are dead, or the closest thing to death that Juan remembers. They are eyes that have only contemplated horror once it has already been transformed into figures, memorials, files. Eyes that have seen no more bloodshed than the red speck on a poorly-shaved neck, and perhaps this is why this man has grown tired of demanding the blood of others from behind his clerkship, without understanding what it is he demands.

“Not this Indian,” he says, and his voice is so hard, so weighty, that it is proof enough.

No one speaks for some time. The stranger has turned his focus back to his dagger and his spotless nails and the other is staring at Juan, waiting. The only sound is the slap of the cards on the table behind him, the plink of water on water, the din the woman makes with crockery and pots in the kitchen galley, despite the fact there is nothing left to be cleaned.

“What has this Indian done that so concerns *vuesas mercedes*? Taken a maiden by force? Burnt a church? Came for the throat of the viceroy himself?”

The first stranger shakes his head, a faint smile still on his lips. He says the reasons are not important. He says they are not going to give him those reasons but that instead they have a thousand golden reasons to give the man who finds him, every one of them stamped with the depiction of King Juan Carlos, God save him. He says the gold comes from high up and so do the orders and the higher ups are never mistaken, and if they are, then they—those below, that is—are never the wiser. Therefore, if Juan wants to accept the mission, the mission that strictly speaking isn't a mission, ordered by no one, he will have to forget about explanations and settle for the gold. And the gold, he adds, encouraged by the renewed attention with which

Juan looks at him, is capable of things many men wouldn't believe. Enough doubloons can turn the most ramshackle tavern into a prosperous one; a stop along the royal road, even; with fresh horses and abundant wine and Christian customers; no leaky roofs and no Indian maids behind the counter, but good Castilian girls to serve drink without shame or disgrace.

For a few moments, Juan watches the mouth that has just issued those words.

"That woman is not a maid," he says. "She's my wife."

A heavy pause.

"I've already told *vuesas mercedes* that I was finished catching Indians a long time ago."

His voice would like to command respect, but only begs forgiveness.

"I understand," the second stranger says, sheathing his dagger.

The men rise slowly to their feet, as though they want to give Juan time to regret his decision. But Juan doesn't regret it, and if he does, he doesn't dare say so. He stands, too. He does it slowly, with difficulty, perhaps to imitate their movements, perhaps because so many years of experience with the sword weren't in vain.

Before he makes for the door, the second stranger turns his blue eyes on Juan. They will be in the village for three days, he says. Not an hour more. He has until then to change his mind. He says this as he roots around in the pouch at his waist. It looks like he might be about to shake Juan's hand, but he doesn't. Instead, he takes out a coin and tosses it in a contemptuous arc. A coin that is no more than a flash of gold passing through the air before vanishing with a white splash into a jug of pulque.

The woman catches up to them at the door. She helps the strangers into their capes and hats, now dry or almost

dry from the warmth of the fire. Juan thinks he catches a particular glint in the way the men look at his wife. A look that in some ways resembles how they had looked at the bowls of pulque. The corn tortillas. The five leaks in the ceiling, ringing in the depths of the five tin cauldrons.



Aixa de la Cruz

Bilbao, 1988

Aixa de la Cruz earned her PhD in Literary Theory and Comparative Literature. She has published the novels *De música ligera* (451 Editores, 2009) and *La línea del frente* (Salto de Página, 2017), the short story collection *Modelos animales* (Salto de Página, 2015), and the essay *Diccionario en Guerra* (La Caja Books, 2018). *Cambiar de idea* (Caballo de Troya, 2019) is her most recent book. She writes monthly on feminism and gender in the *Periódico Bilbao* and bimonthly in *La Marea*.

When and why did you start writing?

I always remember writing. At the age of five, I illustrated a story on a few folded pieces of paper that intended to be a book, with a cover and everything. My teacher, really proud, showed me off like in a travelling zoo through the older kids' classrooms and I've always thought, somewhat embarrassed, that my calling comes from that moment, the earliest applause I got in my life.

What themes are you concerned with?

With time I've turned into what I most feared: a political writer. I thought that literature had to remain in the symbolic margins (maybe there is still a part of me that believes that), but I am more and more interested in the struggle on the ground, and the themes that are not universal or eternal, but urgent all the same.

Who are some of your favorite writers and influences?

The truth is that I've stopped reading almost all of the writers I venerated during my late teenage years: Roberto Bolaño, Javier Marías, Enrique Vila-Matas . . . Someone I discovered at that time and who I've never taken off the pedestal is Antonio Orejudo. I had barely even heard of the the women who would re-educate me years later: Siri Husvedt, Paul B. Preciado, Doris Lessing, Belén Gopegui . . .

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

In short fiction, the break from traditional forms and, in general, texts that borrow from different genres and challenge classical structure: intimate diaries that incorporate a philosophical disertation, short story collections that include political manifestos, books of poetry that function as memoir . . .

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

A French theorist in the seventies.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

Having a daughter has taken away my interest in writing (for the moment). That compulsion to create, the need to produce, vanished, because I felt like I already had.

SYNOPSIS

Cambiar de idea is a hybrid text in which the author moves between memoir and essay as she explores the various milestones in her life that, on the cusp of turning thirty, have led her to rethink her views. In this book, growing up is learning to contemplate the pain of others head on, without trying to take refuge behind theory; it is developing political consciousness; and above all, a fight and reconciliation with feminism. Because women aren't born aware of the oppression they face for the mere fact of being women, the author shows the perverse way in which misogyny conditions all of us by telling us how we have been victims and victimizers. In the same chapter, she narrowly escapes a sexual assault and confesses the dynamics of an assault she carried out in her homosexual relationships. The objective is to achieve an extreme transparency, uncomfortable for the one writing, in which the reader can feel both reflected and questions. Written in 2017 in the early days of the #MeToo movement, this book has a lot to do with the testimonies of those that aspire to build a ripple effect that invites readers to change their own minds.

Excerpt from
CAMBIAR DE IDEA / CHANGING MY MIND

When I got to Granada, I was already over the shock phase. I wasn't a beginner. Moreover, I now had in my possession the means for making life a party. I didn't have to kneel in bar bathrooms anymore. I had my own room and my own bed. I went to classes on cultural materialism and feminist theory and gender studies and acquired a framework that would lend transcendence to whatever I got up to at night. I dressed up as a madwoman in the attic for Halloween; during carnival, after we'd studied Judith Butler's performance theory, I wore a tight dress, spike heels, and a sign around my neck that said: woman. Dressing up as an object was the same thing as being an object, but with ironic distance. The lines to get into the popular clubs got shorter, waiters served you right away—with a smile—even bureaucratic processes were sped up. The fact that I was so used to male attention that I snubbed it was nothing to be ashamed of. I confused lesbianism with my love for a challenge. Although I never used that label. Sexual orientation was a spectrum and I was moving toward the pole opposite the one I'd started from. The pole of departure was never *real*. I had been raised within a binding heterosexual framework that had conditioned and limited my transition to adulthood, but now, at last, I was free.

One night—early morning, actually—I met Milena. I was with Lisa and Laura, two friends from my masters program, at one of the trendy dance clubs downtown, and we had some molly. It was a weeknight and the dance floor was practically empty. I noticed a girl with her hands in the air, dancing in circles to a beat that didn't come from the music playing in the club, but from whatever was playing in her head, and I guessed we were probably high on the same thing. She was with five guys dressed like she was, huge sweatshirts and sneakers. Her masculine get up was kind of sexy, like she had just been fucking and had thrown on her boyfriend's clothes, although it didn't look like she was with any of them. Good vibes. Rule number one is that they aren't surrounded by women. I had just been explaining this to Laura in line for the bathroom: if they're straight, it works at the end of the night, especially if they think they're beautiful and have gone off with some idiot and lost their friends at the last club. They know that unless there's a miracle, they're going to end up in bed with the most annoying guy in the group they've ended up with, that they'll do it for exercise, for something to do, probably as a favor. If you go over to them, they always think you want to steal one of the male simians. The girls are aware that they're simians, but they still feel threatened, they can't help it. And then comes the kicker, when they realize you don't want to hook up with the guys, but with *them*. If they're still partying, if they're yawning but haven't gone home yet, it's because they still hope something exciting could happen, and this is exciting, exotic, what they were waiting for.

When I approached Milena and swallowed her up with my toxic pupils, I knew that she didn't fit the profile I had detailed for Laura, but even so I moved in with the usual method. Where are your friends? She pointed to the guys hanging around her, who were now jumping up and down in time to a Rammstein song. She told me that she was out that night with her housemates, and shrugged. She was eighteen and from a town in Jaén. She was on

speed and absinthe, not ecstasy. She had only been in Granada a little while, she studied Fine Arts and took pictures of helium balloons—heart or cartoon-shaped ones—when they landed in industrial sites or dumpsters after kids let them go. As she spoke, I stared at her lower lip, so thick it creased in the middle, and pulled her slowly off the dance floor and over to the wall, and when she was against it, I slowly closed the space between us, stroking her hair. I like your hair, it's really soft, like sand, and we started getting looks. We had twenty pairs of eyes on us, the eyes of men who jacked off to lesbian porn, so I suggested we go outside to smoke. We held hands so we wouldn't lose each other in the crowd around the bar. I went first, finding gaps and clearing a path, exaggerating how packed it was so we would rub against each other, and I felt like if it went on much longer I was going to get off right there, from the heat I felt at my back and knew was hers. Drugs never sat so well with me again.

Outside, Milena's cheeks were slick with sweat and the little droplets sparkled like glitter under the neon lights at the door. I put my arm around her waist, pulled her to me, and sucked that lower lip that looked like it was about to burst. She didn't kiss me back, but she didn't pull away, either.

Not here. Let's go to my place.

The sun was rising as we walked and I was getting tired, so I took out the gram of molly and we shared the leftover crystals.

This reminds me of that candy powder I used to have when I was a kid, she said, but that was sour and sweet and this is just bitter. Do you remember those little packets? And those chocolate cigarettes. We weren't allowed to have those.

We were walking down an empty alley with views of the Darro river. The whitewashed walls of the Realejo quarter reflected light like a divine apparition and we were totally entranced. I wanted to say something but I couldn't remember what, and that's when her housemates showed up.

At first, I didn't care that they harassed me with questions and pulled me away from Milena, that they catcalled and encroached pretty grievously on my personal space, but then one of them went too far: he grabbed me and tried to forcibly kiss me, and despite the serotonin injection circulating in my system, usually allowing me to make peace in hell, I lost my patience and started shouting.

Let's get something straight, I think you guys have it all wrong. I'm here with her.

I slapped at the air and managed to hit the shortest guy on the face. He jumped back and exclaimed vindictively:

She's not even a dyke, she's just a slut.

I sped up and met Milena, who had hung back and was walking along the edge of the curb on her tiptoes, like a tightrope walker. I was a gymnast when I was little, she explained with a big smile. And then: let's take a selfie. You're so pretty. Tomorrow I can tell my friends that I met an actress or something and they'll totally believe it. That made me laugh and she wobbled. I held her so she wouldn't fall, felt her breasts against mine, and instantly forgot all about the harassers. I nibbled that inflated lip and she didn't resist and everything went back to being mystical and perfect.

I need to take your clothes off *right now*.

She pointed to the building at the end of the street and said it was where she lived, that her housemates were already inside, and it was true because now we were alone again in that corner of the Realejo. We started running and reached the doorway in a matter of seconds. She unlocked the door and I took her arm and pulled her into the elevator. I was on drugs but I wasn't crazy. I refused to cross the threshold of that potential rapists' den, so we'd have to make do with the elevator's coffin-sized dimensions. I took off her sweatshirt and saw her narrow little body, a girl's body, and two round tits that weren't girl-like and I turned her around sharply, as if I didn't want to see any more. I faced her against the wall, unzipped her pants and started stroking her from behind, over

her underwear, with both hands. When her panties were damp, I moved the fabric aside and slipped into her, almost without meaning to. Milena moved her hips so my fingers could reach where they weren't reaching, rubbing against me as she did, and that was enough for me to come, fully clothed, in under five minutes. After that miraculous occurrence, when she told me that she could never get off standing up, that she needed to lie down, I couldn't not go to her room. She took my fingers from her pussy and put them in my mouth. What was I going to say? She pushed the button for the third floor and I went along for the ride.

If we're lucky, they'll already be in bed, she whispered, and all seemed calm from the apartment doorway. We still took off our shoes and tiptoed down the hall. Her walls were papered in pictures and posters of Ariana Grande. I don't like feeling like I'm being watched, but I'm also not the superstitious type, so we laid down and I started fingering her again. I tried to unhook her bra with my free hand at the same time. I couldn't get it at first but I kept trying; my ex-husband had always been able to do it on the first try and how could a man possibly have a better hang of those hooks than me and I guess I got distracted from the task at hand, I missed the mark and was so rough that Milena cried out, not a loud cry but loud enough to be heard through the walls. A stern fatherly voice started calling her name. She leapt out of bed and threw on her clothes and disappeared down the dark hallway. I heard a far off bang, something bouncing off the floor. I guessed that she must have tripped and I waited in bed, practicing with the clasps on my bra. Nope. Couldn't unhook it with just one hand. My perception of time was fluid and I didn't know if seconds or minutes passed before Milena came back, but she burst into the room a mess, her face red from crying, red and swollen like one of her balloons.

Stop fucking up my fucking life! Just stop fucking up my fucking life, all of you!

It took me a few seconds to realize she wasn't shouting at me. She was talking to the wall.

I approached her as one approaches a dangerous animal, with caution, and ran my fingers down her back. She shook in a way that made me think she'd been hurt.

You're still here! Thank you!

She buried her face between my breasts, staining my skin with mucus and tears that would dry into a kind of crust. Then, between hiccups, she started talking to herself.

I thought things would be different from back home. But it's the same, the same, the same.

I sobered up immediately. I had been on my feet for twelve hours and I didn't know how to get back home. I'd have to call a cab. The night was over. I couldn't wring another drop from it. How much cash did I have in my wallet? I started gathering my stuff while Milena begged me to sleep over, she was afraid of being alone, she said. But all of us are alone and I don't even know you and I didn't come here to sleep. I gave her any excuse I could think of. The last time I saw her was from the doorway, a teenager hugging her pillow, vehemently sobbing in that way we don't actually cry over and I thought about how I was out of that phase, and how good that was, what a relief, how glad I was not to be her.

Six months later, as part of my farewell tour of Granada, I went back to the club where we'd met and found myself in a completely different ecosystem, saturated with cocktails with straws and kids in suits. There were no drugs that night, but I was plastered. Begging and sputtering and hitting on a classmate I'd barely spoken to all year because I turned red and stuttered in her presence. Marie was so beautiful and so straight and so obviously had a boyfriend that my hounding her was humiliating for both of us. I was obviously trying to hurt myself, slam my self-esteem into a brick wall, but she didn't deserve to be made my wall so I backed off, came to my senses and apologized, and left the club with an Italian guy

who had been sniffing around all night and who Marie thought was really good-looking. Maybe I'd feel better after fucking someone who had a better chance of fucking her than I did.

I hadn't kissed a man in a long time. I realized this on the flea-ridden couch in the student apartment where the Italian started to grope me. I also remembered that I never got off with guys I didn't know at all, but that night was a simple case of doing something just so I wouldn't have to say that I hadn't. We barely touched each other. He took off his clothes, I took off my clothes, he was on top, I was under him. He kissed me with exhausting intensity, love-in-wartime kissing. Put on a condom, I insisted, and touched his cock to motivate him. I don't have a condom, he replied. Okay. Well, arrivederci. I tried to sit up but he held my wrists. What the hell are you doing? He started jabbing randomly between my legs, trying hit the mark, but he wasn't very skillful: it was dark and neither one of us had the use of our arms. I clenched my teeth and struggled like we were locked in a wrestling match, but it wouldn't have mattered how often I worked out or how much he weighed, I was unquestionably inferior. The voice of my invisible enemy whispered in my ear: *So there are no determinate differences between men and women, eh? It's all just culture, right?* I screamed, not for help, but with rage and the exertion of a weight-lifting competition. Luckily, I woke his housemate who had stayed in that night. He called the Italian's name like a question, like he wanted to check that everything was okay, that there hadn't been a break-in. The Italian hesitated and I got free and ran. I grabbed my bag, dress, and shoes from the living room and went naked into the hallway. I got myself inside the elevator and, only then, put my clothes back on.

I didn't think about the parallels between my story and Milena's until several months had passed. Right then, my only thought was to get away, even though I wasn't really scared because I knew the guy wouldn't come after me. He wasn't a psycho

from a movie, just your garden-variety rapist. The next morning, he'd be telling his friends how he brought this crazy girl home, one of those girls who change their mind at the last minute and leave you with blue balls, the bitches. And since I wasn't afraid, I had a sense of humor about the fact that the building's main door was locked. I sent my location to Marie, who was still at the club, and she came to rescue me. She buzzed several of the neighbors, but nobody answered. It was five o'clock in the morning. We could see each other through the metal latticework on the door and communicate through WhatsApp. The situation was so absurd that I had to cover my mouth to keep from laughing. After half an hour, a garbage man came down the street and Marie explained our situation to him. He suggested we call the police. Before he left, he peered into the entryway to see my face, the face of the girl who'd had something so ridiculous happen to her, and noticed something both Marie and I had missed: a switch. A white switch on the lobby wall that would open the main door like an automatic doorman. The whole night had been about my pride, about ripping it to shreds, and that switch demolished it completely. I hugged Marie and made her promise that we would keep that final part of the story between us forever.

Of course, it had to be a man. You've got to be fucking kidding me.

I've told this story so many times that now the story is all I can remember. The story and Marie's dress, so on trend that summer when half of the twenty-somethings on the Iberian Peninsula were dressing like brides. White lace. When I concentrate on that night and try to determine which circle of hell it led to, I'm struck by the thought that Marie's dress is the key. That everything would be all right if I could go back and touch it. *Yeah, right.*

The next day, I got together with my friends and recounted my misadventure exactly as I've done here, sparing no detail except the bit about getting locked in the lobby. What I got in exchange was an accounting of sexual assaults that made me think

about my experience as a rite of passage in the female universe. They talked dispassionately, like they were remembering a time they were sick, or when they got their first period, and I had the sense they were implying that I was a woman because I'd been through that thing, which couldn't compete with Sonia and the harp teacher who tried to rape her in his car when she was twelve, not mention with Lucía, her purse stolen at knifepoint by some guy who—unsatisfied with his loot—then forced her on her knees, his dick in her face for a close-up view of him jacking off. He wanted to come on her face, but he missed and ejaculated on the wall. It dried into a crust there in the underground walkway she used every day to walk to school.

Those stories shocked me. They couldn't be the norm. In Mexico, maybe, but not Spain. Or, okay, maybe in Spain, but not the Basque Country. Euskadi was a civilized place and that's why the people who wanted independence were right: the limp had to be amputated to stop the gangrenous spread. Safe and sound back home in Bilbao, I could keep defending the ideological hodgepodge I'd extracted from Preciado and Butler, from the female writers that systematized what I had intuited since childhood, since that car ride, the last time I saw the man who passed his genes to me but still isn't my father: biological determinism doesn't exist, "woman" is a cultural construct, a club that differentiates and excludes based on arbitrary norms, a club I should feel a part of but don't. Simply having a pussy doesn't give anyone the right to speak in my name; I didn't sign up for membership, someone else put me on the list. When they raise the curtain at the end of the show, when the clown takes off her make-up, no difference remains except for the aches and pains of fighting an opponent from a higher weight class, an opponent who breaks the rules, but nobody ever said life was as noble as boxing. *Man up*. Girls are a bunch of crybabies, but there's no reason you have to be a girl.



Álex Chico

Plasencia, 1980

Álex Chico has published the novel-essays *Los cuerpos partidos* (Candaya, 2019) and *Un final para Benjamin Walter* (Candaya, 2017), finalist for the Prix Européen de l'essai philosophique Walter Benjamin 2018, the book of interviews *Vivir enfrente (Nueve conversaciones)* (ERE, 2018), the notebook *Sesenta y cinco momentos en la vida de un escritor de posdatas* (La Isla de Siltolá, 2016), the essay *Un hombre espera* (Libros en su tinta, 2015) and the books of poetry *Habitación en W* (La Isla de Siltolá, 2014), *Un lugar para nadie* (De la luna libros, 2013), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011), and *La tristeza del eco* (ERE, 2008). In 2016, the Chilean press Andesgraund published *Espacio en blanco*, an anthology of his poems from 2008-2014. In 2018 he received the Montserrat Roig fellowship. His poems have appeared in various anthologies (*España hoy: una mirada desde la poesía*, Ulrika Editores, Bogotá; *Punto de partida. Jóvenes poetas en España*, Universidad Autónoma de México, among others). He has published literary criticism in diverse media outlets, such as *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Cuaderno*, *Revista de Letras*, and *Clarín*. He currently runs *Quimera* magazine.

When and why did you start writing?

At seventeen, which was a great age. For me, writing is a radical consequence of reading. This is why I started to write: to try to interiorize what I read even more deeply.

What themes are you concerned with?

Reflections on place, the way we communicate with it and how it conditions our identity. I'm interested in memory, the paths our lives take to find ourselves in a particular moment. And in language, of course, the impossibility of articulating in certain circumstances, as a mechanism that is sometimes not enough.

Who are some of your favorite writers and influences?

My early reading was of poetry, especially Portuguese poets, starting with Miguel Torga. For narrative, my favorite writers are Patrick Modiano and W.G. Sebald. I'm very interested in Polish literature, especially Zagajewski, Szymborska, and Tokarczuk. And other writers from here and there, like Carrère, Tavares, and Bufalino.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

The best literature is being put forth in the books on the borders of genre, works that drink from all traditions and try not to fit in a fixed mold. We are living in a very interesting moment of the hybridization of genre, especially in essay, which has already moved away from the academic and is closer to biography or diary.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

In Barcelona in the seventies, or that same time in Mexico. It's clichéd, but Paris in the 1920s.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

The novel I'm working on now was born of meeting someone that was part of the Infrarealist group active in the Mexico City in the seventies, a period "literaturized" by Roberto Bolaño. The story explores issues that really interest me: the border between truth and verisimilitude, the scope of writing and the literary canon ... and leads to a reflection on the key question: what are we prepared to do to complete the work we have before us.

SYNOPSIS

In September of 1940, a group of refugees left France via a secret route through the Pyrenees Mountains. They hoped to cross Spain and make their way to America, fleeing the barbarism that had seized Europe. Their first stop was a small village on the border, Portbou, a bay lost between hills and paths, and a key place on the long trek of exile. But not all managed to continue the journey. One of them, a stateless man without a nationality who the Spanish authorities renamed “Benjamin Walter,” was found dead a few hours later.

Seventy-four years later, the narrator of this story decided to travel to Portbou with the intention of discovering what happened during Walter Benjamin’s final hours. His initial investigation, however, branches out, giving way to new questions about this lost town and what has happened there, from the late nineteenth century to the present day.

Part essay, novel, diary, and travelogue, *An Ending for Benjamin Walter* lends itself a bi-directional reading, from Portbou to Walter Benjamin and vice versa, as well as a melancholy reflection on the past that questions the present, and on the difficult art of survival.

Excerpt from
UN FINAL PARA BENJAMIN WALTER /
AN ENDING FOR BENJAMIN WALTER

That's when you decide to spread out all the material on your desk. Everything you've accumulated: several notebooks, press clippings, books, slips of paper, postcards, brochures, catalogs, propaganda, photographs, folded sheets of paper, county maps, phone numbers, ideas shunted to the margins of the page. You try to assemble the pieces in order to decipher them like signs or signals: you know that if you look closely, a hidden nexus connects them. What you have before you is a work written in pieces, disjointed, built from scattered fragments, and even if you don't know how to order them, even if you can't make sense of this diffuse writing, you know that someone could. You know someone will manage to uncover them and give them new life. And that's enough for you. Edmond Jabès was right: whoever writes a book commits themselves to eternity. Even if they later throw it on the fire, someone will figure out how to piece together the ashes.

This is what you have in front of you: things scattered on the table and a few notes attempting to trace the dotted

line that connects them. Like the keyboard on the laptop you are opening. You look at the spaces between the letters—gaps zigzagging toward the edge of the screen—as if each space had a life of its own, an existence between the lines, a house with many rooms. A kind of refuge. Composed not of reality, but its representation.

As you make progress, adding words and paragraphs, layering on earlier drafts, earlier notes, the blank page takes on a new solidity: you are building something like a wall in hopes that other walls will slowly form, solid walls that will shelter you for weeks, maybe even years to come. It starts with a precise action: set one stone, then another. You don't dwell on how it will look, this thing that will take shape over the course of time. It's enough for you, the possibility that the stones will be sound and that you will have created a hypothesis with multiple directions, a house from which you could watch the horizon from the window. You tell yourself that you could live there, that you want to inhabit that space for a long time.

But then all you observe through that new window will cease to exist. Or will exist in some other way. You won't recognize what it was that you saw before. You'll stay in place while everything else moves. What do you think will happen inside you, if the streets change, if street corners no longer mean the meeting of two different roads, if the people walk slowly, as if dragging a heavy burden behind them? It will be as if the city was built solely for someone to lose themselves in. That someone must be you. Only you. Because you have been readying yourself with an idea: lose yourself in a city as one loses themselves in a forest. Everyone who is used to traveling alone in a strange

city appreciates what the appearance of a known face means. The fear that seizes you when you enter places that have already been described and reproduced a thousand different ways. A figure standing on the edge of an abyss, on the border that divides a world in decline from the world yet to come. Sometimes, as you know very well, a journey doesn't pull you toward the unknown, but rather spurs a return home. A journey that winds its way through lost time, where you can read the faces of those who cross your path, their jobs, their character, what lies beneath the mistrustful way they look at a person who appears to come down off the mountain. What they have inside shifts to the outside, their room becomes the street, like hallucinogenic substances or multidimensional spheres, like the Elysian fields or a kingdom of shadows: Blumeshof number 12, Steglitzstrasse-Genthinstrasse, Gare de Saint-Lazare, Tiergarten. Locked rooms that open to question what is happening next door. You remember an elderly Walt Whitman, sitting in front of the door, contemplating life. And you remember Kafka, too: I am standing on the threshold about to enter a room. It's a complicated business. And so you got lost in dark hallways, in labyrinths of houses that resembled consciousness during a sudden, shadowy realization. That is the point: uncovering the opacity that has managed to conceal itself behind a very bright light. Like three hesitant men who fear to reach the labyrinth's center and draw a new one, as they watch their neighbor's bedroom through the keyhole. None of you know a thing about him, yet his room is your world too. Like Simic's room: an empty bedroom and an open window. Something like memory.

That is why you ask yourself about your surroundings, their origin, their dates, what lies between the street and the interior. Why you've ended up there. It's the same haze that obscures the early stage of a photograph, the same vague impression that emerges for the first time in a workshop in Leipzig or Ghent, the grey stain creeping up toward a balcony, like the image from Niépce. A haze that doesn't flatten the silence, but insolently demands to know who was there, who has been there all these years. And again, the need—or the obligation—arises to locate the invisible place where the future also resides. But what appears before you is so big, a chamber of sources so immeasurable, that your work must consist of making it smaller, reducing it in order to take in the whole. Those are the insubstantial links of a chain encircling a universal truth. A cosmic truth. Because every movement is an event, a drama. For this reason, you must remain attentive to what happens in the lapse of a single second, be attentive to the hand in motion, even though you don't know what it's going to do. The hand has to close its fingers, tense the knuckles, pull back to gain momentum before it can hit someone, before it can knock down another body. Before the hand ever makes contact, the course of its success or failure is already written. Your job is to identify the moment at which everything to come can be foreseen. The appearance of proximity. The precise moment that comes from the distance and—at the point of disappearing—opens up a new view. Its signs lead you all over the place; if you don't watch carefully, the signs will become invisible again, a sentence written in sand, on the verge of erasure. This is what it means to conceal: to leave a trace, but an invisible one, like the juggler Rastelli making things disappear in thin air.

That's when you will understand the hands' true purpose: the fist wasn't intended for hitting at all, but rather for conspiring with the vanishing object. They are hands that guide you and help you find what you believed couldn't be recovered. A word, a whisper, a pulse whose strength draws you to the cold vault of the past. The kind of sounds that unexpectedly return, huddled in the shadows of a life lived long ago. The sum of the echoes compelling you to notice where to return for something that has been lost. In this way, you will better understand your present: through the answers provided by the past. You will be a death and you will be a rebirth. A memory so taut that it becomes a library riddled with quotations, impenetrable and enigmatic. A cave dug out of a mountain of manuscripts where you will go in search of a name you've left lying in some ditch along the way.

This is why you write: to make a record of an omission. You must confront this terrible paradox: the act of writing becomes the confirmation of an absence, the proof that something was lost along the way. You are nothing but a small cog in the long march toward oblivion. A miniature painting inside another painting. How to capture the remaining chapters before they hasten and disappear into the darkness of the ages? What can you hope from a language condemned to ruin if it cannot connect us through what it names? A language that dies because it cannot evoke the devastating entirety of another? Zurita was right: some things will never have access to language. Nevertheless, you are also aware that to speak is to invoke a story, to give a new opportunity to those who came before you. When you finally understand that some places are

more than a mountain or insignificant side street, but the sum of all the looks that have beheld them, long before you ever did.

You wonder again how you can begin to synthesize these ways of looking, how to revive them if each perception in turn conceals a new root, like a tree migrating underground toward another, more distant tree. Everything is mixed together, and looking inside, one feels vertigo and fear. Those are the abysses of history. But would you not suffer the same tragedy as the blind woman before a mirror, like Orcagna's fresco in Pisa? So then, writing will consist of circling a pool that suddenly fills with seaweed. A verdant layer concealing other experiences that resist being assimilated by a single person. Because that person will eventually grow accustomed to forgetting the things they really don't want to know. They will simply pretend not to know what is happening in order to save themselves from having to explain. You remember the man in Sebald's parable: the one who insists on telling it how it was and is killed by his audience for the deathly chill he spreads. This is why we prefer silence to reign over ruins, the same way we accept a pool full of seaweed. Is there really any value in articulating that silence, in clearing the green stain on the water's surface? Abandoning the tranquility granted by insignificance? Renouncing joyless contentment for a hint of illumination? Do you really believe in literature as a means of rectifying the past? Are you prepared to become two beings, oppressed by both memory and the future? To find yourself in a space between being and non-being, between two fictions, like Cioran? There will be hope, endless hope, but not for you. Because in order to capture

the meaning of things, you have to feel them first. And all the tumult will likely drive you to collapse.

And yet, something pushes you to write. But what, exactly? And if you knew, how would you manage to find the right language? How will you manage if, one day, you discover that all along you've only been digging graves in the air? After the questions, the mounting fears, the reservations, it's always the same: right as you're about to give up, to turn back, a gust of wind pushes you with unusual force. A mound of scattered rubble starts to form in your wake, a trail of dates, inconclusive stories, poorly-healed wounds. Like an angel that beats his wings and tries to pause upon hearing the murmur of other names: Gorgot, Suñer, Gurland, Lisa Fittko. But that weakness becomes strong, just like a letter written at the top of a blank page. You become a patient who slowly gets better by describing your illness. You discover that therein lies the key, that telling is the beginning of an arduous, complicated recovery, and every word you use, every syntagm, bears the mark of the people who came before you. This is how what really matters is made manifest: wrapped in prior events, burdened with another, older existence. A plot that connects any given space with a distant time. If you happen to observe and put on paper every layer that brings you closer to what you seek, and if that vision is accompanied by an internal illumination, you will gain great insight, full of meaning, and give rise to a new universe. What is far away will slowly draw closer to you and the encounter will be a singular one. You will inhale the aura of things. The object will be so close that—together—you will form a single substance. You will be one and you will be many.

And when you look upon what you have achieved, perhaps it won't matter whether the object were to disappear. If you were to disappear. Because you will have finally found a shelter to protect you for the rest of your days. A place where the page is no longer blank, gaining new texture as you include all your earlier outlines, all your earlier notes, all you have assembled in order to raise something like a wall. Even if that wall separates you from your surroundings and renders you invisible. Even if everything that surrounds the wall ceases to exist, laid waste by a gust of wind.

This is the task, to reassemble the pieces: loose, unraveled, strewn about in a gale. Bring the distance close again, maintain a visible trace of the potter in the clay. Approach a border, the point at which we can foresee what is still yet to come. Identify the trench that persists in dividing two plots of land. Your task is to bring it all to the limits of a single page, reduce them in the extreme so they might fit between four walls, minimize them enough to understand their conflict, their interior struggle. That's what this is about; it's about waiting for the strength you'll need to keep both hands tense as they release writing, any writing, as if you were drawing back a bowstring, ready to loose an arrow.

Then you discover that behind that trip, behind Portbou and Walter Benjamin, behind the objects scattered across your desk, behind all the conversations and the rambling walks, behind all of that, you sought just one thing. You sought the chance to give shape to the diary you long wanted to write, as if your earlier life had been no more than a long, patient wait. And it makes you think, almost for the first time, that maybe Portbou is just the initial step

toward another territory, still unexplored, even if you've cited it somewhere, but no longer remember exactly where in the world it happened.



Katixa Agirre

Vitoria-Gasteiz, 1981

Katixa Agirre made her debut in Basque literature with the short story collection *Sua falta zaigu* (Elkar, 2007), followed by *Habitat* (Elkar, 2009), for which she won the Igartza Fellowship for young writers. After numerous works of children's and young adult literature, she published her first novel in 2015, *Atertu arte Itxaron* (Elkar, 2015), a road novel which won the III Akademia Prize, and was translated into Spanish as *Los Turistas Desganados* (Pre-textos, 2017) as well as Danish and Bulgarian. Thanks to the Augustin Zubikarai prize, she published her most recent novel, *Amek ez dute* (Elkar) in 2018, translated as *Las madres no* (Tránsito, 2019). Agirre earned her PhD in Audiovisual Communication and teaches at the Universidad del País Vasco.

When and why did you start writing?

Very young, as a child, for the simple pleasure of emulating what I liked so much—reading. But when I was about twenty-two, at a time when I was transitioning into adulthood, I started to take it seriously

What themes are you concerned with?

I don't choose my subjects based on themes, at least not consciously. Although in retrospect, there are themes that do repeat: violence and the lies we need to function as a society, for example, are two prevalent ones.

Who are some of your favorite writers and influences?

Two books that defined my childhood were *The Neverending Story* and *When Hitler Stole the Pink Rabbit*, because they didn't smooth over the dark side of life, despite being children's books. I've also been influenced by Truman Capote, Lorrie Moore, Patricia Highsmith, and Ramón Saizarbitoria, among many others.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting

I am interested in the hybridization of genres and the thin line between fiction and reality, although I also appreciate books that continue to celebrate and harness the power of pure fiction.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

As a Basque writer, I don't think there has ever been a better time to write in that language, so I'll stay put where I am.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I'm starting to think about a new story, and it might—for the first time—have some elements of science fiction. It's too early to say anything else.

SYNOPSIS

A mother kills her twins. Another woman, the narrator of this story, is about to give birth. She is a writer, and she realizes that she knows the woman who committed the infanticide. An obsession is born. She takes an extended leave, not for child-rearing, but to write. To research and write about the hidden truth behind the crime.

Mothers don't write. Mothers give life. How could a woman be capable of neglecting her children? How could she kill them? Is motherhood a prison? Complete with elements of a traditional thriller, this a groundbreaking novel in which the chronicle and the essay converge. Katixa Agirre reflects on the relationship between motherhood and creativity, in dialogue with writers such as Sylvia Plath and Doris Lessing. *Mothers Don't* plumbs the depths of childhood and the lack of protection children face before the law. The result is a disturbing, original novel in which the author does not offer answers, but plants contradictions and discoveries.

Excerpt from
LAS MADRES NO / MOTHERS DON'T

O love, how did you get here?
O embryo
Remembering, even in sleep,
Your crossed position.
Sylvia Plath

They are the acts constituting a criminal offense. The acts which have been committed, intended as a crime, as defined by the law. Always the acts, *los hechos*, the participle made noun, a grammatical device used to refer to the incident at the heart of a trial, or to avoid naming the incident altogether, given the fact that while still on trial, the incident isn't quite made of solid stuff. The letters *A-C-T* conceal the act itself. Until proven, it doesn't exist. I will also use those words: the act. *Homicide, infanticide, murder, double drowning* all prove to be unbearable, frankly. They resist leaving my fingertips; they hang in suspension over my keyboard and don't dare to jump.

In November of the year the acts were committed, I took advantage of the fact that I was going to Vitoria to accept the Euskadi Prize and went to see the Armentia neighborhood for the first time. Niclas swapped his afternoon classes with

a colleague and we went as a family to accept the award. My father would arrive a little later, on his own. My mother couldn't find a reasonably priced plane ticket; apparently, November is a busy month (the first I'd heard of it). I told her not to worry, it's just a formality. We would celebrate the next time she came to visit.

The weather was awful, rain sweeping across the highway and rattling the trees. Still, with just an hour to go before the ceremony, I convinced Niclas to make a quick stop in Vitoria's wealthiest neighborhood. Finding a place to park was easy, as was locating the house, which had been thoroughly photographed in the days following the incident. The chalet rose elegantly from the edge of a field—the site of a popular annual pilgrimage—near the lovely Roman basilica and at a palatable distance from the other homes. Round and symmetrical, the house stood proudly under the rain, as if nothing of note had occurred within its walls, as if everything had gone just as the builders had planned. The entire façade of the second floor was a giant glass window, now hidden by grey blinds. The rest of the house looked like a traditional Basque farmhouse: pitched roof, exposed timber.

Although the house was shuttered and empty, someone had made sure the yard was kept neat. Maybe it was on the market, a likely assumption, even with no visible for sale sign. In Hong Kong, they use the word *hongza*, to describe homes that are silent witnesses to suicide or crime. Their value tends to plummet, making them attractive properties for investors confident in the short memories of home buyers. In Japan, they are the *jiko bukken*, “marked” homes you can specifically search for using filters on real estate websites, morbid details included. Who, how, when.

Two babies, drowned in the bathtub, at the height of summer.

The acts.

Could something be sensed there? A light vibration? An air of doom, of foreboding? I thought so, but Niclas denied it: it was November, that was all, night was falling, it was pouring rain. I had the baby asleep in the carrier and a single umbrella couldn't protect all three of us. Niclas was obviously uneasy standing in front of the house, but who wouldn't be? What did the neighbors, who were few and far between, do when they walked past it? Did they bring visitors, linger out front, embellish their tour with sinister details? Or had it become the neighborhood's big taboo, as it had in the fertility clinic? An incident to keep hidden, silent and forgotten for the good of the area's reputation and property values?

We didn't see anyone else, so I can only speculate.

Back in the car and on our way to the presidential seat of the Basque government, I took a few notes, unaware that my hair was completely plastered to my head. Pictures from the ceremony plainly show that I hadn't looked in a mirror before I took the stage to accept the award from the *lehendakari*. On Twitter, my appearance was commented on, as was the suggestion that I'd only gotten the award because I was a girl.

The events of the first days are straightforward. Well-documented, exactly as they should be in well-greased court proceedings. In my search for a full account, I don't know whether such a profusion of details is an advantage or an impediment.

The authorities never considered alternative suspects. There had been no trace of anyone else, and the home security cameras didn't register any movements in the four hours that

passed between when the nanny left and when she returned. No wolves, no dingoes. The hypothesis of an accidental death was automatically ruled out, due to the statistical impossibility of two identical accidents occurring successively. The media, however, did insinuate that the first death could have been a case of involuntary manslaughter, and that the mother—overwhelmed by the situation, in a grievous state of shock—then committed the second murder. Pure speculation. From the point of view of the forensic investigators, the case was simple. All evidence and reports were sent to the judge post-haste.

After dispatching her little ones, Alice was taken into police custody and brought to the seventh floor of the Santiago Hospital, a habitual refuge for anorexics and alcoholics. The psychiatrists on duty noted that they found Alice “disoriented and in a state of shock,” leaving the door open to possible “dissociative amnesia.” They gave her sedatives. She barely spoke, although on several occasions they heard her whisper “where are they?” and “they’re all right now, aren’t they?” When asked what her name was, Alice told them “Jade,” which confused the doctors. Ertzaintza officers were posted outside her room the whole time. Forensic investigators had already collected her clothes, immediately sealing them in plastic evidence bags. Her hands were swabbed for biological material.

It was very late by the time they let her sleep.

The next morning, forensic physicians sent by the investigating judge arrived at the hospital to perform tests on the patient. They examined her over the course of three hours, with fresh officers stationed outside the door. Though she had refused breakfast, Alice was beginning to show some reaction. She asked about her children, and when they told her what had happened, she shouted that it wasn’t possible; “Never never never,” she screamed and wailed. Eventually, her

howling faded to a dull moan. Then came silence, and soon after, more shaking, more spasms.

A public defender also turned up at the hospital that morning. He had a gentle way about him and youthful appearance, and had just spent half the night at the police station helping a kid under arrest for assaulting a supermarket security guard. Now he found himself in a situation unlike any other he'd encountered over the eight years he'd worked as a legal aid. He hadn't slept in twenty-six hours and, faced with the stifling heat and a broken client, he struggled to get control of the situation. The young lawyer finally had the presence of mind to advise his client on her right to choose not to testify before the judge. It seemed that Alice heard him and even followed his advice, since when the judge arrived at the hospital, he got nothing from Alice but her nearly depleted tears, her final exhausted sobs.

By that time, the consequences of the acts—the two small bodies, in other words—were already in the Basque Institute of Legal Medicine on Avenida Gasteiz, awaiting autopsy, one that would reveal no surprises. The same cause of death: drowning. Foam in the lungs, water in the stomach, the left cavity of the heart drained of blood. Those little hearts left no room for other hypotheses. The very next day, the investigating judge wrote the order for Alice's incarceration and she was sent to the prison in Zaballa, a prescription for sleeping pills and sedatives in hand. No one was certain that she was even aware of the crimes. The news media disseminated all manner of opinions: "Not even an eternity in Hell could atone for what she's done, that vile woman," a very concerned male citizen of Vitoria declared. Another citizen, a woman this time, and even more upset, if that's possible, expressed another view: "Her true punishment will come once that poor woman realizes what she's done."

In total, Alice spent five days in prison, all of them in the infirmary, given that no one really knew what to do with her,

which protocol to follow. Prisons were not built for women like Alice.

Ritxi didn't return to the house in Armentia after the first interrogation. It was said that a friend picked him up at the station and brought him straight to his house in Elciego. Only one newspaper bothered to report this; as for the others, Ritxi is absent. How he spent those five days or what might have gone through his head will forever be a mystery.

Over the course of the five days Alice spent behind bars, three notable things occurred. The first was predictable, although that doesn't make it any less horrible. The other two are completely unexpected.

First, the twins were cremated at a funeral facility on the outskirts of Vitoria. It was an intimate event: Ritxi, his brother, who had recently arrived from Austin, and a few close friends. They came and went from the facility by car. There are no pictures from inside the funeral home. I don't know if they read poems or sang something during the service. It's better that way. Who wants to know those details? Not even me.

Second, despite the fact that they'd adopted a different strategy in the first days following the crimes, the media suddenly began to show Alice sympathy. Reviewing documentation in the archives with a certain distance, as I do now, the change in the press's tactics is certainly striking. Alice was pronounced as broken, incapable of accepting what she had done; they remarked that the very act of committing the crimes would have been torture, that she would never get over it, that her life would be a perpetual hell. The possibility of postpartum depression was raised, suggested for the first time by a supposed neighbor I've never been able to locate, and later in the form of assumptions, percentages, and symptoms bandied about by psychiatric experts. It's possible that the media employed this new framework with the simple, earnest

goal of prolonging consumer interest in the story. The origins of media conspiracies can often be quite prosaic.

Who knows. In any case, public opinion approved of the new angle. It meant people could abandon the crude terrain of crime reporting, the banal territory of *the acts*, of what happened, and become fully immersed in a modern-day Greek tragedy.

And lastly, there is the most surprising detail, the thing I have the most trouble understanding: Ritxi decided to hire Alice a good lawyer.

The day after his children were cremated, Ritxi momentarily broke his self-exile in the Rioja Alavesa to get in touch with his personal lawyer and ask for the name of best criminal defense lawyer in the city. A female attorney, close to retirement and with a reputation as a feminist activist, came up immediately: Carmela Basaguren. She agreed to take the case the same day they contacted her and got right to work. At the time, the priority was getting Alice out of the jail in Zaballa. The appeal quickly came across the judge's desk. The document, well-constructed and convincing, detailed the reasons Alice should be released from pre-trial detention: the impossibility of committing the same crime again, roots in the community, lack of flight risk, etc., etc.

In the arguments for the appeal, the defense gave early indication that they expected an acquittal on the grounds of extenuating circumstances due to mental derangement. The criminal code had foreseen these situations: Article 20.1, specifically, which establishes that an individual “who, due to any psychiatric anomaly or alteration at the time the crime is committed, is unable to understand the illegality of the act, or act in accordance with this understanding” is absolved of criminal responsibility, as Carmela Basaguren saw fit to remind the investigating judge, citing the statute word-for-word.

The prosecution couldn't have disagreed more and opposed Alice's release, citing the seriousness of the case, as well as nature of the charges against her: for two murders—a grave double offense with family relationship as an aggravating circumstance—Alice was facing forty years in prison. But to the surprise of most observers, the judge ruled in support of the defense's request. With her passport withdrawn, the obligation to appear in court every fifteen days, and fifty thousand euro posted as bail, Alice was released.

Free, the murderess. Free, the ghost.

There is a myth rooted in pre-Hispanic cultures that later gained strength during the colonial period. *La Llorana*, a woman who throws her two children (or son, or daughter, depending on the story) into a river. Devastated by guilt, she then kills herself and begins her erratic roaming, never straying far from bodies of water.

From Mexico to Chile, the story unfolds in similar ways; the mythemes (those small interchangeable puzzle pieces from which myths are constructed) are repeated. The *modus operandi* is almost always the same: the children are drowned (whether in a river or a lake), although stabbing is often mentioned, as well. In some places, such as Panama, the mother's negligence causes her child's death (the mother wants to dance, to go off and enjoy herself, and it occurs to her that leaving the baby on a riverbank is the answer). But in most of the stories, the woman is seduced, impregnated, and later abandoned by the impregnator. And in these circumstances, without the means of survival for herself or her baby, she commits infanticide. There are also *Lloronas* who act out of

spite, Hispanic Medeas who, with the intention of wounding the man who has abandoned them, decide to murder his offspring, the tangible fruit of a now-extinguished love.

In any case, the consequences are always the same: an errant soul, eternal punishment, infinite tears adding water to water.

That night, I dreamt of Australia. Despite systematically disregarding my dreams for decades, I feel the need to record this oneiric episode for future analysis. I don't really remember much: the arid Australian landscape, the whiff of threat, only vaguely sensed. The amorphous dream-memory doesn't leave me over the course of the day, so I look back over what I wrote on the previous day. I reread three or four pages and there, I find it, that exotic word: dingo. What is a dingo, exactly? A wild dog, native to Southeast Asia but commonly found in Australia. *Canis lupus dingo*. But what is a dingo doing in my manuscript? I look up the word and don't have to wait long for an answer. It all comes back to me in the form of a movie I saw as a child.

August 17th, 1980, in the vicinity of Ayers Rock, known today as Mount Uluru, sacred land in the North Territory in the center of Australia. It's here that the Chamberlain family has come camping with their three children. While they barbecue their dinner, the youngest Chamberlain—Azaria, just nine weeks old—is left sleeping peacefully in the tent. In the middle of the meal, Lindy, the mother, thinks she hears barking. No one else seems to hear it, but her instinct tells her something is wrong. She dives into the tent, fearing the worst, and in effect, finds it empty: there is no trace of the newborn. In the midst of her terror, Lindy is able to glimpse the shape of a dingo disappearing into the darkness. Only the mother witnessed the animal, the rest of the family simply heard her screams. Azaria was never seen again.

The case could have wound up like so many other tragic accidents, maybe even becoming part of the fabric of popular culture, the moral of a story, a warning for negligent parents. But things didn't stop there. After twists and turns in the investigation and with a parallel, full-blown media trial raging in the Australian press, Lindy was ultimately sentenced to life in prison for the murder of her own daughter. What was the evidence pointing to such a crime? There wasn't much. The body was never found. There was never an indication that the mother had a motive. A pair supposedly bloodstained scissors, conveniently exhibited to the public, turned out to just be covered in red paint. But the mother's attitude during the trial—cold, detached—was sufficient for a conscientious jury to send her to prison for the rest of her life.

Lindy gave birth to a fourth baby during her first weeks in jail. She spent three years behind bars before the case was reopened on account of new evidence: remnants of Azaria's clothing, found near a dingo lair. The discovery put the verdict in doubt and she was eventually released. Even so, the case wasn't definitively closed until 2012, when Azaria's death certificate was amended to indicate dingo attack as the cause of death. For her wrongful conviction, Lindy Chamberlain received a sizable settlement on behalf of the Australian government.

Who knows who let me watch the movie version of Azaria's case. I suppose it must have been my father, since I used to spend my weekends with him, watching TV in the afternoon while he dozed beside me on the couch. What *wouldn't* I discover on those interminable Saturday and Sunday afternoons? How many monsters would come to inhabit my nightmares thanks to those movies? Fu Manchu, killer sharks, roaring crowds, Marisol and her lottery . . .

Back then, I didn't know that Lindy Chamberlain was a real person and that her case was—is—the most famous in Australian true crime. But clearly, the story left its mark; I still had vague recollections. And the word *dingo*, so chirpy-sounding on its own, still poisons my dreams.

Uluru.

Dingo.

Uluru.

Dingo.

Two pleasant words, lively, appealing, apt for the title of a successful novel. Typographical oddity and all.



Florencia del Campo

Buenos Aires, 1982

Florencia del Campo was born in Buenos Aires and has lived in Madrid since 2013. Her first novel to be published in Spain was *La huésped* (Base Editorial, 2016), for which del Campo was a finalist for the 2014 Premio Equis de Novela. In 2017 she published *Madre mía* (Caballo de Troya, 2017). Her most recent novel, *La versión extranjera* (Pretextos, 2019), won the L Premio Internacional de Novela Ciudad de Barastro. She has also published several novels in Argentina with indie presses, and children's titles in Spain.

When and why did you start writing?

Honestly, I started writing poems when I was very young—ten years old—because when I was nine, there was a big change in my life that was really painful for me. Then I grew up and started to write professionally. I was in my twenties when I started writing seriously and publishing in Argentina.

What themes are you concerned with?

The figure of the family, of the woman, foreignness, and language (and its impossibilities) pretty much more than anything.

Who are some of your favorite writers and influences?

Alejandra Pizarnik, Marguerite Duras, Albert Camus, Silvina Ocampo.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

I'm interested in breaks with form. I'm interested in the ways in which form produces meaning and ideology. I'm interested in language taken to its limits. That everything that is said is done so precisely from the place where there are no words, from language's abyss.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

I don't idealize the past or future. I'm content where I am and with the decisions I've made. I love writing from Spain, my other country, the one that gave me the other half of the platelets in my blood.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I'm working on an idea about a book, probably a collection of stories, that will trace my father's side of the family: from my grandfather, born in Valdeavellano de Tera in Soria and who emigrated to the Argentinian Litoral, to my father, and lastly, to me. Using my family history and biography as a point of departure and constructing characters that let me move through stories of all types of migration, all the ways of being a foreigner.

SYNOPSIS

On one side of the ocean, a mother with cancer. On the other, a daughter looking for her place, her identity, her impossible freedom. *Madre mía* is a work of auto fiction that explores pain, belonging, and family. In this novel, Florencia del Campo makes a stark, honest journey through the elements that define filial relationships: guilt, love, recognition, obligation, distance, and the foreignness of our own family. There is no shame in this story, no respite. On this daring journey, del Campo's sharp-edged voice mixes with another—needy, sarcastic—and in the various scenes from the narrator's foster cities, creates an implacable message: no matter how clean the wound, you can't run from the cause.

Excerpt from
MADRE MÍA

V.

October 7, 2012. Aunt E.:

“I didn’t mention it yesterday because it was way too much, but I talked to your mother and she asked me to find a doctor who would help her leave this world. She can’t stand it anymore. She begged me not to abandon her in this. I don’t know anyone, of course, but I said I would look into it. Not true. No way. She told S. she thinks about killing herself with gas. [. . .] I’m listening to Chávez right now. He won. And he had cancer. I don’t think your mother is going to die anytime soon.”

Ten days later: October 17, 2012. My father’s birthday. I called him from Paris. I was rocking in an orange armchair. The balcony and the rain behind me. It always rains in Paris, the balconies are a mess, the orange armchair rocked. To my left, the bathroom and kitchen. To my right, a Frenchman. He watched me as I talked, fascinated by the fact that he couldn’t understand a single word (*though made of words [. . .] one still has to guess*). All we did was watch movies together, he was your competition. I had already begun to replace you. It was nighttime in Paris, day in Argentina. Winter everywhere.

The orange armchair rocked. In that city, I was predisposed to movements that weren't considered forward motion. The subtle dip of my toes on the floor, an instant of air, the floor again. Rocking. The conversation I had with my father isn't worth writing about. Language rocked, too: word after word, silence, word again. Silence. The floor. Rock again. To my right, the Frenchman who watched me. To my left, the house that was never mine. Behind me, Paris rain outside the window.

Things I did while in Paris: visit the Musée d'Orsay, visit the Louvre, visit the Palais de Tokyo, visit the Pompidou, visit Shakespeare and Company, visit the National Library. I went to the first by myself, to the second with a guy whose name I can't remember or maybe never knew. I went to the Palais with my friend A. a few times, once for an indie press book fair. I picked up a couple of catalogs and talked with A. about several projects. We went for coffee at a nearby outdoor café and he said: "It's super expensive here because this neighborhood is like the Recoleta in Buenos Aires." I went to the Pompidou with one of the worst hangovers I've ever had and then went home with the Italian who had taken it upon himself to get me drunk the night before. At the bookstore, I stole a Paul Auster novel that I would later give to R. during the parenthesis we carved out in our lives and which would have us meet in Buenos Aires, despite the fact that neither one of us lived in our hometown. But the National Library was the place I went every day to work. I borrowed a library card from the Frenchman who had watched me as I rocked in that apartment, in the cinema that was Paris.

Later. The night you died in the hospital bed set up in your room, S. ordered takeout for dinner: *asado* with potatoes for her and my two sisters and empanadas for me, because I didn't want to eat meat.

Come on! You're really going to describe the little party you had while I was dying?

We drank beer.

Oh, very nice . . . and I'll bet you smoked, too.

You lay prostrate on the metal-backed hospital bed like a sack full of water. Your body, a dead jellyfish dragged to shore by the tide. Your left hand kept slipping down, every once and a while we placed it back on your chest.

Like our El Greco print in the dining room?

Your fingers were terribly swollen. It was horrible to see your silver wedding ring adorning your hand like a tourniquet.

When they came to take your body, the social service people asked for dish soap to remove your ring. I went to the kitchen and grabbed the plastic bottle. It was next to the sink. It belonged on the side of the world where the simple things lived ever since Madrid, ever since the veneer came down and divided everything in two.

I carried the dish soap down the hall leading from the kitchen to your room. The young guy who had asked for it waited for me in the doorway, the door half-closed to prevent my seeing you.

But I peeked.

They had laid you out on the floor. A blanket covered you. The kid took the dish soap and closed the door behind him. I stood staring at the wooden door. Not metal. Wood. It divided. The world of simple things and living people. From a place of death. The dish soap crossed through. From one dimension to another. And ever since that day. It's possible I began. Not to be. On the same side. Of the veneer. As you.

Which dimension is yours, now? A thread of invisible slime follows you; it contaminates and infects. Slug, you drag yourself along and leave your trail. It was something else, the attempt to

avoid the path you drew. But now that the bedroom has fused with the kitchen, now that I live on the side of the world where people eat calamari, where eating calamari is living, nothing short of life itself, nothing else is on the menu, now that I have lost your trail in my attempts to avoid it. But if I ever come across your image in a film, I will know for sure: there were no sides, only borders. Time flowed. The wind shook the windowpane that looked out on a large tree in front of our—of your—house, a tree that ripped up the paving stones with the inevitable force of its roots. Nature and life followed suit, that's how it's always been. And maybe in those moments we were briefly at peace; for a while, just a little while, because really, life is here (imagine my hand running over a tabletop), on this surface. You can never really jump the border, not even when the most boundless, the expansive, thing is happening to you. The essential, something you can't escape.

Do I have the right to write this story?

A story based on your already-written medical history, no less.

In part, medical (hi)stories are always a fabrication.

There is an element of fiction in how we tell the doctor our story. As if when we say *it hurts here but yesterday it hurt there and today I feel a little better but yesterday was hit or miss*, language cannot quite manage to narrate the body escaping its borders, the physical body spilling over. In cases of such extensive medical histories, such fatal disease, we are silenced in the telling, as if to tell meant to stutter until we lose our voice.

Or save it.

But what am I saying? That's so depressing! You never were one for discourse, you went to those appointments with real hope, and sometimes you left disappointed.

It must be because you were the sick person. It wasn't your job to think about the words.

VI.

October 19, 2012. Marseille.

I went south, fleeing the cold and the rain—among other reasons. But when I got to Marseille, there was a wild storm and the wind destroyed three of my umbrellas. I met V. there. Meeting her brought on two feelings.

The first being that maybe I didn't want to keep moving around, maybe I was beginning to want a home where mostly I could consume movies and music, a place to put away my clothes. One evening, I saw V. in a red skirt, something like what Red Riding Hood would wear, and I thought I was probably starting to need them, the little symbols that ascribe an identity or place of belonging—to a table or to a body, it doesn't matter—and make it possible to go out and face the daily task of living, not the whole world. Regular life, where we don't question the reflection staring back at us. Order, a kind of learned discipline after the chaos had been tidied up.

Chaos, organized.

The idea of a base camp as something I both needed and longed for, while rejecting and refusing it, was the absolute symbol of my indecision. And the expression, of course, of my most neurotic phase.

Chaos, spilled and strewn.

The second feeling: a rejection of a particularly unstable way of speaking that entertains and distracts with clichés while postponing the idea or question.

Red.

Benefits of being nearsighted: I looked out the window. I thought the sun was setting, but it was a red building across the street.

To lack sight.

I spent the whole month of October 2012 in France. I met F. thanks to A. I was able to stay in F.'s house in Paris for a bit. That was a relief: Paris isn't just museums and culture, cinema and French. It is also rain, cold, and shame. Before F., I spent some of the afternoons sitting in laundromats. There were no employees present; the machines are coin-operated. There were washing machines at the back and chairs lining the walls, where you could sit and wait for your load of clothes to be done. I myself sat to have somewhere to be. This was a time when I managed to find a bed to sleep in for the night but nowhere to spend the afternoon. If a customer came in, I pretended I was waiting for my laundry, that one of the spinning mounds of clothes was mine. Outside, it rained every day and every day I couldn't afford to hole up somewhere that required me to buy something. I didn't have access to a card to work in the library yet. A friend in Buenos Aires told me that she imagined me writing novels in Parisian cafes. I'm usually in the laundromat eating Turkish takeout, I replied in my email.

I liked staying at F.'s. She spoke little and read a lot, and I think she admired me, too. She asked me about my life. I gave her a book on Portugal that I later missed and wished I could have consulted on more than one occasion. But it was always a consolation to remember that F. had it, and not someone else.

F. got sick. We didn't know what she had. We thought it would pass. I bought her apples.

I asked her every day if she felt better and she said yes. But one day I saw that she couldn't get up to go to the bathroom.

It's nothing, she'd say, let's watch a movie. We watched several.

Let's read. We read for hours in the same bed.

Outside, it rained. Always the same.

It's nothing, F.? Are you sure?

Nothing.

But she couldn't get up to go to the bathroom.

She went to see another doctor, one she could really trust, according to her sister.

Nothing. It was nothing. This pill every eight hours, such and such a diet, and this for the fever.

Nothing?

Nothing. The same opinion as the first doctor: nothing. Days passed.

Are you sure you're feeling better? Yes, yes, she replied every time.

That it was nothing.

Another movie, another book, the rain. Paris, nothing.

F. was on the verge of dying. I was traveling.

You're always traveling when other people are dying.

She had an emergency operation. They saved her life.

When I saw her again, F. said: "It's an interesting experience, not being able to count on your body at all."

I was left stuttering in fear.

Over nothing.

Had F. died, it would have seemed like the most unjust thing in the world. She wasn't even thirty. I wasn't either, but I wasn't dying, I was traveling.

All the time, nonstop.

The present. I get home to my apartment in Madrid. There's a woman, a kind of visiting hairdresser, dyeing my housemate's hair. It reminds me of when A. would go to your house to wash your hair. That was July 2012, you had just had surgery, the scar was a train track stamped along the right side of your ribcage, I was always wearing a patchwork wool sweater, you and A. examined it carefully, felt it, you

wanted to see how it had been knit, everything had to do with craftsmanship or aesthetics, beauty parlor conversations, the simple things. Combined with the occasional morning visit from a nurse, A.'s dropping by in the afternoon provided a modicum of routine. I needed someone else to entertain you, for things to come through other people, too. Later, a Friday, I think, I went out in the appalling cold to get your medicine at the pharmacy on the other side of the Plaza Irlanda. As I headed home on the Avenida Gaona, down the sidewalk I'd been walking my whole life, I knew I could no longer be found there, it was as if I had evaporated. I came to terms with the fact that I had already committed the act of leaving and that it was hopeless for me to return.

No matter how many times you leave, it's the first time that really counts.

July 2013. One year after that raw winter, starved sunlight, train tracks on skin, steamed bodies. Interest in the moral question. I asked my friend R. for his opinion on whether I had to go see you before you died. I wanted him to give me his view, based fundamentally on morality. He was firm: he termed my absence "deliberate" and said it was very likely to cause a rift with my sisters; he referred to me as "nomadic" and argued (including himself in this category) that "people like us are selfish out of necessity"; he agreed that I should cultivate my independence but suspected that I would feel really awful later; he encouraged me to make the decision that would cause me the least pain, while pointing out that a certain amount of chafing was inevitable when dealing with family ("you can only try to minimize the damage," he added); he claimed that, in the end, the ethical thing always comes down to our private lives, and that this is natural; he wanted to make a clear distinction regarding the guilt of responsibility; he said: "You aren't guilty of anything [. . .] but you feel responsible for being far away."

“I morally support you in everything you do,” he added. “I’ve never loved you more than I do now.”

What I wanted to know: Do we (daughters and sons) have the (moral) obligation to care for of our parents when they get sick, or do we have a choice (based on our feelings, our history, the circumstances . . .)?

I understood then that the question I posed couldn’t be separated from the individual, from my specific situation. And moreover, regardless of what my friend replied, the truth was it would always have a little to do with costs and consequences.

I feared there was no answer (because perhaps there wasn’t even a question) that could transcend the particularities of my case and allow me to talk about this.

One month after the moral question: August 17, 2013. I took a flight to Buenos Aires with layovers in Munich and Frankfurt. I arrived the morning of Sunday, August 18th. I went to see you in the afternoon, you had become a jellyfish. Your wedding ring, a tourniquet. You didn’t look at me or speak, you no longer opened your eyes, you weren’t conscious. I said hello and told you I was there, I’d arrived. Nothing. The silence of neap tide, dead calm, madre mía, sea life, mamá muerta. I went to sleep at my sister M. ‘s. The next day was a bank holiday and I would take care of you day and night. On the way from your place to M.’s, I strolled through a fair they had set up in Plaza Irlanda, the park midway between your two houses. The fair was ethnically-themed. They had food from different countries and typical souvenirs and indigenous-type wares. I felt at peace, liberated, a decision had been made, something was happening almost by itself. The motion of a tide, turned to wake. On the morning of Monday the 19th I went to your house, I took care of you early, then S. came over and

at dinnertime we ordered takeout: *asado*, French fries, and empanadas. It was unusually warm, we brought the table out to the patio so we could eat outside, the heat was unreal for August in Buenos Aires, impossible, the stuff of fiction. At twelve midnight on the dot, like an after-dinner toast, we had to give you your medicine orally, with a syringe. You had trouble swallowing. S. and my sister M. were already gone. L. said she would help me give you the three treatments. I administered the first. It wouldn't go down, we had to massage your trachea to move the liquid, you couldn't do anything by then. L. tried to lift your torso in hopes that a more upright position would help you swallow, off and on I massaged your trachea, you were so heavy that day, almost impossible for us to move, we couldn't get the pain medication into you, it must have been terrible, we were sweating, we rolled up our sleeves, pushed you from behind and pulled on your arms, stacked pillows behind your back to prop you up, turned the crank on the hospital bed many, many times, you started making a weird sound, liquid in the throat, we were afraid you hadn't swallowed any of the medication, you were bubbling inside, L. was really upset, she was afraid you were in pain, I started thinking that somehow the sound would eventually have to stop, almost fifteen minutes went by, you were still making that sound, it was getting worse, we were exhausted, we wrestled with your body, slug, jellyfish, I suddenly thought of F., in the impossibility of being able to count on your body, and I knew then exactly what was happening. The sound was deafening. I saw, as if in a vision, that only a hole in your trachea could stop the gurgling. I looked at my sister and said: Call an ambulance! Now!

She ran out of the room to get the phone. I shirred my eyelids shut and puckered my lips, three asterisks drawn

on my face. When she came back, she told me they'd said they would send one. She thought it might take longer than an hour. I looked at her, she looked at me, wanting me to say something, but she didn't dare ask. A windless cloud hovered. In the background, mother-thunder. I grabbed her arm and said: let's wait outside.



Jordi Nopca

Barcelona, 1983

Jordi Nopca is one of the most widely read and respected authors on the Catalan literary scene. After completing his degree in Journalism and Literary Theory, he became a translator and a full-time journalist. His first novel *El Talent* was published in 2012, followed by his story collection *Puja a casa*, awarded the prestigious Premio Documenta for up-and-coming Catalan writers. His second novel *La teva ombra* is the winner of the Premi Proa de Novela, a milestone in his career. He has been compared to writers like Etgar Keret and Raymond Carver, and is known for his acid sense of humor and ability to portray the absurdity of everyday modern life. He is currently an editor at the newspaper *Ara* and editor-in-chief of the cultural supplement *Ara Llegim*.

When and why did you start writing?

I started writing because my grandparents bought me a little notebook when I was seven years old. Drawings weren't enough for the story I wanted to tell, and so, without meaning to, I started to complicate my life by putting together letters and words.

What themes are you concerned with?

Everything human and a good deal of the animal world. The discontinuity of memory, and lastly, I'd add psychological instability.

Who are some of your favorite writers and influences?

J. D. Salinger, Mercè Rodoreda, Boris Vian, Franz Kafka, Samuel Beckett, Astrid Lindgren.

As a fiction writer, what are some trends you have seen in recently published books? Which ones do you find most interesting?

Everything that resonates with the vanguards of the first half of the twentieth century interests me, as well as the exploration of the unconscious and subconscious, in prose or poetry.

If you could have been a writer in another place and time, when and where would you choose?

I'm content with this era. And my city, Barcelona.

Are you currently working on any new projects? If so, what are they?

I just published my most recent novel *La teva ombra*, and the Spanish translation, *En la sombra*. I write regularly—though without a clear methodology—and I have a few projects going. I would like to finish the next novel by the end of 2020 to be able to have it published, with luck, a year later, or perhaps a bit after that.

SYNOPSIS

The lives of two brothers move in parallel, like two rivers or two cars in the opposite direction. Pere is 25 years old and spends the summer of 2010 living at home with his parents. He distracts himself with electronic music, a leisure and culture website project, and sexual encounters with Kate, an enigmatic English violinist. But he cannot get his ex-girlfriend Laura out of his head. In the meantime, his older brother Joan, a voracious reader who works as a primary school teacher, has a secret life that will drastically affect him.

Combining drama and irony, *En la sombra* is an ambitious novel about personal identity in our modern times.

Excerpt from
EN LA SOMBRA / IN YOUR SHADOW

Laura came by to pick me up. My parents thought I'd made plans with "those colleague-friends" of mine—or friend-colleagues, or maybe they weren't that either. I told them we had planned to get together near the coast, to recharge before the final push we had to make in September, in order to launch the site. Instead, I opened the passenger door of a red SEAT and found myself faced with my ex-girlfriend's slender legs. I quickly lifted my eyes to her face. She greeted me with a warm smile that didn't disappear when I leaned in to kiss her on both cheeks.

"How are you, devil?"

"Out of my mind."

"And otherwise?"

"Getting by."

I noticed she was wearing a different perfume: something tropical, a tropical forest after the rain, a complex scent suggesting an increase in her purchasing power. Back when we were together, Laura would have never considered wearing shorts, not even in the summer—she was more of a skirts-and-dresses kind of girl—but she was wearing a pair that day, and they looked good on her. Her whole outfit was unexpected.

She had on a black T-shirt, some American brand name printed on the sleeve. It looked new.

I barely spoke on the drive, paralyzed by the detailed account of her trip to the U.S., which I listened to with both patience and envy. The Madrid paper she worked for had sent her to write about the New York literary scene, and she wound up stringing together a month of vacation after the week of work.

“The first time you called, I was just about to interview a woman who published a novel about a family of alligator tamers in a Florida theme park. Karen Russell. Have you heard of her?”

“Nope.”

Laura told me about renting a van with a group of friends. She didn't give their names, or say how many they had been or how she met them. They drove through Atlantic City and D.C. When they confirmed that the U.S. capital was actually pretty boring, they headed north toward Pittsburgh, and ended up driving across the state of Pennsylvania until they reached Ohio, then continued on to Indiana—she recommended that I stop in Fort Wayne, if I was ever in the area. After spending a few days in Chicago, in northern Illinois, they drove up to Wisconsin before popping over to Minnesota, to see Duluth, the birthplace of Bob Dylan.

“It's small, but it's cool, especially the waterfront.”

From Minnesota they crossed into Iowa, and then stopped in St. Louis, Missouri. In Kentucky, they met a group of students from Argentina who were on their way back from Cleveland, inspiring Laura and her friends to want to visit.

“I would have stayed and lived there,” she said. “Cleveland is awesome.”

We drove through the seaside town of Palamós to the development where Laura's parents owned a house. The beach was packed and I wished I had brought a bathing suit. Maybe

a swim would have helped break up the distance between us, though I wasn't sure that was even for the best.

The single-family home, inherited from the side of the family from Ampurdán, was as comfortable and tasteful as I remembered. Soon after sitting down on the leather couch in the living room, I noticed that the rug—which had received our bodies so many times in the past—was now gone. The fireplace observed me smugly, comparing me to Laura's other lovers who must have lain there as well, warmed by the fire's hypnotic flames. I excused myself to go to the bathroom. In passing, I glanced into the bedroom they kept for Laura's great-aunt, also profaned by our bodies on many occasions. The old bedspread still covered the mattress. I wanted to lie down, ascertain whether the embroidered surface retained any trace of the pleasure we'd once given each other. I didn't succumb to the temptation.

Laura was waiting for me in the living room, a stack of papers on her lap. Her new novel, *Océano Atlántico*.

"It's not like anything you've read of mine. You could say my style—and my interests—have changed."

"What do you want me to do with it?"

"Simple. I want you to be the first to read it."

"What?"

"I'm going to clean out my room. I need to see what clothes I have here and pick out some books and CDs. It'll take me a while."

"Not even if you were going away forever."

"We'll talk about that later."

"That sounds bad."

"Please read the book."

And she said my name.

Through her fiction, I pieced together the unexpected turn Laura's life had taken. The first part of the book combined a recounting of Sandra the protagonist's first months on the

job at a newspaper, complete with a bitter portrait of me. She had named me Eduardo. She had me living in a well-to-do neighborhood in Madrid and had made me even taller and more promiscuous. When it came to imagining the sex with Kate—whom she had renamed Rachel—she was understated. She wrote of brief, laconic encounters during which my character was so filled with regrets that he couldn't reach orgasm. "He was a man consumed with a thunderous sense of guilt," she wrote. I skimmed the passages in which she recalled how she had suffered after she discovered my habitual infidelity. She said the main reason she left me wasn't because I had betrayed her with another woman, but because she felt held back by me, stagnant. Employing a somewhat trivial analogy, she defined my character: "Eduardo is a puddle of dirty water."

The second part was harder for me to read. One random day after leaving the office, Sandra went for a drink with one of the deputy editors at the paper. The man was named Ignacio, he was about forty, and he managed to get her to a little hotel in Malasaña. Shortly after they hooked up, as they lay naked in bed, he informed her that he had to rush home: his daughter had an ear infection and he had to take her to the doctor first thing in the morning.

They continued seeing each other secretly over several weeks, right up to the evening of the newspaper's tenth anniversary party. The suspicions of several colleagues were confirmed when they were caught going at it right outside the club they went to after the party. Laura found it necessary to quote the lewd reggaetón lyrics in the background: "*Ah ah whoa dale mambo ah (entre tú y yo) / dale mambo (daddy) / son cosas que pasan en el barrio fino.*" I needed the bathroom break after that chapter. On my way through the dining room, I noticed a copy of *The Catcher in the Rye* on the table—one of the books Joan had recommended to me a thousand times and that was still on my

list. Meanwhile, Laura was upstairs, filling suitcases with parts of her past that she didn't want to *leave behind*; she was already starting to sound like one of her narrative puppets. Maybe she was going to live with the real Ignacio, or had decided to change jobs, change countries, a fresh start after a second failed relationship? I would have loved to read: "Ignacio is a puddle of dirty water, too."

In the second to last chapter, Sandra goes to bed with another ex-lover. In the wee hours of the morning, she has a dream that this Marcos guy—a circumstantial and expendable fling—is a psychopath who wants to kill her, so she flees the room while he sleeps. A few pages later, Ignacio, newly-separated from his wife and granted a year's sabbatical from the office, proposes that he and Sandra set themselves up together in New York, where they could continue to collaborate on pieces for the paper and other outlets: a new professional horizon unfurled before them. *Océano Atlántico* comes to a close in the Empire State. High above the city, all of Manhattan at their feet, Ignacio asks Sandra to marry him, and gets a yes. *The end.*

Now that I was up to speed on Laura's year, I could have easily left. Instead, I waited for her to finish packing. I sat on the couch, stunned, eyes trained on the spot where the rug should have been, imagining the probable flabbiness of a forty-something body, until she appeared downstairs and asked—from a prudent distance, in case I threw myself at her like a angry animal—if I had liked the book.

"Look, I'm not sure what to say." I hurried to qualify my response. "I don't have enough distance from everything you've written about. And the Eduardo guy you compare me to seems like a gross caricature of . . ."

"He has nothing to do with you."

"Yeah, okay. And you're not heading off to New York, either. Right?"

My reply wounded her. Laura bit her lip and stepped back into the kitchen. I made to go after her, but stopped next to the Salinger book, hypnotized by the cover. When I had seen it earlier, I thought there had been an image below the author's name and the title. That photograph or illustration was gone now. All that was left was a flesh-colored surface that gave the impression of softness and warmth, like it was a living thing. Laura stuck her head out from the kitchen and leaned against the doorframe, only half her body visible to me. Maybe she had more news. What if she was pregnant? Was she planning to have the baby in the U.S.? Americanize it from birth so it would grow up strong, indestructible, raised on a high-protein diet? Those were the sort of ridiculous questions that passed through my mind as I observed her.

"All day I've been trying to apologize for acting like an idiot," I murmured. "Ever since I lost you, my life has been fucking shit."

Laura had an uncomfortable look on her face, like there was a stone in her shoe.

"That's what I've been wanting to tell you. I was wrong. So wrong. I get that you didn't want to hear from me this whole time. You knew how to take care of yourself and you're . . . with someone now, maybe you're married, and that's great, but don't make me read a novel about how damn good your life is." I paused for breath. "I should get going."

I turned and walked out of the dining room, slamming the door behind me. Unlike what would have happened had this been a soap opera, I found myself faced with a locked garden gate. I was trapped in a no-man's land, wandering around plants in need of urgent attention and watching the sailboats and glass-bottomed tourist boats pass by.

"The gate's locked," I had to tell Laura when she appeared a few minutes later, cigarette hanging from her lip. "I didn't know you smoked."

“Only when I’m really nervous. Like now, you know?”

She said my name again and I said hers loudly, like it was a rightwing political slogan or something.

“Laura.”

“What?”

“Can you open the gate? I want to go back to Barcelona.”

She disappeared inside to get the keys and I thought about my father’s cubes of dry ice. My head might not have been giving off smoke, but I could feel it melting, and not because of the heat: I was boiling with embarrassment and malaise and disgust and resentment. I was pure carbon dioxide.

“Stay a little longer. We haven’t even eaten yet,” she said, staring at the keys. She held them in her hand like a utensil, as if they might have been tempted to run away. “I don’t want you to go like this.”

“Today was supposed to be the best day of my whole crappy vacation,” I lied. “I should have talked to you months ago. Words are meaningless now.”

I contradicted myself after a brief silence, during which I gestured for a cigarette and she gave me one, lighting it with a gold-plated Zippo, by launching into an interminable speech built on the premise of self-pity. I talked about how I had subjected myself to self-imposed solitude when our relationship ended, the growing distance from my friends, the piece of shit website project. I even spent a few seconds on my injury from the ridiculous fall in the bathtub. Neither Kate nor Holly nor the worms made any appearance; I might have been desperate, but I was still aware that I shouldn’t say anything about all the things that *didn’t exist*.

After my monologue, I sat down in one of the dirty garden chairs. I was too exhausted to go back to Barcelona on the bus that would surely reek of After Sun, salt water, sour sweat, and belches brought on by reheated, beachside bar paella, so I accepted Laura’s suggestion to go out to lunch in the port.

We sat at a tiny table and drank white wine as we waited for the *arroç* with clams, mussels, and monkfish. We were both planning to get drunk in an effort to transform our halting sentences into something resembling a fluid conversation. We were down to a quarter of a bottle by the time our food arrived. The clams were delicious, and the *sofrito* —thick and salty—helped the rice go down nice and easy, Laura said, before complaining that there weren't enough mussels. I sensed the real-life Ignacio behind her comments, a man of the world with expert opinions on every dish he'd ever tasted. I was so affected by the second bottle of wine that I imagined a bloated stomach, emitting brusque verdicts through its gastro-esophageal junction. Pronouncing itself a very sophisticated organ, it went on to proclaim:

“Taste should be radical.”

The stomach would have continued its discourse if Laura hadn't repeated my name, pulling me back to reality.

“You were falling asleep! All of the sudden you closed your eyes and didn't open them!”

“It's the sun,” I improvised.

We polished off the paella and Laura stood up to go to the bathroom. When I was alone, I downed the glass of wine and poured myself another.

“You told me Laura would answer the phone and you were right,” I said, staring up at the sky. The sunlight was so intense that I saw spots, toastier brown than the worms in our kitchen had been, but perfectly acceptable for conducting a short philosophical exchange. “What should I do now? Are you going to tell me how to fix this mess?”

I concentrated intently on receiving their message, which didn't come.

“It's like we're attending each other's funeral, not meeting up again.”

From the corner of my eye, I saw Laura approaching the table.

“Were you just talking to yourself?”

“Not at all,” I explained. “I was having a very interesting conversation.”

“Are you ... okay?”

“Forget it. It isn’t important.”

Eyes closed, the solar worms dancing beneath my eyelids, I launched into a new lament about my present situation. Laura withstood it stoically. Even I was sick of myself when I got to the end of my little speech.

“If I was brave at all, I would go to New York, too. I’d look for a job in a bar or supermarket and spend my free time wandering around the city. You and I could even get together some day, couldn’t we? We’d go out for a burger and fries. I would allow myself an indiscriminate use of hot sauce.”

“I could take you to Chinatown. I think you’d like it. They have the wildest dishes! Crabs you eat whole, the shell and everything. Bird’s nest soup. Turtle jello. They even cook jellyfish.”

Later, as we drove back to Barcelona, I let myself imagine Laura and I becoming lovers. She would sneak out behind Ignacio’s back, tell him that she was going to yoga, instead coming to see me in my ridiculous rented room in Harlem, and after a few brief, silent encounters—not unlike the ones she described with my fictional lover in her novel—we’d free ourselves and try new things, variations of what I had already done with Kate and Holly.

While still at the restaurant, delirious with thoughts of a possible—and improbable—new phase of life, I had moved in toward Laura, intent on kissing her. She stopped me, a finger pressed to my lips. I imagined the scene happening in slow motion: I watched as Laura repeated the very same words the first worm that lifted its head had uttered, just as I was about to squash it with a paper towel. Looking me square in the eye, it had said:

“Don’t you dare.”

